

HILDEGART

El problema sexual
tratado por una
mujer española

PRIMERA
EDICIÓN



MCMXXXI
JAVIER MORATA, EDITOR
MADRID

12

817337

**EDICIONES
MORATA**

**TEMAS DE
NUESTRO
TIEMPO**

MADRID

**El problema sexual tratado
por una mujer española**

HILDEGART

El problema sexual
tratado por una
mujer española

PRIMERA
EDICIÓN



MCMXXXI
JAVIER MORATA, EDITOR
MADRID

Primera edición, junio 1931.

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
COPYRIGTH 1931 BY
JAVIER MORATA
EDITOR — MADRID



Impreso en España

GRÁFICA LITERARIA.—Calle de Hernani, 34, Madrid.—Teléfono 36160

Biblioteca Nacional de España

DONATIVO

Ejemplar donado por: *Javier Puebla*

Fecha 22-09-2011

© Biblioteca Nacional de España

DEDICATORIA

A D. Gregorio Marañón

Una joven estudiante, de las milicias estudiantiles que formamos esa F. U. E. que tiene para usted, maestro, un cariño filial, que, además, es socialista porque ha aspirado y sigue aspirando a compenetrarse con los sentimientos del pueblo de donde todos hemos nacido, le dedica este libro, ansia de renovación social, inquietud de nuestro presente.

Respetuosa y cordialmente, con admiración de discípula que aprendió en sus obras las primeras nociones de Eugenesia, que en ellas se inclinó reverente ante la sublime conciencia que debe imperar en la maternidad, y que al atreverse a desafiar el ambiente inhóspito que rodean, estas primeras propagandas y las censuras que se dirigen, máxime si es mujer la que así piensa, tuvo como aliciente primero la generosidad de sus campañas, la decisión de su mismo apostolado.

LA AUTORA

Otros libros sobre temas sexuales

- AZA, V.—FEMINISMO Y SEXO, 1928. Un vol. de 192 páginas (13 x 19). 4 ptas. [xxvii]
- BUGALLO SÁNCHEZ, J.—LA HIGIENE SEXUAL EN LAS ESCUELAS, 1930. Un volumen de 130 págs. (13 x 19). 2,50 ptas. [cxlvi]
- COUTTS, W. E.—EL DESEO DE MATAR Y EL INSTINTO SEXUAL, 1929. Un vol. de 168 págs. (13 x 19). Prólogo del Prof. LEA-PLAZA. 4 ptas. [l]
- TIRANIA SEXUAL Y SEXO TIRANIZADO, 1930. Un vol. de 256 págs. (13 x 19). Prólogo de SAMUEL GUZMÁN. 5 ptas. [cxxxii]
- DARWIN, L.—¿QUE ES LA EUGENESIA?: *Modo de mejorar la raza humana*, 1930. Un vol. de 224 páginas (13 x 19). 5 ptas. [cliii]
- DÍEZ FERNÁNDEZ, C.—CASTIDAD, IMPULSO Y DESEO, 1930. Un vol. de 128 págs. (17 x 12). 2,50 ptas. [cxxxi]
- DONATO, E.—HOMOSEXUALISMO, 1931. Un vol. de 130 páginas (12 x 17). 2,50 ptas.
- JIMÉNEZ DE ASÚA, L.—AL SERVICIO DE LA NUEVA GENERACION: *Ensayos*, 1930. Un volumen de 240 páginas (13 x 19). 5 ptas. [cxxxvi]
- KELI, R.—PEDAGOGIA SEXUAL: *Lecciones de Eugenesia*, 1930. Un vol. de 324 págs. (13 x 19). 5 pesetas. [cliv]
- MARAÑÓN, G.—LA EVOLUCION DE LA SEXUALIDAD Y LOS ESTADOS INTERSEXUALES, 1930. Un volumen de 320 págs. (16 x 23). 10 ptas.
- NOGUERA, J.—MORAL, EUGENESIA Y DERECHO, 1930. Un vol. de 274 págs. (13 x 19). Prólogo del profesor G. MARAÑÓN. 5 ptas. [xcii]
- NÓVOA SANTOS, R.—EL INSTINTO DE LA MUERTE, 1927. Un volumen de 192 págs. (13 x 19) y 23 figuras. 4 ptas. [xvii]
- ORIOL, A.—FÍSICA DE LA PSIQUIA, 1930. Un vol. de 240 págs. (13 x 19). 5 ptas. [cxlvi]
- OTAOOLA, J. M.—SEXO Y MATRIMONIO, 1930. Un volumen de 208 págs. (13 x 19). 4 ptas. [cxxxiv]
- ROSO DE LUNA, M.—ABERRACIONES PSIQUICAS DEL SEXO, 1929. Un volumen de 248 páginas (16 x 23). 10 ptas. [lxxvi]
- RUIZ FUNES, M.—ENDOCRINOLOGIA Y CRIMINALIDAD, 1929. Un volumen de 372 páginas (16 x 23). 15 ptas. [lxii]
- TORRUBIANO RIPOLL, J.—EL DIVORCIO VINCULAR Y EL DOGMA CATÓLICO, 1926. Un vol. de 448 páginas (13 x 19). 7,50 ptas. [xxii]

CONTENIDO

INDICE POR CAPÍTULOS

CAPITULO PRIMERO. LIBERTAD EN EL AMOR.—
Idea de la libertad.—Su realización.—Enseñanzas.—
Sentido del amor.—Su personificación.—Nuestra
opinión.—Los postulados técnicos de la libertad en
el amor.—Su fundamento.—Su práctica.—La libertad
ante el amor.—La libertad del amor en la Historia.—
En los pueblos primitivos.—Cómo se llevaba a efecto
la selección.—Los falsos fundamentos de esta libertad
del amor.—Su finalidad.—La libertad del amor en los
pueblos orientales.—Su carácter.—Actual evolución.—
La libertad del amor en Grecia y Roma.—Dónde existe
la libertad del amor.—La finalidad que persiguen.—
La libertad del amor en la Edad Media. Su carácter.
Sus inspiradoras.—Su consagración.—La libertad del
amor en los tiempos modernos.—El ataque a la lib-
ertad del amor.—Un factor difusor.—La vi-
sión directa.—La legalización.—El auxilio paterno.—
Enseñanzas.—Los celos.—Una admirable definición.—
Enseñanzas.—Clases de celos.—El caso de los celos.—
Los celos en el matrimonio.—Los celos según los se-
xos.—Su relación con la inteligencia.—El crimen pa-
sional.—La repulsa hacia el crimen pasional.—La en-
fermedad de estos criminales.—La prostitución.—Su
origen en la religión.—Enseñanzas.—La abolición de

la prostitución en Rusia.—El significado moral de la prostitución.—La campaña abolicionista.—Su realización. El Tribunal de Lindsey.—Porcentaje de casos.—Consecuencias.—Enseñanzas.—La orientación de la juventud actual.—Un caso de Denver. Ambiente.—El hecho.—Consecuencias.—El gran pecado de la religión.—Un curioso cuestionario.—Preguntas.—Resultados.—Revuelo causado.—Objeciones risibles. La vida de Isadora Duncan.—Orientación de la libertad del amor.—La belleza como aspiración sexual.—El tema del sexo en relación con las ciencias.—La trascendencia del problema del amor.—Tolerancia y libertad.—Consecuencias.—La oración de la eugenesia.—El credo del futuro.

CAPITULO II. AMOR Y MATRIMONIO. Origen evolutivo del matrimonio.—El matrimonio en los animales.—Su proyección respecto del hombre.—El sentido de éste.—Historia de la institución matrimonial.—Hipótesis. Estado de promiscuidad originario.—Poliginia y poliandria.—El matrimonio por grupos.—La evolución del matrimonio al matriarcado.—El matrimonio en los pueblos orientales.—El matrimonio en Grecia.—El matrimonio en Roma.—El matrimonio en la Edad Media.—El matrimonio en esta época.—La evocación de los soñadores.—El golpe de piqueta.—El matrimonio norteamericano.—El sentido del matrimonio.—Su apreciación.—El matrimonio condicional en América.—El absurdo del matrimonio.—El adulterio.—Los amores libres.—El caso de un juez ante un delito de bigamia. Un caso de un juez en Tennessee.—Los dos tipos de belleza como aspiración suprema.—Su expresión.—La felicidad y medios de llegar a ella.—Para el obrero.—Beneficios que reporta para la Humanidad.—Su papel en la revolución.—Nuestra finalidad.—El sentido del amor.—El amor físico.—La vida amorosa.—Las relaciones entre los dos sexos.—La relación del sexo, el amor y los celos.—El amor y las clases sociales.—La

actitud de las mujeres.—Solución al problema de los hijos.—Un lamento de mujer.—El moderno índice de cuestiones.—Consecuencia final.

CAPITULO III. LA FAMILIA. SU EVOLUCION Y SU PORVENIR. Líneas generales.—La organización familiar.—Concepto filosófico familiar.—La familia primitiva.—El parentesco para el primitivo.—Su tesis de la evolución histórico-familiar.—El parentesco malayo.—La familia romana.—Agrupaciones familiares. Gentilidades.—El *«pater familiae»*.—Dos teorías sociales.—La teoría del patriarcado.—La tesis del matriarcado.—Fundamentación técnica del matriarcado.—Discusión y crítica de que fué objeto.—El valor psicológico de la sociedad humana.—Los grupos humanos.—La conciencia colectiva.—Nuevas organizaciones familiares.—Desaparición del hogar.—La supervivencia del matriarcado.—Los derechos del amor.—La desaparición familiar.

CAPITULO IV. LAS LACRAS SOCIALES. TRISTE HERENCIA. Generalidades.—Uno de los más hondos problemas sociales. La locura.—El tipo esquizofrénico.—El tipo paranoico.—Un error.—La predisposición. La herencia.—Trastornos durante el embarazo.—La semilla.—Factores: edad.—El sexo. Su influencia en la definición de la locura.—El estado.—La profesión.—El problema del contagio.—El sexo y la locura.—El aumento de la locura.—La histeria.—La paranoíta.—Casos de narcisismo.—Un curioso ejemplo de narcisismo superior.—El valor del propio yo.—La megalomanía.—Un caso típico de megalomanía.—Libido.—La hipocondría ante la libido.—Eutanasia. El derecho a morir. La tesis de Binding y Hoche.—La historia de Eutanasia.—Los medios de llevarla a la práctica.—Un caso típico.—Inhumación y cremación cadavéricas.—Un caso típico en Bélgica.—Tipos de degeneración.—Mario y los reyes.

APENDICE. EL SEXO ANTE LA LITERATURA. El argumento de los hijos de los viejos.—Clarissa.—Mill on the floss.—Ana Verónica.—La historia del Kromprinz Rodolfo de Austria.—El poema de Gilgamesh.—La obra «Beba», de Carlos Reyles.—«Las furias cautivas.» Luis Araquistain.—Eutanasia de Hernández Catá.—«Nelis»,—Un cuento. Galantería.—El hombre del placer.—«Toi que j'ai tant aimée».—«El obstáculo», de Daudet.—«Los aparecidos», de Ibsen.

PRÓLOGO

Todos los poetas, filósofos y soñadores, han cantado al amor. La existencia de un Goethe, frío y regular hasta en sus versos eróticos, es una excepción genial de la humanidad. Los demás hombres asimismo excepcionales han incurrido todos, absolutamente todos, en el tópico, por manido vulgar, del canto al amor. Novelistas e historiadores le han ensalzado como guía de los pueblos. Pensadores y dramaturgos le han hecho clave de sus obras. La masa, esa gran masa anónima, ha visto en el amor el Ariel, el ángel de las Ideas, que abría para ellos un mundo nuevo preñado de venturas sin fin. Todos han dedicado su canto al amor. Le faltaba, sin embargo, el canto más práctico, el más útil: el que le conquistase su libertad, tan añorada. Hasta aquí han cantado al amor prisionero en un solo corazón. Nosotros vamos a cantarle libre como las espumas, alígero como el viento, reinando al igual en todos los corazones, frívolo e iridiscente, como lleno de múltiples facetas. Nosotros vamos a cantar su libertad, y le haremos mejor servicio que cuando lo consagramos prisionero por las trabas sociales.

También novelistas, pensadores y filósofos han gustado de cantar las mieles y los acibares del matrimonio. Pero solamente ellos. La masa, la masa

PRÓLOGO

anónima no ha visto del matrimonio más que el hastío y el cansancio. Ha luchado por acabar con él. Y se ha creado los hogares de ocasión, el adulterio, la prostitución, y toda una serie de medios de superior a inferior para remediar las torturas del aburrimiento, que suelen ser, y en ello los metafísicos están conformes, las más graves. Al ser joven, mujer y moderna, yo no puedo aprobar el matrimonio, porque choca con los instintos más legítimamente libertarios del amor.

Uno de nuestros más profundos filósofos, don José Ortega y Gasset, decía en «El Espectador»: «Siempre me he preguntado qué sale ganando este menester tan humano del «amor», con que lo elevamos a una potencia mística y supongamos tras él una intervención de Dios o de la diosa Naturaleza. Bien está que el amante, amando, crea que es con su amante uno e indiviso de toda la eternidad y para toda la eternidad. El encanto del «amor» proviene, en parte, de una capacidad poética; puebla de iridiscencias el mundo en torno, lo adoba y recama. En la cima del proceso amoroso, como sobre el cerro Tabor, organizan transfiguraciones. Hay un minuto de cémit, al pasar por el cual los amantes se juran amor eterno. Pero ese instante transcurre, y con él se evapora el vigor del juramento. El amor ha muerto en aquel pecho; mas la religión, la moral, el derecho y hasta la policía os oyeron jurar y os obligan a que llevéis el cadáver perpetuamente en vuestro corazón».

* * *

Pero lo más trascendental, lo realmente importante de la vida, aquello para lo que la Humanidad subsiste, se mejora y se perpetúa, son los hijos.

PRÓLOGO

*Por encima de la existencia individual está la subsistencia y nuestra repetición en los nuevos seres que habrán de continuar el ciclo de la Humanidad. Debemos tener en cuenta que, como entes de la humana especie, somos ante todo servidores de la Naturaleza; que ella nos exige una reproducción, pero para superar nuestras propias condiciones, que los hijos que nacen víctimas de nuestra inconsciencia, «plenos de dolores y de angustias plenos», tienen forzosamente el derecho elemental, «garantía indispensable» de exigir de todos nosotros un *mínimum de respeto a su existencia*. Todos los seres nacen para la felicidad y no para el dolor. Esa es la fórmula elemental de los Derechos del Hombre ante la Naturaleza. Si nosotros les hacemos nacer para la podredumbre y la miseria, seremos reos de un delito de violación de ley natural, amén del propio remordimiento ante las amarguras de nuestros hijos.*

*Es muy distinto el Amor, el divino Eros, de esa Urania Afrodita de que nos habla Plotino, como divinidad del placer. El hombre debe aprender que tras el culto a esta última pueden estar el *pudor* y las *lacrás*. Y que ante todo habremos de tender a destruir el concepto ridículo que el hombre tiene del mundo y de su *reducida finalidad en el Universo*. Porque en los actuales momentos sigue siendo una realidad para la mayoría de los seres inconscientes aquella respuesta que en un estupendo diálogo de Ortega y Gasset daba un padre a su hijo:*

«Papá, ¿qué es el mundo?»

«Niño mío; el mundo es una cosa muy grande, llena hasta los bordes de pequeñeces».

CAPÍTULO PRIMERO

Libertad en el amor

«A nadie puede imponerse un sexo que ya no es santo; urge, pues, adoptar el verdadero amor como lógica base moral del matrimonio o, en caso contrario, renunciar a la fidelidad absoluta como único criterio de la moralidad.»

ELLEN KEY

IDEA DE LA LIBERTAD.—La Libertad tiene un sentido muy diverso y polifacético. Existe una libertad de índole material y una libertad de orden intelectual. ¿En cuál encuadraremos esta libertad en el amor?... Material por los medios con que lleva a efecto sus decisiones, espiritual por la finalidad que persigue y por los factores que en ella intervienen, la libertad en el amor ofrece hoy un aspecto doble, de dos caras, a cual más importante. La libertad, que es en los primeros tiempos la más elemental y lógica aspiración del hombre, que más tarde es ya un deseo insatisfecho que se truncó en absoluto en la Edad Media con el feudalismo, que desaparece bajo las Monarquías y que hoy es aspiración de revolucionarios por lo mismo que el hablar de libertad bajo un régimen monárquico es catalogarse como rebelde, existe en potencia asimismo en el amor.

SU REALIZACIÓN.—Pero le falta su realización. Oculta por toda una serie de prejuicios, muy pegada a la tierra hasta aquí por el lastre de la grosería que en vano se ha pretendido arrancar de ella, al fin parece que va camino de levantar el vuelo. La libertad no implica otra idea que libre disposición de lo que es de uno—el cuerpo—, sin otra restricción que la vida del nuevo ser que pueda salir como fruto de la unión pactada. Para dotar a esa nueva vida de todas las condiciones indispensables para una subsistencia ordenada y metódica la sociedad interviene cuando el hombre consciente en sí mismo no ha sabido evitarlo, apartando de su finalidad, puramente de placer, aquella otra que puede tender a reproducirse físicamente. El que no esté en condiciones materiales ni morales de tener un hijo, que no lo tenga, aunque ello no le impida vivir con aquella mujer que haya elegido. Aquel que sienta el afán de educador, el instinto de la paternidad, puede recoger un hijo ajeno, si a tan lejos lleva ya su altruismo y su desinterés.

ENSEÑANZAS.—Lo primero que el hombre tiene que aprender es la parte más desagradable de todas las cuestiones, y en este caso es la de que él habrá de adquirir la convicción de que no tiene derecho en modo alguno a dar vida a nuevos seres sin la autorización de esa sociedad a la que ellos van a venir a engrosar, y que debe tener la garantía de la sanidad y medios de lucha de sus nuevos ciudadanos.

La libertad en el amor no es, pues, todo alegría ni placer. También hay, pesando sobre ella con un carácter más grave e imponente, el sentido de la responsabilidad que se contrae.

EL PROBLEMA SEXUAL

SENTIDO DEL AMOR.—Tarea infútil, ardua y compleja sería el tratar de definir aquí ni remotamente el amor. Por lo mismo que es algo tan etéreo, tan sublime que no admite definición alguna, nosotros no queremos añadir una más a tantas definiciones como de él se han dado. El amor es una mezcla cualitativa y cuantitativa de instinto o atracción sexual y de amistad, tomando este término en su más exacto significado de compenetración y buena armonía mutua. Por ello, todos los filósofos y poetas que se han preocupado de definir e investigar sobre los orígenes del amor han fracasado, puesto que no han logrado dar una experiencia concluyente, y, por el contrario, se han limitado a definirlo cada uno según su estado de conciencia.

SU PERSONIFICACIÓN.—El amor ha sido, no obstante, una cosa tan compleja, que muchos hombres no han vacilado desde los tiempos más remotos hasta en personificarlo. El hacerlo en un niño es, sin embargo, a mi juicio, un error. Es suponer que el niño sea un sabihondo, niño precoz en todas las cuestiones, igual de finde sexual que sentimental, y el niño parece el ser más alejado de estos candentes problemas. Sintetizarlo en un anciano con canosa cabellera y un intenso caudal de experiencia sería tal vez más correcto, pero menos estético. Hacerlo hecho en un adolescente, con toda su irreflexividad y su entusiasmo, nos hubiera parecido más natural. Pero el hecho es que los antiguos lo infantilizaron y redujeron. Y, sin embargo, posiblemente los mismos que esculpieran el primer Eros hallaríanse en aquellos momentos heridos a su vez por las flechas que ellos estaban poniendo en mármol o en piedra—esto es, absolutamente inofensivas—en su fingido carcaj.

NUESTRA OPINIÓN.—¿ Para qué seguir? Nosotros dudamos sinceramente de la existencia del amor como tal amor. No queremos con ello descorazonar a románticos y sentimentales. Por ello no negamos rotundamente su existencia. Pero exista o no exista, cuidémonos nosotros de auxiliar su labor para que ella resulte eficiente. Prestémosle nosotros al amor los ojos que a él por su ceguera le faltan. Y seamos nosotros también quienes conscientemente le orientemos en el sentido de nuestra propia voluntad. El hombre, que ha llegado a dominar hasta a las fuerzas de la Naturaleza, puede también ejercer su dominio sobre otra fuerza ciega hasta aquí. En el momento en que el hombre vea que su voluntad soberana se impone sobre esas que él hasta aquí ha estimado como pasiones irresistibles, a las que por comodidad se abandonaba para justificar muchos de sus actos irreflexivos, dejará de creer en el Amor.

LOS POSTULADOS TÉCNICOS DE LA LIBERTAD EN EL AMOR.—Con dificultad podremos condensarlos, puesto que se da el curioso caso de que ningún pensador, aunque muchos han tratado este tema, se han procurado de fundamentarlo científicamente. Con no mucha frecuencia al encontrar, particularmente en la literatura de Rusia y Polonia, defensores de la tesis del Amor libre, hemos pensado que estaban equivocados en su apreciación. Esta denominación tan corriente es en absoluto incompatible con nuestro verdadero sentido práctico. El amor no puede ser libre como aspiración, porque ya lo es. Dondequiera que esa libertad no existe es porque al propio tiempo no existe el amor. Podrá haber simple atracción sexual o miras de interés y conveniencia, pero amor en el verdadero sentido del término, que comprende una atracción de doble

EL PROBLEMA SEXUAL

inatiz corporal y espiritual, no. Por ello nosotros, en nuestro afán de reformar todo aquello que consideramos totalmente anticuado, habremos de intentar destruir ese viejo paradigma de que el amor es ciego. Nosotros también coincidimos con las consideraciones de Sheller, que ha manifestado que el «amor no es ciego, como venía siendo representado desde la antigüedad, sino, por el contrario, clarividente, puesto que adivina entre mil personas la elegida y descubre en ella cualidades excelsas, ocultas al ojo indiferente del que no está enamorado».

SU FUNDAMENTO.—La libertad en el amor se funda para nuestra tesis en que donde quiera que el amor pueda fijar su penetrante y aguda mirada, pueda tener la libertad suficiente, y estar en condiciones tales de satisfacer al punto sus deseos. El amor por su propia naturaleza ya es libre, y haciendo gala de esa libertad, se ve tan sólo obligado a detenerse ante la barrera que una ley anticuada y una moral más anticuada todavía—como creada por las religiones—han venido a fraguar.

SU PRÁCTICA.—La libertad en el amor necesita que los que la practiquen sepan también cómo utilizarla. Una libertad perfecta, pero que valga tan sólo para satisfacer meros instintos que en los más de los casos (véase el Problema Eugénico) van en contra de los sexos y de su eugeniosidad, no es verdadera libertad; es realmente libertinaje. La libertad exige, pues, como única traba, la de la finalidad de los hijos sanos. Siempre que no se llegue a este fin, ya porque sea imposible biológicamente, ya porque prudentemente se evite, la libertad no tiene el menor obstáculo en su camino. Todos

debemos tener la convicción de que somos dueños de nuestro cuerpo para hacer con él tan sólo lo que nos aconseje nuestra conciencia, sin que una ley ni una moral vayan a impedirnos estas libertades, porque todos los actos que ejecutemos cuando no van en perjuicio de tercero son perfectamente legales y absolutamente morales también. Este es, pues, el campo de acción de la libertad en el amor, y es también su única traba. Es el principio y la meta. No olvidemos, pues, que la libertad, sagrada palabra a la que se han dedicado tantos cantos y que ha inspirado tantos movimientos, no tiene otro superior jerárquico en el mundo sexual que la Eugenesia. Este sí, como un superior incontestable, y no tiene otro tutor que el de la propia conveniencia en la limitación de la prole.

LA LIBERTAD ANTE EL AMOR.—El viejo concepto del amor físico como un idealismo romántico, ante el que todo cedía y para el cual no cabía pensar en consecuencias futuras, debe desaparecer de nuestra conciencia. Todos nosotros debemos hacer lo posible por infiltrar en nuestra mente la idea de que si tenemos derecho a ser libres en todos nuestros actos, tenemos la obligación de velar por el respeto y por las garantías de esa libertad. Si se siente una pasión por un individuo del otro sexo, que por su capacidad física no está en condiciones de traer al mundo un nuevo ser, que serfa forzosamente un enfermo, un idiota, un degenerado, nosotros no debemos en conciencia contribuir a llenar hospitales, manicomios y cárceles de seres así horrorosamente tarados. Nadie nos priva que satisfagamos esta pasión. Pero, ¡ah!, sabiendo también que ella no habrá de tener consecuencias trágicas, realmente funestas en nuestro porvenir y en el de

EL PROBLEMA SEXUAL

la Humanidad. Libertad en el amor, siempre, sin más mira ni más finalidad que el placer y la felicidad; sin más limitación que el propio placer y la propia felicidad de los hijos, que es en todo momento, por su inconsciencia, muy superior a la nuestra.

Digamos también nosotros, con el maestro Marañón: «Renunciemos a este equívoco romántico y dañino. Los poetas nos maldecirán. Pero la bendición de nuestros hijos nos consolará de sus maldiciones.

Y a la postre, los poetas nos darán también la razón y dedicarán los sonetos a la Eugenesia, como hoy se los dedican a la Luna».

La libertad de amar en la Historia ***

LA LIBERTAD DEL AMOR EN LA HISTORIA.—Muchos filósofos, historiadores y pensadores han juzgado que la libertad de amar era simplemente un producto de la moderna revolución, que al cambiar los más sólidos cimientos de la vieja moral pretendía edificar una nueva sobre los cimientos totalmente contrapuestos. La evolución cíclica de la libertad del amor la describían los pensadores que no habían llegado a profundizar en las crisis de la historia, afirmando que ella era el último escalón de una elevada torre a base de los tradicionales conceptos de la institución familiar de carácter religioso, escalón que aparecía precedido de el del matrimonio civil, capacidad de divorcio, etc., porque por su misma tendencia insurgente y honda mente revolucionaria habría pasado de ser meta del futuro a convertirse en cimiento de una nueva era de trascendental desarrollo. No comprendieron, sin

embargo, estos filósofos que si bien con ello daban mayor importancia a la decantada libertad del amor, la prestaban un matiz de novedad y originalidad del que carece. La libertad en el amor es antiquísima en la historia. En los pueblos primitivos, entre los salvajes de la Australia y los pigmeos de África, entre los pueblos que veneran el «totem» y que respetan el «tabu», la libertad en la selección existe. Veamos cómo.

EN LOS PUEBLOS PRIMITIVOS.—Los estudios de Miss Margaret Moad y de Wundt sobre estas palpitantes cuestiones han arrojado mucha luz sobre el asunto, ya que ellos han procurado contrastar las opiniones y juicios de los más afamados antropólogos, que han dedicado muchos años de su laboriosa existencia al análisis y estudio documentado de estos hondísimos problemas. Los pueblos primitivos, particularmente los indios y los australianos, de los que en la actualidad por su retraso respecto de las fuerzas civilizadoras conservamos pruebas eficientes, desenvuelven un criterio constante y evolucionista. Lo único que las hembras y los machos aprecian es la sanidad y la pujanza, ya que a ellas identifican la belleza. No nos resulta esto difícil de imaginar si tenemos en cuenta que para nuestra sensibilidad de civilizados la simple contemplación de una de las bellezas «samoyanas», «australianas», etc., nos causa un relativo desencanto.

Una vez que la selección se facilitaba, el macho fijaba sus ojos sobre la hembra que le agradaba. Como, con extraordinaria frecuencia, el número de hembras era relativamente reducido, pues en muchos pueblos primitivos existía la costumbre, hoy ya muy extendida entre ellos mismos, de que

EL PROBLEMA SEXUAL

cuando nacieran hembras, por las complicaciones de su educación y subsistencia, se las abandonase, en tanto que si eran varones los nacidos se les protegiese y atendiese con esmero, varios hombres solían fijar su atención en una misma mujer. Ellos ejercitaban, pues, en primer término su poder de selección. El segundo papel era el de la mujer. Probablemente el más ventajoso, ya que ellos elegían sin probabilidades de triunfar todos, y ella elegía con posibilidades de triunfar siempre.

CÓMO SE LLEVABA A EFECTO LA SELECCIÓN.—Entre los machos, ella seleccionaba el más fuerte—no debemos olvidar nunca que para la moralidad del primitivo la belleza y la cualidad suprema, al igual en el hombre que en la mujer, es la sanidad y la fortaleza—, eligiéndolo procurando destacar estas condiciones, sumamente apreciables por combates entre los elegidos o cualquier otro medio en que revelasen la fuerza y la destreza. La mujer elegía, pues, y se otorgaba como un trofeo al vencedor. Es esta posibilidad de selección y de libertad en el amor un tanto relativa. Es de suponer que como el amor es eterno, y, por consiguiente, inmortal, también entonces existiera en pueblos tan materialistas en su esencia y en su convicción, y que la mujer a quien agradase más alguno de los que en ella se hubiesen fijado tuviese, no obstante, que dejar que lo controlase todo el azar o la agilidad. Si el macho no era precisamente el más fuerte, aunque fuese el más inteligente, quedaría invariabilmente derrotado, y la mujer habría de acatar el fallo, ya que era el único medio de que los restantes, desechados ya, tuviesen una relativa garantía de la justicia de éste.

LOS FALSOS FUNDAMENTOS DE ESTA LIBERTAD DEL AMOR.—No olvidemos que esta libertad del amor es, por consiguiente, de un fondo totalmente falso, ya que en las pruebas que más tarde se repiten en la historia con los más variados motivos—recordemos los Juicios de Dios en la Edad Media—, se pretende así dejar a la divinidad, al hado o la suerte, el resolver un pleito que la inteligencia humana se juzga incapaz de fallar. Tal es el error único y supremo de la libertad del amor en los tiempos primitivos. El macho o los machos vencidos habrían de abandonar la palestra e ir a fortalecerse y a adquirir mayor vitalidad y energía para poder vencer en otro combate que volviese a plantearse de nuevo. Ello nos hace ver, pues, con absoluta claridad que el macho que primero había elegido a una mujer puede con perfecta legitimidad, y sin ser tachado de voluble, elegir a otra, y a otra, y a otra, si en todas ellas fracasa, aunque el que a una mujer la cortejase un hombre vencido en varios combates anteriores representaba una relativa depreciación moral. Tal es el concepto un tanto materialista y absurdo que tienen los primitivos de esta sublime libertad. Admirable en cuanto que admite el principio de que triunfe la sanidad y la energía, reprobable en cuanto que por lo mismo que es tan profundamente sexual no puede advertir el otro polo de índole moral e intelectual, demasiado elevado para la mente de un salvaje.

SU FINALIDAD.—Destaquemos, sin embargo, el hecho primario, la sanidad y la fuerza. Ellas son entre los pueblos primitivos condiciones indispensables para triunfar en lides de amor. Lástima grande que no viéramos nuestras calles convertidas en «gymnasios», al igual que en tiempo del roman-

EL PROBLEMA SEXUAL

ticismo fueron ellas «escenarios» de duelos y trágicos combates, en que en vez de con floridas razones se convenciese a la amada tras una lucha a puñetazos y empujones. Ello serfa bárbaro y reñido con nuestra actual civilización, pero mucho más lo es, y sin embargo no se prohíbe que triunfen, la inmoralidad, la enfermedad y el vicio dondequiera que hay dinero e intereses «creados». Ruda y todo la vida primitiva, era respetuosa con la ley natural. No apartarnos nunca de esta última, adaptándola tan sólo a las circunstancias que el medio ambiente imponga, debe ser nuestra principal preocupación.

LA LIBERTAD DEL AMOR EN LOS PUEBLOS ORIENTALES.—También allí existió, coartada, cohibida, bárbaramente mutilada, la libertad del amor. Existe como remembranza de tiempos pretéritos, como licencia que se permiten unos cuantos ambiciosos. Por lo demás, la situación de la mujer es allí absurda, y la del hombre suele ser en los más de los casos abyecta. La compra taxativa y explícita de mujeres-niñas casi por viejos y hombres maduros era un espectáculo corriente. A la niña no se la cría y enseña más que para esa sublime profesión. Por ello a la china se le cortan y reducen los pies, para dotarla de uno de sus atractivos, de ese andar ondulante y rítmico, como si se balancease constantemente sobre las puntas. Ello es un aditamento más a la belleza, y las madres no vacilan en dotar de él a sus hijas. Bárbara costumbre, que se repite y se continúa, para desventura de todos. Los escasísimos matrimonios—casi siempre uniones libres—que algunas jóvenes parejas se atreven a realizar independientemente, pero teniendo que huir a las iras no tan sólo familiares, sino, lo que es más grave,

de la opinión popular en masa, tienen allí, por otra parte, un matiz de «prohibido».

SU CARÁCTER.—Casi siempre estas uniones se verifican con carácter de adulterio. La niña que ha probado las amarguras de la prisión del nuevo hogar al que le han destinado ve llegar a ella por cualquier medio—ello no importa—la figura de un galán. Esa vez no necesita de mucho aparato. La mujer oriental, la «geisha» japonesa, por ejemplo, es aparentemente muy fría, pero temperamentalmente muy sensible. Y andando rítmicamente sobre los pies diminutos, las menudas y frágiles porcelanas, ataviadas costosamente por la influencia del «rico señor», habrán huído un día por entre las «flores de loto» de sus jardines camino de unos días de persecuciones y de luchas, pero también de venturas. Los adulterios son relativamente frecuentes, aunque intentan ocultarse. Sólo entonces las familias ven la tremenda responsabilidad que han contraído, y a que han obligado al «yerno o comprador» que soporta aquel baldón de ignomina que le cubre. Las familias sólo ven eso. El sentido moral de rebelión de la joven no llega a las tardas mentes japonesas.

ACTUAL EVOLUCIÓN.—Habrá de ser precisos muchos siglos para que después de tantos de continuado sopor se implantaran definitivamente en los pueblos orientales las leyes y tendencias rusas más avanzadas, al igual en sentido de libertad en el amor que de restricciones y control de la natalidad. La «geisha», fría en apariencia y apasionada en su fondo, habría de recibir ansiosa el «bautismo» de la nueva doctrina, y la conciencia en la elección habrá de haber sido para ella adquisición del siglo **xx**. Tengamos un recuerdo para tantas

EL PROBLEMA SEXUAL

y tantas mujercitas, como una y otra vez han sido víctimas de esa inconsciencia y esa bárbara costumbre. Que ellas sean ejemplo para el presente y enseñanza para el porvenir.

LA LIBERTAD DEL AMOR EN GRECIA Y ROMA.—Con frecuencia en la historia ambos pueblos aparecen unidos, aunque sus ideologías son bien diferentes y su criterio sobre los varios problemas casi contrapuesto. En Grecia la libertad del amor era más admitida y tolerada. Casi puede decirse que Grecia la admite, como hoy admiten los padres los matrimonios o las locturas de los enamorados, aunque a ellos no les agrade en principio el novio elegido. Allí donde la posibilidad de la libertad del amor existe, señala también otra etapa de mayor trascendencia social. En Grecia, como en Roma, existía una división marcada, profunda y absoluta de clases. Los «esclavos» eran totalmente distintos de los señores. El mismo Aristóteles, uno de los hombres más sabios de la antigüedad, llegaba a dudar de si los esclavos tenían alma, y cuando ya parece convencerse de ello dice que han nacido para el ejercicio exclusivo de aquella profesión. A base de este cerrado criterio, que era el de muchos «nobles» griegos y «patricios romanos», los matrimonios de conveniencia o de simples relaciones sociales se fundan y se realizan entre los jóvenes de la misma clase social. Rara vez existe la venta de jóvenes a viejos de más elevada fortuna. En los matrimonios de la clase acomodada existe, desde luego, la conveniencia y la imposibilidad de selección; pero al mismo tiempo suelen dar lugar al amor. El adulterio en Grecia y en Roma no existe casi nunca. La joven ateniense, como la romana, es fiel al marido la mayoría de las veces.

Por encima del valor de su matrimonio suele ver en él la aspiración de la maternidad, y por ella llega a todos los sacrificios. La mujer griega, que suele estar aislada y recluida en el «gineceo», parte especial de la casa, cuando es soltera, cuando se casa reina en todo su hogar y ejerce una influencia extraordinaria en la vida del Estado. Ella educa a sus hijos, ella prepara sus hijas, ella dirige y orienta al esposo. La mujer tiene allí el verdadero puesto en el hogar. No es extraño, pues, que pacíficamente orientada y bien educada, la mujer llegue en Grecia a todas las más altas cumbres del saber, desde los versos de Safo y Erinna, a las altas divagaciones filosóficas de Hipatia.

DONDE EXISTE LA LIBERTAD DEL AMOR.—Pero donde la libertad del amor existe realmente es entre los individuos jóvenes de la clase elevada y las esclavas. Para este puesto no se eligen mujeres de cualquier clase o condición social; por el contrario, cuanto más elevada es la posición del dueño, más bellas, más jóvenes, más atractivas son las esclavas. Ellas tienen la obligación de formar un conjunto armónico, especialmente en los grandes banquetes, en que suelen entonar a coro algunos cantos alusivos; ellas tienen la obligación de agradar al dueño de la casa y de servirle en sus menores deseos; ellas han de acompañarle y rodearle, prestando su ritmo y voluptuosidad al ambiente. La esclava aún no nubil, de determinadas regiones de Grecia, se pagaba al igual en Grecia que en Roma, en donde las importaban, a precios realmente muy elevados. Pues bien, los jóvenes, al igual en este caso que algunos ya maduros, solían prever en esas esclavas, por encima de meros objetos de placer y de arte—el supremo atrac-

EL PROBLEMA SEXUAL

tivo de las bellezas unidas y combinadas—, la perfección física unida a una belleza espiritual. La esclava que más se distinguía en el cuidado y en las ternuras hacia su señor, que más halagaba en él sus sentimientos, era asimismo objeto por parte de él de predilectas atenciones.

LA FINALIDAD QUE PERSIGUEN.—Así surgen las uniones libres e independientes, sin compromiso y sin traba de ninguna índole. Así surgen los amores, realmente apasionados y románticos, del señor y la esclava. Ellas operan con su belleza y con su ternura el milagro de borrar por unas horas, meses, años tal vez, las clases sociales, las diferencias de condición. Ellas, al lograr pasar, tan sólo moralmente, del rango de esclava al de «señora», obtienen también para todas sus compañeras una reivindicación. El joven o el viejo que las ha elegido y a quienes ellas han correspondido no podrá ya en lo futuro hablar como lo hacía Aristóteles—téngase en cuenta que permaneció soltero y vivió pobemente, y, por consiguiente, sin lujo ni ostentación—, ni pensar en que la esclava pudiese tener respecto a la joven de elevada condición social, la menor diferencia. La «Eunice» de Petronio, esclava griega al servicio del «arbiter elegantiarum» de Roma, y que por su loco amor hacia su señor con él se suicidó, y a él consagró toda su existencia, representaba el simbolismo de la unión de las dos razas. Bellas y armoniosas las mujeres helénicas, los romanos supieron hallar en ellas el solaz y la armonía que en las suyas—pocas y más toscas—no lograban encontrar. En esta libertad de amar griega y romana hallamos, pues, dos símbolos. La mujer, con su gracia espiritual y con sus atractivos especiales, logra bo-

rrar primero las fronteras de clases; luego las de las naciones. Ellas tienen que ser en todo momento las que unan a los hombres y a los pueblos. Que sepan hacerlo sin perjudicarse a sí propias, para beneficio suyo y los de los hijos que como símbolo plástico de esa unión hayan de surgir, debe ser su preocupación, y por consiguiente la nuestra.

LA LIBERTAD DEL AMOR EN LA EDAD MEDIA. SU CARÁCTER.—Nuevamente, con vida de nuevo coartada en su existencia y en su desarrollo, la libertad del amor resurge en la Edad Media. Resurge, no obstante los castillos de los «señores feudales» en que queda encerrada la orgullosa castellana; resurge no obstante la guardia realmente abrumadora, por lo imponente, que suele rodear a las damas en los lugares públicos. En el castillo, con el paje galán o con el caballero que allí llega en demanda de albergue; de soltera, con misteriosos escalos y arrojadas aventuras, la mujer de la Edad Media hace salir triunfante de la dolorosa batalla su propio amor. No nos parece herético compararlo por su intensidad y por su fuerza con aquella su primera etapa en los pueblos primitivos. Aquí en los hombres triunfa para la mujer el atractivo espiritual. Bien es verdad que también se celebran justas y torneos, que a los vencedores se ve obligada la doncella casadera a otorgar con los dones obtenidos el galardón de una promesa; pero también hay justas musicales, también hay concursos de poesías y romances, también hay trovas que cantan los mismos enamorados o los «juglares» que ellos pagan, y en cada rivalidad amorosa, que es a un tiempo exquisita y delicada, unos y otros van poniendo cerco a la virtud de la «dama de sus pensamientos», todos avanzando un poco más en

EL PROBLEMA SEXUAL

la conquista, en la que uno forzosamente ha de ser el único vencedor.

SUS INSPIRADORAS.—Mujeres casadas que inspiran y aun entregan amor son en la Edad Media, más que culpables de una inmoralidad, ejemplos de pasión y de heroísmo. La Laura del Petrarca, la Beatriz del Dante, la Leonor d'Este del Tasso, nuestra Leonor de Gelves del poeta Fernando de Herrera, todas ellas, independientemente de su vida conyugal, saben apreciar, cuando a sus puertas llama ese huésped hasta entonces ignorado del amor, todo el valor de lo que han perdido, y saben también ofrecerle al menos generosa, aunque pasajera hospitalidad. Mujeres de alta alcurnia, de elevada posición social; mujeres de sensibilidad exquisita y de extraordinaria cultura, son en la Edad Media heroínas de esta libertad en el amor. Libertad que está por encima, recatada y disimuladamente, de las conveniencias sociales. Libertad en la que no hay ni un sólo ofendido, ni un sólo engañado, ni un sector de la sociedad irritado. Libertad en la que todos coinciden en apreciar con su justicia, su naturalidad. La independencia que la mujer no puede disfrutar cuando está soltera la disfruta, y con creces, al contraer matrimonio. En las «fiestas», en los bailes de «cárnevale» italiano, hay siempre encuentros y citas y díos de amor. Desde el apasionado «duetto» de Romeo y Julieta, que la leyenda poetizó hábilmente, y que más tarde inmortalizó Shakespeare, a los románticos y vibrantes «díos» de Laura y Petrarca, no hay más diferencia que la que existe entre la novela y la realidad: una diferencia de forma y de actividad. La actuación, la proyección, el estado espiritual, es el mismo.

SU CONSAGRACIÓN.—Así llega la libertad en el amor hasta las cámaras reales a consagrarse allí plenamente, como un hecho indispensable, como un factor trascendental. Desde antes, en que el rey buscaba esa libertad oculta y clandestinamente, hasta esos momentos en que con la mujer legítima surge también la «concubina oficial», pasan sólo unos años, pero la evolución no puede ser más rápida ni más absoluta. Ni la Corte se desmorona por ello, ni la reina legítima se cree vulnerada en su dignidad hasta el punto de creerse obligada a una renuncia o a una retirada. Porque a su «camerín» regio llegan también insinuaciones de caballeros y galanteadores. Porque a toda la sociedad, en suma, la conducta del rey le parece una consagración de lo que la costumbre ha venido ya a imponer. Y así en esta hegemonía casi absoluta, aunque un tanto ficticia y de oropel, de la libertad del amor, entre el fasto de las galas y las joyas, entramos en los tiempos modernos en que vamos a presenciar una de las crisis más hondas de todos los momentos de la historia: el de la supremacía de la concubina sobre la esposa; el del triunfo definitivo y sin disimulo de la tan cantada, alabada y practicada libertad del amor.

LA LIBERTAD DEL AMOR EN LOS TIEMPOS MODERNOS.—Lenta y pacíficamente, una extraña revolución se va operando en el mundo. Va cambiando la moral, van evolucionando los hombres, va modificándose el criterio de los pensadores. ¿Cuál es esta honda revolución que nos trae las gratas nuevas de una liberación del espíritu? Es la Ciencia.

Ella llega precedida de heraldos, seguida de admiradores. La Biología por un lado, la Medicina por otro, la nueva rama de la Sexología y la En-

EL PROBLEMA SEXUAL

docrinología por otro; los avances de la Psiquiatría, los formidables estudios sobre el psicoanálisis del maestro Freud forman la urdimbre de esta rapidísima revolución. En las mentes, torturadas por muchos siglos de horrible fanatismo, que obligaban al disimulo, y por consiguiente al engaño —únicas consecuencias de una religión absurda y una moral inconsciente—, fructificó pronto y bien la semilla de redención. Y así llega, aureolada de triunfo, esta nueva realidad de la libertad en el amor. Pero aún había de encontrar detractores. Patrocinada que fué por pensadores y filósofos de marcada tendencia radical, ello la dotó de un carácter indeseable. Y también ella hubo de recurrir tal disimulo para triunfar e imponerse.

EL ATAQUE A LA LIBERTAD DEL AMOR.—El ataque más duro de la libertad del amor dirigíase contra el matrimonio. Pero contaba ese sino con formidables adeptos, a lo menos, con varios siglos de tradicional existencia. Europa particularmente, esto es, el pueblo europeo, es en su mayoría poco amigo de cambiar instituciones. Tardo en las luchas, cuando llega a ellas las plantea y resuelve definitivamente. E igual hubo de sucederle en este caso. La libertad de amor hubo de parecerle concepto disolvente y revolucionario. El divorcio, fundamento indispensable, pareció lógico y justo. Y de este modo, por una puerta falsa entró esta gran tendencia revolucionaria en el Palladium de la nueva Moral. Desde el momento en que al matrimonio se le juzgaba tan indispensable e inatacable, la libertad de amar pareció concederle una relativa hegemonía, puesto que los matrimonios, que antes habrían de ser uno, o a lo sumo dos por individuo, con esta nueva garantía podrían ser diez, once o

doce, o aun más, según el temperamento de los elegidos. El matrimonio se repetía. Pero por lo mismo, cuanta mayor era la repetición, era menor su duración, la ineficacia del matrimonio como vínculo o traba suprema quedaba palpable. El divorcio ha sido la herida mortal del matrimonio. Por él había de sucumbir en Norteamérica y en Rusia. A su conjuro se desmorona hoy en los países centrales europeos.

UN FACTOR DIFUSOR.—Uno de los mayores factores difusores del divorcio y de sus ventajas y posibilidades ha sido el cinematógrafo. Hace unos años—pocos aún—casi todas las muchachas estadounidenses contraían matrimonio y se divorciaban según placía a su cariño o a su conveniencia. Pero estos hechos podría conocerlos un erudito, o un psicólogo, o un simple investigador, o un hombre de numerosas relaciones. Pero para el público de allende los mares que, ansioso de imitar, no vacila en tomar, caiga o no caiga, enseñanzas norteamericanas, estos hechos quedaban totalmente ignorados. Hollywood, con su peña de bellas e interesantes artistas, interesó hasta preocupar a todas las jóvenes europeas, que sintieron aquel vago anhelo de la Gloria que mimaba y aureolaba horas o días a una actriz para hacerla caer después—rosa que se amustia al primer soplo—. Pues bien, estas artistas, siguiendo la costumbre del país en que se hallaban, siguiendo sus propias inclinaciones, y por otra parte sirviendo así indirectamente a su «reclame», manteniendo su nombre en constante juego, hacían circular diariamente noticias de sus bodas y de sus divorcios, casi semanales. Ello empezó por escandalizar. Pero en la conciencia de las muchachas de aqué empezó a germinar

EL PROBLEMA SEXUAL

una duda, una terrible inquietud. Asentóse al fin el «cine» plenamente en el corazón de Europa, y con él vinieron como inevitables consecuencias las actitudes amorosas de las artistas de la pantalla. No por ello juzgábase ya a la que tales hechos ejecutaba como una «cocotte» de alto vuelo o como baja prostituta. Por el contrario, se la juzgaba una mujer de su casa, una señora decente. Y Greta Garbo, y Mary Pickford, que fueron indiscutibles ídolos de nuestra generación de hace unos años, sembraron en ella una irresistible afición de emularles en aquella vida libertadora.

LA VISIÓN DIRECTA. — Después de la acción de Norteamérica, puramente de influencia teórica, llegó la visión directa. La revolución científica de que os hablaba antes conmovió no sólo este plano sexual y moral, sino los planos jurídicos y políticos de la sociedad. Y al conmoverlos, ellos no fueron ya lo suficientemente fuertes ni estables para resistir las instituciones que sustentaban. Una guerra, que vino a servir de definitivo golpe, aceleró los hechos, y Monarquías y Religiones cayeron a su empuje. En su lugar vemos surgir Repúblicas y Laicismo. Así se había cumplido ya el plazo de la evolución del mundo. Y en vanguardia, guiando con su estela a las demás naciones, sirviendo de faro al extremo Oriente—China y Japón—, más retrasados en el curso de los acontecimientos, aparecía la nación más retrógrada, más imperialista, más mísera y más ignorante. Estaba Rusia.

Equivocada la Revolución en su contenido político y económico, totalmente dañosa en sus medios de llevarlo a la práctica, Rusia tuvo sobre todo dos formidables ventajas: una, de índole pe-

dagógica; otra, de índole moral. Rusia ha sabido cambiar la moral de un pueblo y educarlo con un nuevo criterio, y para ello se está valiendo de la pedagogía.

LA LEGALIZACIÓN.—Así ha legalizado Rusia en absoluto esa libertad en el amor. Hoy todo padre, toda madre, dos seres que viven juntos, desde el momento en que tienen un hijo y que le llevan a una simplicísima inscripción en el bien organizado Registro ruso, son juzgados como padres de la criatura, legítimamente y sin ulteriores responsabilidades. No es necesaria investigación de soltería, ni de matrimonio, ni de viudez. Son dos padres que aparecen unidos por el nuevo ser. Ello basta en Rusia. Auxiliar al nuevo ciudadano de la República de los Soviets es ahora misión del Estado. Y éste la cumple eficazmente en su persona y en la de su madre. Magníficas instituciones que le ayudan en el embarazo y posterior a él, magníficos hogares colectivos, educación e instrucción gratuitas y absolutas, todo ello contribuye a que ninguna mujer pueda arrepentirse allí de haber dejado en libertad sus instintos y su corazón, trayendo al mundo un nuevo ser.

EL AUXILIO PATERNO.—Ello hace también que allí casi nunca le falten a estos hijos, absolutamente numerosos e iguales a los de los matrimonios previamente inscritos, la ayuda paterna. El hombre que sabe que de aquellos hechos no se deriva para él ulterior responsabilidad, sino la de contribuir en la medida de sus fuerzas al sostenimiento del nuevo ser, no necesita recurrir a lo vedado ni precisa de la fuga cobarde y delatora: ayuda o rechaza. Si ayuda, el Estado da su parte en la labor educadora del nuevo ser. Si no lo hace, el Estado

EL PROBLEMA SEXUAL

se encarga en absoluto. El nuevo hijo no representa una carga para la mujer. Para ella es simplemente una traba más a la vida, un cariño, una obligación moral. Y el mismo Estado, que hace propaganda para que las madres se acostumbren todas a la idea de que es conveniente limitar esa natalidad, que no deben tener más de tres hijos en el peor de los casos, no vacila en entregar a esos hijos, nacidos sin otro amparo que el del amor de sus padres, a una absoluta protección. Una simple inscripción, en la que se invierten escasamente unos minutos, da a los nuevos seres total personalidad civil de índole legítima, y los sitúa bajo la protección del Estado.

ENSEÑANZAS.—Veamos ese ejemplo. Así es como se llega al triunfo de un ideal. Asegurándole todas sus garantías, dotándole de toda la capacidad, posibilitándole los medios de subsistir. Y así lo ha hecho Rusia con la libertad en el amor. El hombre y la mujer eligen libremente, una o más veces, cuándo, cómo y con quién quieren. El Estado recoge y educa. El ser que no es sano no recibe protección alguna, y se le inutiliza en cuanto es posible. Los demás seres no necesitan más que una condición, sanidad, para ser juzgados absolutamente iguales ante las nuevas leyes equitativas del Estado soviético.

Estudio de los celos

LOS CELOS.—Uno de los mayores obstáculos con que la libertad en el amor ha chocado en su desarrollo ha sido el de un hábito, rancio por su abuelengo y por su esencia, y de profundo origen psi-

cótico; esto es, apartado de lo normal, pero en el que todos los hombres civilizados han ido cayendo, para desgracia suya, paulatinamente unos, porque realmente lo sentían, otros porque la educación y el ambiente han contribuido a arraigarlo en ellos.

A combatirlos por absurdos, por falso y por profundamente inmorales, debemos dedicar todos nuestros esfuerzos. Pero indiquemos primero lo que son.

Antes que definir psicológicamente los celos, preferimos analizarlos como un módulo ético. La finalidad fundamental del hombre es la felicidad. Y para ser felices, los individuos, como las naciones, deben ser «libres» en la medida posible, para perseguir y alcanzar esa dicha según la propia ley de su genio. Y los celos según hoy los sentimos están opuestos a todo intento de liberación. Donde ellos existen, la libertad no late. Estos empezaron con las batallas brutales de los primeros machos humanos por la posesión de las hembras. Biológicamente, fué preferente para la especie que el macho más fuerte y bravo se propagase, y el más débil quedase postergado hasta hacerse él también un campeón, porque esas luchas sin armas rara vez serían fatales. Biológicamente fué ventajoso que la hembra eligiese y optase por el macho más útil, pues por ese método la selección aparecía automáticamente indicada con precisión científica.

UNA ADMIRABLE DEFINICIÓN.—Por eso indica William Lloyds, presentando el contraste: «Es, desde luego, biológicamente, justo y necesario que la hembra elija al macho más útil para padre de sus hijos; pero las circunstancias han cambiado. Las

EL PROBLEMA SEXUAL

exigencias son hoy más complejas, y no se sitúan exclusivamente en el orden físico. La lucha no decide ya hoy, porque actualmente, por medio del puñal o el «revólver», un macho sifilitico y enclenque puede derrotar al macho más arrogante y guapo. Y los celos, que antaño tuvieron postergados a los rivales hasta que se sentían bastante fuertes para volver a la liza, cuenta hoy con el recurso artificial de la ley para permitirle al inepto tener al apto a raya definitivamente. Los celos de hoy no son celos por una aptitud decidida en franca competencia, sino celos por un monopolio, conseguido y conservado mediante privilegios legales. Los celos son ahora antibiológicos, porque impiden que la hembra busque un macho mejor cuando descubre que el que tiene es inepto».

ENSEÑANZAS.—Desgraciadamente, todos nosotros nos esforzamos en laborar durante toda la existencia por la injusticia y la impostura; luchamos, pues, por una cáscara huera; pero como en el fondo del alma reina nuestro descontento, el infierno ha trasladado sus propias angustias a nuestra existencia, en esta lucha absurda por procurar civilizarnos más, cuando lo que hacemos es retroceder a una vida de barbarie e injusticia.

CLASES DE CELOS.—En su manifestación habitual los celos revisten hoy dos formas: celos de sufrimiento y celos de ataque. Los de sufrimiento es muy probable que subsistan para siempre. Los de ataque, que tratan de justificarse con el pretexto de la defensa, no, porque son simplemente una sugestión, la más «autoengaños» de cuantas experimentamos. Los celos de sufrimiento son el dolor que se experimenta cuando se nos muere una persona

amada—algopreciado que se nos fué de la vida, dejándonos un vacío—, o los que son más agudos, porque puede creerse que ni con la muerte se termina el amor, cuando en este otro caso es el propio amor quien ha muerto. Ese dolor es una de las inevitables tragedias de la vida; pero puede, sin embargo, mitigarse un tanto si se reflexiona que el amor tenía perfecto derecho para irse y alejarse para siempre de la existencia individual; que un amante sinceramente generoso sentiría al propio tiempo un verdadero placer imaginando que el amor que él sintió podía repetirse y ser más feliz en otra parte, y que hasta por la propia justicia tendríamos que pagar la deuda, esto es, el préstamo que nos habían hecho.

EL CASO DE LOS CELOS.—El caso de celos es, en realidad, un problema de civilización, y que, según las tendencias de ésta, se agrava o desaparece. Por ello se presenta actualmente un tipo de celos que un tiempo dió lugar a verdaderas tragedias y que hoy es, sin embargo, juzgado como absurdo ante la propia moralidad. Cuando dos hombres se declaran a la misma mujer, y ésta rechaza a uno de ellos, nadie piensa hoy que el preferido tenga derecho alguno a reclamar daños y perjuicios del agraciado o a darle muerte, por mucho dolor que le cause el verse postergado. Ese dolor, por lo mismo que se juzga inevitable, se pasa hoy con más o menos amargura, igual que la pérdida en un juego en el que se ha puesto un profundo interés vital.

LOS CELOS EN EL MATRIMONIO.—Cuando entre dos cónyuges se acabe el amor por parte de uno de ellos, y el otro aún lo conserve, éste no deberá

EL PROBLEMA SEXUAL

quejarse, puesto que nadie tiene realmente la culpa de que aquel proceso a un tiempo fisiológico y psicológico haya tenido lugar. Y sin embargo, ante la sociedad, ello es penable con el desprecio moral, con la pena del adulterio, con muchas otras que no son sino simples trabas al verdadero derecho de libertad en el amor que debe tener todo individuo. Todos nosotros debemos acostumbrarnos a la idea de que el amor puede y debe acabarse, teniendo para ello un legítimo derecho, ya reconocido y justificado, lo que haría que nos apercibíramos para esa contingencia y que sufriéramos menos cuando ella se presentase que cuando ahora estimamos que el amor es susceptible de propiedad y que es un crimen que nos priven de él o nos lo arrebaten. Hace falta modificar todas las propiedades, y, por consiguiente, esta tan absurda propiedad del amor.

LOS CELOS SEGÚN LOS SEXOS.—Se ha planteado a biólogos primero, y a los psicólogos después, la interesante cuestión de si difieren los celos que siente la mujer de los que siente el hombre. En su esencia todos han resuelto la pregunta negativamente. La mujer suele ser más emocional que el hombre, y cuanto más emocional, se aproxima un tanto al sentimiento primitivo, por lo que la vitalidad celosa suele ser también en la mujer más intensa. El hombre se avergüenza, por la educación que le han dado, de estar sujeto a esas emociones, y de expresarlas, por consiguiente. De este modo, las percepciones morales de justicia y libertad, que son de un valor más subjetivo, las percibe con más fuerza el hombre en los más de los casos. Cuando el hombre llega a comprender, por consiguiente, la injusticia que ya incluyen los ce-

los desde su existencia inicial, se avergüenza de la expresión de sus celos.

SU RELACIÓN CON LA INTELIGENCIA.—Por ello, cuando el hombre es más razonable y más inteligente, suele ser también menos celoso. Lo único realmente trágico en él es el concepto de la propiedad, con sus derechos y legítimas garantías, lo que hace que el hombre sienta en algunos casos los celos de ataque.

La suavidad de condición y la propia simpatía de la mujer hacen que los celos sean menores o menos crueles de lo que en un caso parecido serían en los hombres. Los celos de sufrimiento son los predominantes en los más de los casos. Las mujeres se dan, por consiguiente, cuenta de que tienen más que perder que el hombre en el amor, que son más sus peligros y muchas menos sus oportunidades. En igualdad de condiciones los celos son los mismos, casi corrientes entre uno y otro sexo. Veamos, pues, que por mucho que varíen las cualidades de los sexos, los celos, por lo mismo que constituyen un sentimiento altamente apreciable, son únicos para todos.

EL CRIMEN PASIONAL.—Como resultado de esta fatídica intervención de los celos, más desarrollada en los países de espíritu meridional, acaso también por el afán impulsivo y dominador de sus habitantes, vemos el crimen pasional. Constantemente ante los Tribunales de Justicia pasan estos actos, en los que la mujer es siempre la víctima, para asegurar la majeza del hombre y afirmar aún más sus pruebas bien equívocas de virilidad. El hombre que ha de recurrir a estos extremos para probarla es porque en el fon-

EL PROBLEMA SEXUAL

do, como aseguran muchos científicos, los celos no son otra cosa que unos formidables perturba-dores, en los que el hombre reconoce, porque a ello se ve forzado, su inferioridad ante la posibili-dad de que la mujer, no satisfecha física o es-piritualmente de él, pueda buscar en otro una más adecuada satisfacción a esas sus necesidades y afi-ciones.

LA REPULSA HACIA EL CRIMEN PASIONAL.—Nosotros, que tenemos en todo momento una repulsa para el crimen pasional, y para su ejecutor, no po-demos por menos de sentir también hacia éste una cierta commiseración. La desgracia mayor de aquel hombre ha estado no en los años de cárcel a que le condenen, y en los que una tranquilidad y has-ta satisfacción llena su ánimo hasta donde es po-sible, sino en los años, meses o días de incerti-dumbre, de preocupación, de doloroso reconoci-miento de aquella inferioridad. Si el hombre hu-biera recibido una educación lo suficientemente explícita para que comprendiera hasta dónde lle-gaban sus derechos sobre la mujer a la que es-taba unido, y cuáles eran las libertades que po-dían concederse uno y otro impunemente, y las que cada uno tenía la obligación de garantizarse mutuamente, estos actos no sucederían.

LA ENFERMEDAD DE ESTOS CRIMINALES.—Con ex-traordinaria frecuencia asimismo los ejecutores de crímenes pasionales son enfermos o locos. Esto se explica teniendo en cuenta que tan sólo un en-fermo es incompleto sexualmente y puede hacer notar esa deficiencia a una mujer, y que tan sólo un enfermo moral—para el vulgo loco, aunque dentro de la locura existen las más variadas gra-

daciones—es capaz de matar, haciendo uso de una costumbre que, aunque reconocida por la sociedad como posible y existente, sea penada aparentemente por una ley que en su injusticia no vacila en castigar lo mismo que ella tolera y exalta. El crimen pasional es, desde luego, reprobable; pero más que por la persona del criminal, por la de la sociedad que ha incubado a estos delincuentes, que tienen de la moral, de la mujer y del amor, un concepto desde luego absurdo y falso; pero que se lo ha enseñado la misma sociedad que los ha creado y la misma religión en que han sido educados.

A ellas, pues, la culpa de estos hechos. A ellas también la responsabilidad.

*Defectos e inconvenientes
de la libertad del amor **

LA PROSTITUCIÓN.—Al tratar de la prostitución nos encontramos con una institución que es tan vieja como la civilización misma, y no decimos más, porque tenemos pruebas de que entre los salvajes, por la existencia de una libertad de relaciones amorosas, era totalmente desconocida. Cuando se descubre en algún pueblo primitivo la existencia de la prostitución, hallamos al propio tiempo el resultado inmediato de que ese pueblo ha tenido algún contacto con la civilización. Así, hasta 1879, época en que los indios Omaha eran ya cristianos y enviaban sus hijos a la escuela dominical, no se encuentra entre ellos, según el testimonio del Reverendo Owen Dorsay, la institución llamada Minckoda, y aun así, sólo la constituyan dos o tres mujeres, que con verdadera propiedad podían recibir el nombre de prostitutas.

SU ORIGEN EN LA RELIGIÓN.—La prostitución tiene su origen indiscutible en las costumbres religiosas. La prostituta sagrada o hieródula formaba parte de las prácticas religiosas en los pueblos antiguos, y Herodoto nos habla de que «casi todos los pueblos, excepto los egipcios y los griegos, tenían trato con mujeres en lugares sagrados». Ya en los siglos XIV y XV la prostitución tenía especiales tolerancias por las autoridades religiosas. Se cita el caso curiosísimo del que nos habla Huntington Cairns en su obra: «El Sexo y la Ley», de que en la ciudad de Avignon, bajo el patronato de la reina Juana de Nápoles, había un burdel que se regía por las mismas reglas que se observaban en los Monasterios, y Briffault nos amplía detalles sobre este curiosísimo hecho, escribiendo: «Sólo los buenos cristianos eran allí admitidos, estando excluidos los judíos y los infieles, y el Viernes Santo y por Pascuas cerraba sus puertas». La prostitución seglar fué simplemente una consecuencia de la religiosa. En aquellas ciudades del litoral frecuentadas por extranjeros, la sacerdotisa, que antes se vendía para conciliar los favores de la diosa, pasó a entregarse por dinero. Ulpiano define la prostituta como a una mujer que «abiertamente entrega su cuerpo a gran número de hombres, sin elegir entre ellos y por dinero». Y el problema que a Ulpiano hacía entonces frente continúa hoy en pie con los mismos caracteres de indudable gravedad.

ENSEÑANZAS.—Vemos cómo, aun dentro de la imparcialidad crítica y objetiva de la historia, sin analizar los fundamentos morales, la prostitución nace al compás de la religión. Los conceptos de una falsa moralidad, de una honradez absurda, que

constreñirán a la mujer ante el temor al escándalo, única enseñanza que la Iglesia sí se ha preocupado de proporcionar, habría de obligar más tarde al varón, al que la Iglesia misma toleraba y aun exaltaba en sus libertades, a buscar satisfacciones a sus impulsos sexuales antes de constituir un hogar. La Iglesia misma, siempre atenta a las menores necesidades de sus fieles, satisfizo en este caso también sus legítimas aspiraciones, y creó indirectamente el cuerpo de prostitutas, y con ello una de las más terribles lacras de la sociedad actual.

LA ABOLICIÓN DE LA PROSTITUCIÓN EN RUSIA.— Después de la magnífica campaña que se inició en Rusia en contra de la prostitución, ella ha venido a tener un magnífico resultado práctico. Actualmente, en Moscú funciona un Centro de reeducación de prostitutas, en cuya institución las prostitutas reciben educación moral y técnica, donde varias se casan y, según los informes que presenta anualmente el médico-director, «tan sólo el 16 2 por 100 vuelven a su triste profesión». La prostitución oficial, por lo mismo que ha sido abolida, ha acabado también con una de las más vergonzosas miserias de una sociedad que se dice moderna y civilizada.

EL SIGNIFICADO MORAL DE LA PROSTITUCIÓN.— La prostitución es, por otra parte, una degradación aun mayor de la propia mujer. Es indispensable coincidir con una de las modernas investigaciones científicas, que ha logrado afirmar que una mujer de contextura mesalínica, aunque parezca extraño, no es nunca prototipo de feminidad. Así nos presentan el ejemplo que Marañón

EL PROBLEMA SEXUAL

cita y desenvuelve de Catalina de Rusia, como un caso típico de lo que muchos historiadores han juzgado como sus aptitudes para el gobierno y su extraordinaria afición hacia el imperialismo, afirmando que en este caso no se trataba de una mujer de tendencias viriloides. La ineficacia e inutilidad de su propio sexo le hacía desviarse hacia estas otras aspiraciones. Si ellas hubieran sido bien orientadas, Catalina de Rusia, en vez de una zarina imperialista, hubiera dado a Rusia y al Mundo días de gloria. Una figura científica y reposada hubiera encuadrado mejor a su temperamento por una sublimación de su instinto sexual. No lo hizo así, y Catalina de Rusia es hoy uno de los ejemplos más típicos del absolutismo.

LA CAMPAÑA ABOLICIONISTA.—Desde que Josefina Butler inició en Inglaterra el abolicionismo, procurando redimir unas cuantas mujeres de esa terrible existencia en que no sólo aparecen perjudicadas materialmente, sino también, y muy particularmente, en su propia conciencia y dignidad, han pasado ya muchos años. La lucha abolicionista en contra de la irreglamentación de la prostitución se va extendiendo. ¿Llegará a triunfar? El día en que las mujeres sean libres de amar, donde quieran, como quieran y a quien quieran, se habrá terminado ya ese secreto afán de buscar en la prostituta una satisfacción que su incapacidad económica o moral le veda hallar en el santuario del hogar tradicional. No en balde decía Nietzsche «que la edad de casarse llega mucho antes que la de quererse».

SU REALIZACIÓN.—Para los hombres que no hayan adquirido el recomendable don de orientar su

trabajo manual o intelectual hasta que él los ocupe toda su existencia en tanto no estén en situación física ni económica de poder tener un hijo y ayudar a su sostenimiento, la libertad de amar, la libre experiencia sexual en su primera juventud, sin consecuencias ni compromisos, será una indiscutible solución.

Una experiencia en la que todos tengan la seguridad de que habrán de tropezar no con mujeres que vendan ese amor mercenariamente y que están infectadas y heridas por los terribles males sexuales, sino con mujercitas de su misma situación económica y moral que satisfagan al igual que ellos una aspiración muy lógica en quien no ha logrado tener la suficiente capacidad de dirigir todos sus estudios y todas sus actividades a rendir un beneficio, cada uno dentro de su esfera, a la Humanidad, sin preocuparse de la práctica sexual, que tanto retarda este rendimiento y que en ocasiones lo anula en absoluto.

EL TRIBUNAL DE LINDSEY.—Este curiosísimo Tribunal, que el juez Lindsey ha organizado en Norteamérica, se basa en la necesidad urgente e imperiosa de orientar a los muchachos que son víctimas de una mala orientación sexual o de una precocidad en el ejercicio de ésta, procurándose sus confidencias y prestándoles a cambio de ellas, con la ayuda y protección material, ese otro alivio y consuelo de la comprensión. A base de los hechos que el juez ha analizado en este curiosísimo Tribunal, que lleva funcionando más de veinticinco años, ha publicado trabajos, aumentados con datos estadísticos, sobre los verdaderos móviles, causas, desarrollo, etc., de la actividad sexual en la juventud. Eran tan abrumadores los resultados, re-

EL PROBLEMA SEXUAL

velaban de un modo tan palpable cómo los jóvenes, en un número crecidísimo, eran todos víctimas de esa misma desorientación, que hubo muchas autoridades pedagógicas que intentaron censurar acerbamente la obra de Lindsey, cuando, como éste declara, hace ya mucho tiempo que ellos carecen de la única fuente auténtica de información «en que basarse para rebatirme, y que la constituyen los mismos jóvenes, ya que chicas y chicos, especialmente las primeras, de los que acuden a las escuelas de Denver son objeto de expulsión inmediata en el caso de sorprendérseles, debido a torpeza o mala suerte, como culpables de delitos sexuales.

PORCENTAJE DE CASOS.—El porcentaje que Lindsey ha podido establecer revela, sin embargo, que por cada caso de delincuencia descubierto y con consecuencias tangentes e inmediatas, quedan completamente ignorados muchísimos otros. Así, él cita los de 495 chicas de edad de asistir a la Escuela Superior—catorce a diez y ocho años—que me confesaron haber tenido experiencias sexuales con los chicos, y de los que sólo 24 quedaron embarazadas. Esto es un término medio de un 5 por 100. Las otras escaparon al embarazo, unas por casualidad, otras por haber practicado métodos abortivos más o menos eficaces y que ellas conocían, ya que es más corriente de lo que se cree que estas chicas tengan noción de ellos.

CONSECUENCIAS. — Pero las consecuencias más útiles de este porcentaje, más que lo aterrador e imponente de su firmeza estadística, es el pensar que las tres cuartas partes de esa lista de quinientas muchachas acudieron al Tribunal espontánea-

mente, unas en su embarazo por necesitar consejo, otras en su abandono por estar arrepentidas. Y que la única causa que motivaba su acercamiento era su necesidad de ayuda, sin cuyo estímulo no hubieran comparecido en el despacho. Por eso supone Lindsey, y con justicia, que por cada muchacha que a él acudía en demanda de ayuda, debe haber habido otras muchas, gran mayoría, que no lo hizo porque no lo necesitó. Afortunadamente, de ello extraía Lindsey alguna consecuencia favorable, y es la extensión de los abortivos y métodos anticonceptuales en la juventud. Esto revelaba según él que ella, dentro de su relativa inconsciencia, iba procurando en lo posible, guiada por su egoísmo primero, por su conciencia más tarde, evitar una reproducción que podría ser desde luego inútil, pero que era ante todo anormal y defectuosa. «La ignorancia, la pobreza, la mala salud—termina Lindsey—y los niños indeseados, subnormales, a veces física y mentalmente, se combinan a maravilla para impedir que la máquina funcione bien. Es un crimen que conciban criaturas en estas condiciones. Es un crimen que nos permitamos multiplicarnos cual si fuéramos una casta de conejos...»

ENSEÑANZAS.—Grabemos bien estas últimas palabras como suprema enseñanza. La libertad del amor nos exige mayor preparación para su uso que el amor limitado por la ley y legalizado por ésta. Este contaba con el beneplácito social. El que nosotros teorizamos habrá de luchar con inconvenientes y oposiciones. Y para vencerlas y salir dignamente, tendrá que dar pruebas de su superioridad, de su mayor eficiencia, en su persistencia y en sus medios de ser llevado a la práctica. No crean muchos ilusos que el matrimonio, por lo mismo

EL PROBLEMA SEXUAL

que es una institución social tan imperfecta, parecerá mejorado con el menor esfuerzo de nuestra parte. Todo lo contrario. Para vencer los obstáculos que se opondrán a nuestra marcha necesitamos más que nunca de nuestra conciencia y de nuestra preparación.

LA ORIENTACIÓN DE LA JUVENTUD ACTUAL.—Sin embargo, esta juventud que llega a las más graves y duras realidades que ofrecen los problemas sexuales, en absoluto por su cuenta, sin una educación capaz ni una orientación sexual en su adolescencia es la que estará en un futuro también en mayores condiciones, cuando el choque con la vida le haga ver las realidades, de saber evitar a sus hijos esa dolorosa experiencia que ella habrá tenido que pasar. Por eso es doloroso, pero no queda otra solución que aceptar en esos jóvenes esta formación «autodidacta», en la que ellos se ven obligados a suplir al padre comprensivo y al maestro orientador. Por eso nosotros estamos conformes con la tesis que mantiene Lindsey de «que la actual juventud no es—como dicen jesuítas y espíritus frailunos—un toro vendado suelto en una cacharrería. Sino que haciendo cuenta de las tentaciones a que está expuesta y de la necesidad de la parte adulta de la población, resulta en su caso la juventud más moral y más sana que jamás hubo en el mundo».

UN CASO EN DENVIER. AMBIENTE.—Uno de los que más combatieron al juez Ben. Lindsey por su propaganda entre los muchachos y su plan de enseñanza confidencial respecto de los chicos y chicas a quienes atendía en todos sus conflictos sentimentales y sexuales era un pastor protestante de Denver, que desde hacía algunos años había de-

nunciado al juez Lindsey y a sus «libelos sobre la juventud norteamericana». Su elocuencia era grande, posiblemente, sin embargo, menor que su indignación. Y con sus fogosas palabras iba logrando convencer a mucha gente. Acaso él hablaba como lo hiciera, pensando en las calumnias que el juez, con sus apreciaciones estadísticas, arrojaba a diario sobre su hija tan pequeña e inocente, miembro de aquella naciente juventud. Acaso estuviese ella escuchándole. Y a él le resultaba inveterosímil, absurdo, injusto, que ella o esas otras miles de muchachas inocentes de Denver hubieran de ser tan mal juzgadas por quien carecía de autoridad para hacerlo. El reverendo pastor sentaba en sus discursos la premisa de que «decir o reconocer que los jóvenes cometan errores en cuestiones de contacto sexual equivale a declarar que son «inmorales», punto de vista totalmente absurdo».

EL HECHO.—«Pues bien—dice el juez en un estudio en el que recopila algunos datos y extrae interesantes enseñanzas, con el epígrafe «Sabiduría para los padres»—, por aquellos mismos días en que se pronunciaban contra mí esas acusadoras frases, la hijita del pastor hubo de acudir a mi Tribunal en demanda de ayuda, y yo tuve que someterla a tratamiento, pues padecía cierta infección, en la clínica de un médico con cuya discreción podía contar. Su papá no llegó a enterarse de lo sucedido y aun hoy sigue ignorándolo. Le costaría la vida si lo supiese. Comprendiendo que no debía decirle a él nada de aquéllo, la muchacha acudió a mí en busca de ayuda y comprensión y de esa afectuosa simpatía que hubiera debido buscar en su padre. Pero ¿cómo pensar siquiera en contárselo a él? ¡Qué lástima me daba! ¡Qué dolor sa-

EL PROBLEMA SEXUAL

ber de antemano que no haría más que empeorarlo todo si llegaba a conocer la verdad! ¡Qué pena que con su misma intolerancia le cerrase a su hija el camino de la confidencia!»

CONSECUENCIAS.—Pero no olvidemos, consignemos mejor, ya que es lo que define el caso con sus trazos más característicos, que esta muchacha, más que un tipo aislado, era un ejemplo de los resultados que se obtienen con educar a los hijos a base de ciertos métodos pedagógicos cuya inutilidad se ha probado al través de los siglos, y que hoy, atendidas las circunstancias en que la vida moderna se desenvuelve, resultan francamente absurdos. La hija del pastor había sido objeto de una vigilancia extremada. No bailaba, no había ido nunca al cine, no jugaba a las cartas porque el juego es un pecado y su religión se limitaba a un sistema de adoración medrosa a un dios colectivo «cuya misión principal se reducía a castigar a las criaturas imperfectas hechura suya y a recompensar a los contadísimos y afortunados seres que lograban salir adelante sin incurrir en su desagrado».

EL GRAN PECADO DE LA RELIGIÓN.—La fuerza de la educación constante hizo de esta niña un modelo de refinada hipocresía. Frente a la ingenuidad del niño que en su pureza pregunta y discute con absoluta naturalidad de las cuestiones sexuales, esta niña, de escasos catorce años, menudita, fina, de temperamento dulce y reposado, «corderita inocente», al decir de su padre, había logrado una maestría en el arte del disimulo.

Ese es el mayor pecado de la religión, el enseñar a disimular, a ocultar, a disfrazar el verdadero pensamiento. Y esa es también la supremacía má-

xima de nuestras doctrinas, la franqueza, la pureza en la expresión y en la idea. Se puede hablar con libertad y pensar con naturalidad y con pureza. Esta es la meta que nosotros perseguimos. Que no entre jamás en nuestro pensamiento una idea de lujuria o de erotismo, que veamos en la función sexual un acto sublime de la biología que equipara las células humanas a divinidades en su poder de creación, y una misión trascendente en su finalidad hacia los hijos que vengan. Alejando de nosotros toda otra relación con los problemas sexuales, viendo en ellos una acción de la sabia Naturaleza, ni más ni menos lógica que la de la digestión o de la nutrición, aunque mucho más sublime por sus efectos, nosotros lograremos lo que la religión con sus frenos no ha podido obtener: libertad, dentro de la pureza; recato, dentro de la libertad.

UN CURIOSO CUESTIONARIO.—Uno de los casos más ampliamente discutidos hasta en Norteamérica, que parecía ser hasta aquí una de las más probadas cunas de la libertad, fué el de un programa que en la primavera de 1925 explicó en una clase de Sociología, en el Smith College, el profesor Frank H. Hankins. Cuando ya se estaba terminando el curso de Sociología biológica y problemas de la población, que explicaba uno de los sociólogo-biólogos más competentes del mundo, éste, respondiendo al interés que habían mostrado los alumnos por la cuestión sobre posibles cambios en las prácticas sexuales, lanzó la idea de que se repartiese un cuestionario entre todos ellos, que ellos mismos hubiesen redactado, contestándolo cada cual anónima y sinceramente. Los alumnos mismos redactaron las preguntas, de las que las más interesantes son las siguientes:

EL PROBLEMA SEXUAL

PREGUNTAS.—¿Qué prefiere usted, compañía sin matrimonio?

¿Compañía con matrimonio?

¿Matrimonio con hijos?

¿Matrimonio sin hijos?

¿Cree usted que a las mujeres que son capaces de mantenerse solas ellas se les debe permitir que tengan hijos sin matrimonio?

¿Se prestaría usted, en circunstancias propicias, a relaciones extramaritales después del matrimonio?

¿Aprobaría usted la misma conducta en su marido?

¿Cree usted ventajoso o desventajoso para el hombre el tener experiencias sexuales antes del matrimonio?

El tener conocimiento de haberlas tenido un pretendiente suyo, ¿afectaría en algo la actitud de usted hacia él?

¿Cree usted ventajoso o desventajoso para una mujer haber tenido experiencias sexuales antes del matrimonio?

¿Deberían tener las solteras mayor libertad que la que generalmente se cree justa para buscar experiencias sexuales antes del matrimonio?

a) ¿Usaría usted de esa libertad en circunstancias favorables?

b) Ha tenido usted ya esa experiencia? ¿Una vez? ¿Por casualidad? ¿Con frecuencia?

RESULTADOS. — El profesor Hankins indicó que acaso sería preferible, para garantizar la serenidad en esta primera exploración, el suprimir la pregunta sobre las experiencias sexuales actuales; pero los mismos estudiantes propusieron que siguiera siendo incluida. Los resultados de los cues-

tionarios no se hicieron públicos, conociéndolos únicamente la clase y la Administración. La experiencia fué puramente científica, guardando el anónimo más absoluto de los estudiantes que tomaron parte en él. No debemos olvidar que no se trataba del reparto de un cuestionario entre alumnos de un Colegio o de una Escuela Superior sin previa preparación, sino que se había intentado como un a modo de colofón de un curso en el que se había dado en lo posible, por el eminentísimo profesor, una noción lo suficientemente clara de la posición biológica y de la actuación de la Sociología ante esos problemas, como ante tantos otros.

Entre el vulgo se creía por entonces que la inmensa mayoría de los estudiantes de los colegios mixtos hacen una vida sexual irregular y libre, y que más del diez por ciento de las alumnas quedan embarazadas durante el curso. Sin embargo, esto puso de manifiesto que, aparte de ochenta alumnas muy resabiadas, sólo cinco se prestaban a experiencias heterosexuales; de esas, una sola confesó practicarla a menudo y con el hombre con el cual estaba comprometida para casarse.

REVUELTO CAUSADO.—Ello debería haber regocijado, pues, a los moralistas que formaban por entonces en torno a todos los colegios una aureola de piedad hipócrita. Pero en lugar de ello se indignaron. Cierta alumna retrógrada, en cuyas manos cayó, como en las de tantas otras, el cuestionario, hubo de difundirlo ampliamente con la más torcida interpretación de su índole y finalidad, y con el propósito de desacreditar al profesor Hankins y al director del Colegio en que tales hechos se producían.

De este modo mediaron en el asunto sociedades

EL PROBLEMA SEXUAL

patrióticas oficiales. Fred Narvin, al frente de la suya, «Los hombres claves de Norteamérica», intervino muy activamente. La Liga de Seguridad Nacional denunció el colegio, enviando un representante especial a Northampton para llevar a cabo esta idea. Y Frank Goodwin pudo hablar ampliamente del «peligro rojo en nuestros conventos». Aun cuando los obscurantistas trataron en lo posible de perjudicar la actitud del colegio, las alumnas se proclamaron a favor de la confianza que les inspiraba la Administración de aquél, a cargo de su presidente, Neilson, y tan sólo quedó como borrón para la posteridad una condición pactada, según la cual se concertó el no volver a repartir en el Colegio cuestionarios semejantes.

OBJECCIONES RISIBLES.—Pero no es esto lo peor. Lo realmente risible es que las objeciones en que se basaron padres y moralistas fueron las de que aquellas ochenta alumnas del Colegio, entre los veinte y los veinticuatro años, no tenían la menor idea de la existencia del sexo ni de poseer los atributos psíquicos y físicos de la sexualidad femenina, habiéndose enterado de hechos tan vergonzosos de una manera súbita y maliciosa, por efecto de la presentación del cuestionario... ¡Por culpa de éste hubieron de aprender las muchachas que existía comercio sexual en el mundo! ¡Ellas, que pertenecen a una nación ultracivilizada, que asisten a las películas contemporáneas, leen las más verdes novelas y bailan el *jazz* ligeramente vestidas!... ¡Qué desengaños habrían de dar a sus inocentes y cándidos padres!

LA VIDA DE ISADORA DUNCAN.—La gran artista ha publicado recientemente un libro que lanzó a

los cuatro vientos la historia de su vida. De la cual resulta claramente que practicaba lo que otros predicamos. Quizá una educación desacostumbrada hiciera poco en el sentido de imponerle prohibiciones de ningún género. Desde muy joven, Isadora se pronunció en contra del matrimonio, pensando que era una esclavitud vergonzosa para la mujer, y a favor del amor libre. Era hermosa, atrayente, muy amable, con talento y famosa. Literalmente, fué echándose en los brazos de cuantos hombres le placían, y, naturalmente, la mayoría de ellos la acogían con arrebato... durante una temporada. Nuestra artista se lamenta en esa obra de que todos sus amantes la abandonaban y que de muchas discípulas que se había encargado de mantener y educar, ninguna permanecía a su lado. Apenas mediada su vida la vemos, pese a su fama, su belleza y su talento, sola, en la miseria, pensando en el suicidio e intentándolo entregada a la bebida, disgregada y tratada con desprecio por todo el mundo. A eso opone una razonada crítica Sewel Stokes en su obra *Isadora Duncan*: «¿Qué fué lo que hizo descender tan bajo a esa atrayente y brillante criatura?... Sólo una mala suerte constante... No; fueron sus principios, especialmente sus principios máximos de no tener en cuenta ninguna regla sexual.» Además, fué ella la víctima de los *tabúes* o prohibiciones irracionales; he ahí una que, en época de mayor ilustración, hubiera podido gozar lo suyo sin incurrir en pena alguna. Quizá; pero yo no estoy muy seguro de ello. Porque nuestra artista no se limitó a desafiar los *tabúes* sexuales: obró todavía más locamente, procedió contra la naturaleza humana. Si el hombre ha de consagrar su devoción a una mujer, exige que en cierta medida le devuelvan esa devoción. Cuando no es así, no

EL PROBLEMA SEXUAL

se siente obligado. Pero aquella bella artista se atuvo al principio rotundo de dar satisfacción libre al instinto sexual, siempre que éste se manifestase, en el sagrado nombre del amor. Sufrió tanto, porque, como otros muchos, no hacía distinción entre amor y placer.

ORIENTACIÓN DE LA LIBERTAD DEL AMOR.—«Falta a la Humanidad un templo levantado a la infancia. La religión de la infancia, tan viva en el corazón de la multitud, no ha encontrado aún su apóstol. Es lástima. Habría que exaltar el amor a los niños como se viene exaltando el amor—simplemente el amor—desde hace siglos, analizar y expresar este sentimiento tan rico y fecundo, fuente de goces tan puros; mostrar a los hombres cómo, en suma, habiendo creado la vida, ellos han vencido la muerte y realizado obra casi divina.»

Estas admirables frases de Paul Gerald revelan la clara expresión de este sentimiento tan incomprendido hasta aquí en la verdadera pedagogía: «el culto a la infancia»; ese culto que nos muestra que no es el niño un ser al que se le puede calmar con cuidar de su alimentación, y si acaso de su enseñanza, sino que en el alma del niño, por estar en ella en germen todas las bondades y todos los vicios, hay que ir poniendo con la ternura del jardinero amante de la flor, el culto a un ser superior, porque nuestro afán para los niños del futuro es que en cada generación vayan en un escalonamiento superando a sus padres, continuando el proceso de la evolución de la Humanidad, y que en unos momentos se cortó por los impulsos retardatarios de ésta, entregada al egoísmo de sus propios placeres sin pensar en las mejoras de aque-

lla especie a cuyo engrandecimiento tenía que estar forzosa y obligatoriamente encadenada.

LA BELLEZA COMO ASPIRACIÓN SEXUAL. — Como consecuencia sublime de la finalidad suprema de la libertad en el amor, incluimos aquí aquellas frases de Remy de Gourmont, cuyo ideal expresa perfectamente esta finalidad: «Creo que no debíamos titubear para llevar la ciencia a la literatura, o la literatura a la ciencia; la edad de la hermosa ignorancia pertenece ya al pasado. La belleza es tan seguramente sexual que las únicas obras indiscutidas de arte son aquellas que muestran al cuerpo humano en su desnudez, por su perseverancia en permanecer puramente sexual; la escultura griega se colocó, para toda la eternidad, por encima de toda discusión. Es hermosa porque es un hermoso cuerpo humano, como aquel con el que todo hombre o toda mujer desearía unirse para perpetuarse a sí mismo, según la raza. El tiempo Espacio, único al que se vincula la belleza, único que limita la definitiva actividad y aspiración del hombre, hace y obliga a detenerse en este solemne momento.»

«Por entre los bastidores bamboleantes del año,
marzo empuja su raudo carroñato de frío.

Hay algo que me dice: «La primavera está próxima.»
Pero mi corazón es de las cosas viejas.

Reliquias de remotos abriles que pasaron
sobre la tierra árida. Son míos la pingüe hierba
que segó la guadaña de un pretérito invierno
y los agudos ecos de la olvidada risa.

Viene la primavera, mas para mí no viene.
Lo advierto, y sin embargo, permanezco insensible.

EL PROBLEMA SEXUAL

Soy de un tiempo que huye. Las flores que eran misas
yacen muertas tiradas por el diciembre airado.
Que os sea dulce la vida a vosotros, los hijos
de primavera. Porque para mí ya este mundo
se hunde bajo mis pies!....»

Continuidad de la existencia que se perpetúa. Continuidad por la influencia mágica del amor que persiste no obstante los cambios de eras, evolucionando incansable. Cuando una generación goza ya del amor, otra que llega vuelve a gustar de sus mieles, y el amor, que no cambia, que no se modifica, que no se agota, que es siempre inmutable y único sigue siendo la musa inspiradora de todas las generaciones, desde que éstas empezaron a poblar el mundo por la acción cósmica de la Naturaleza, hasta la actualidad de los modernos empujes de la ciencia. Pero ese amor, para brillar, para actuar en definitiva, necesita de libertad, esa libertad que si es indispensable en todas las actividades humanas, lo es más en esta otra tan espiritual en que se rinde culto a la Belleza, que por lo mismo no puede estar sujeta a traba de ninguna fndole.

EL TEMA DEL SEXO EN RELACIÓN CON LAS CIENCIAS.—El tema del sexo se conserva en una actualidad perenne desde las escuelas de párvulos hasta las Universidades. La biología comprende el estudio de los procesos de reproducción y crecimiento, cuyo campo especial, el de la genética, se dedica exclusivamente al mecanismo de los procesos de reproducción de las células.

La higiene aspira a dar al alumno una noción elemental, y en los más de los casos un poco rutinaria, de la base estructural de las funciones sexuales. La psicología no puede menos de estudiar

los problemas de la emotividad sexual, del desarrollo psicosexual, del amor sexual y de las represiones y frustraciones del mismo carácter. La psicología social toma el efecto de todas estas actividades del sexo sobre la vida colectiva.

La higiene mental y la psicología anormal giran en torno de la vida sexual del hombre, particularmente de sus aberraciones o expresiones inadecuadas. Las ciencias sociales tienen que tropezar constantemente los temas sexuales. La historia recuerda las grandes leyendas y alardes sexuales del pasado, indicando la influencia que ellas han tenido en el desarrollo y circunstancias de los hechos. Así recuerda el caso de la política religiosa de Enrique VIII o la diplomática de Carlos II, que no tendrían explicación sin el motivo sexual que bajo ellas se ocultaba. La antropología dedica gran parte de sus estudios a los ritos que sobre materia sexual se conservan en los pueblos primitivos, ya que de ellos depende no sólo la explicación de sus religiones, y de buen número de sus misterios y situación polística. La sociología, al estudiar el sexo, la familia, la reproducción y la educación, tiene que estudiar los problemas sexuales aun más a fondo que ninguna otra ciencia. La criminología, rama especial de ésta, comprende un estudio que no puede menos de ser detallado, de los crímenes sexuales o ejecutados por fuerza del impulso sexual, aunque éste aparezca predeterminadamente oculto. La economía polística, esa ciencia que parecería más de especuladores y de grandes entidades bancarias, y, por consiguiente, más alejada de estos problemas, comprende en toda su gravedad el problema de las relaciones entre los patrones de vida y la densidad de población, con la necesidad de limitar esta última si es que se aspira a perpe-

EL PROBLEMA SEXUAL

tuar la prosperidad y el efecto de los avances del feminismo, tomado como el acceso de la mujer a las profesiones masculinas. La ciencia política y la jurisprudencia estudian la legislación y el aparato gubernamental, esto es, la legalización de los problemas sexuales ante el campo del Derecho y el del Estado.

La ética parecía limitada hasta bien recientemente, casi con absoluta exclusividad, a las cuestiones sexuales: matrimonio, divorcio, etc.

En literatura y en bellas artes el sexo y el motivo amoroso las ha invadido de tal modo que hasta en los países anglosajones y escandinavos, más fríos por su propia naturaleza, se ha concedido un margen para la discusión e interpretación de los temas sexuales con una libertad que en bastantes ocasiones asombra.

LA TRASCENDENCIA DEL PROBLEMA DEL AMOR.— Todo ello no hace más que probar la trascendencia de este problema del amor, en torno al cual giran todas las ciencias, estudiándolo desde todas sus facetas. Precisamente por esa su importancia tan trascendental, la religión ha hecho todo lo posible, todo lo que estaba en sus manos, por intentar dominarlo y sojuzgarlo bajo su poder, por procurar en lo posible que el hombre no tuviera en estos problemas más guías que el de su director espiritual. Sin embargo, llegan a ser éstos tan eminentemente personales, que por mucho que a ellos pretendan oponerse en su afán de socializarlos, el hombre, ante los conflictos, los resuelve por sí y bajo su propia responsabilidad, y de este modo ha ido perdiendo la Iglesia su poder sobre el amor y el sexo del hombre, y éste ha salido de esa esclavitud para recobrar su libertad. Pero una libertad

en la que exista una disposición armónica por parte de los dos seres para coordinar sus mutuos intereses y aspiraciones. Una libertad que no sea en ningún momento libertinaje, como creen algunos jóvenes demasiado infiltrados de esas lecturas realmente anarquizantes de un amor libre totalmente falso y complicado, sino por el contrario, mayor sentido de la responsabilidad. Una libertad que habrá de vivir siempre en guardia, porque será ella la fuente de todas las complicaciones humanas, la generadora de la paternidad consciente, siempre que se deseé y se esté en condiciones físicas de soportarla, la que permita saltar por encima de trabas de clases sociales que sólo valen para obstaculizar la verdadera misión y que puedan de este modo rendir culto a una existencia sin más limitación que la que dicte la propia conciencia individual.

TOLERANCIA Y LIBERTAD.—El amor etéreo, impalpable, no es susceptible de propiedad porque su misma naturaleza le hace difuso y libre. Tolerancia para todas las actitudes que el hombre adopte frente a este complicadísimo y personal problema. Tolerancia mientras ellas no vengan a complicar el problema social trayendo al mundo nuevos seres en un número superior a la capacidad activa del Estado o en unas condiciones físicas que le obliguen a éste a un dispendio mayor para curación de anormales y enfermos que ningún rendimiento habrán de proporcionarle más tarde. Libertad condicionada por la conciencia y por el sentido innato de justicia para los que sepan comprenderlo, que serán muy pocos. No en balde hay muchos que piensan que el «amor libre» será algo así como convertir en lupanares todos los hogares y fami-

EL PROBLEMA SEXUAL

lías tradicionales. Libertad regulada por el Estado cuando sea él quien aparezca perjudicado. Mientras el Estado, persona colectiva, haya de tener la obligación que el pueblo se encarga, y con razón, de exigir, de proporcionar escuelas e Institutos, y los capitales de ponerlos en productividad para dar talleres y fábricas en mayor número, tendrá también la obligación de pedir como lógica y legítima garantía que se le entreguen tan sólo un determinado número de ciudadanos, aquellos que pueda él salvar con decoro y que puedan ser en un futuro su verdadero sostén y los que decidan en definitiva de la prosperidad de un Estado.

Mucho más valen cien ciudadanos fuertes, robustos y trabajadores, que mil de los cuales quinientos están internados en hospitales, trescientos en manicomios y otros doscientos se han educado en el vagabundeo y el pillaje por falta de cuidados del Estado, y habrán de ir a parar en un futuro al presidio o al patíbulo.

¿Libertad en el amor sin responsabilidad? Toda la que el individuo quiera. Toda la que él necesite y que el ser por él elegido le preste.

¿Libertad con consecuencias? Tan sólo la que «deba», no la que «pueda». Nadie pide que se limite el placer, sino la responsabilidad. Y para ello, aunque parezca paradójico, hay que aumentar el sentido de esta última en la conciencia humana para acostumbrarle a sentirse dueño de sus actos, consciente de sus promesas, hombre, en suma; esto es, creador bajo el freno imperioso de su soberana Voluntad.

CONSECUENCIAS. — La finalidad que la libertad del amor pretende es procurar reformar y organizar en lo sucesivo la sociedad bajo un régimen de

mayor e innegable amplitud. Nosotros no hemos pretendido nunca, al defender esta tesis, ir a plantear y a proponer para las generaciones futuras un hecho que nosotros mismos hubiéramos de juzgar como una inmoralidad. Estimamos, por el contrario, que el desarrollar en las personas por todos los medios a nuestro alcance esa aptitud de poder elegir, es uno de los mayores beneficios que a ellas podemos reportarles. Para ello la libertad en el amor debe ir acompañada de una preparación anterior eficiente e indispensable. No se la puede predicar, y tratar de llevar a la práctica, si no se tiene un conocimiento lo suficientemente claro y explícito de la responsabilidad que con ello contrae. Para muchos, particularmente para algunos jóvenes desaprensivos, el problema de la libertad del amor se resolvería simplemente con un retozo brutal y sin la menor finalidad. Para los que sepan que puesto que se les otorga una libertad la sociedad tiene también derecho a garantizar su uso, la libertad de amar será no una facilidad al problema sexual, sino una mayor responsabilidad. Antes, con el matrimonio, quedaban cancelados todos los compromisos; nadie era responsable de lo que después sucediera, ni de la enfermedad de uno o del otro cónyuge, ni de sus despilfarros, ni de su ruina, ni de sus malos tratos, ni de la incompatibilidad de caracteres. En la unión libre, en la que cada uno es capaz de romper el vínculo puramente moral que les ata, existe un mayor incentivo por parte de ambos de conservarlo y existe también la responsabilidad que la Sociedad ecuánime habrá de encargarse de exigir. En la libertad del amor, los hombres cumplirán sin obstáculo alguno la finalidad reproductora de la especie, o la de satisfacción de sus necesidades o de sus deseos. Lo que no habrán

EL PROBLEMA SEXUAL

hecho es poner una serie de crímenes bajo la tutela oprobiosa de una ley egoísta a quien no importa destruir el derecho de los débiles con tal de amparar al fuerte, el hombre que la ha hecho, como es lógico, en beneficio propio.

Por eso muchos que aspiréis, cuando estas frases os lleguen a vosotros, a poder practicar también un día, en una era mejor, esa libertad en el amor, muchos que la creáis ya próxima o que pretendáis ejercerla en la actualidad, aun dentro de las restricciones existentes, no creáis que ella va a ser en el momento en que se implante, medio de satisfacción sin trabas. Todo lo contrario: la libertad en el amor, por lo mismo que será una adquisición revolucionaria, tendrá que ofrecer a la sociedad nueva que la instaure las suficientes garantías de que con ella habrá de mejorarse, al menos, la trágica institución familiar cuya influencia sobre la organización social universal ha sido tan funesta.

LA ORACIÓN DE LA EUGENESIA

Salve, madre nuestra,
lléna eres de gracia,
bendita tú eres
y bendito el fruto de tu vientre.
Salve, madre del pueblo fecundo.
Salve, madre del honor y la belleza.

Este es el himno que se entona ante Venus, que con preferencia a la Virgen de una religión como la cristiana, que ni siquiera tuvo el valor de consagrar la maternidad con todos sus atributos, sino que hizo un dogma y un misterio de lo que debiera ser tan sólo claridad y objeto de reverencia, presenta hoy la divinidad o aspiración suprema de la

Eugenésia, que aspira a consagrar un amor libre y divinizado en su propia esencia, que no en balde es Venus la diosa de la Belleza en una antigüedad que veneraba por encima de la virginidad la belleza fecunda, que es la única verdadera.

EL CREDO DEL FUTURO.—«Creo que no se ha inventado nada más hermoso que la vida y que a ésta de la tierra debemos encomendar nuestro entusiasmo.»

«Creo que el problema de la vida está en gozarla con la mayor intensidad y con la mayor extensión.»

«Creo que cada órgano y el organismo completo traen un coeficiente de sensibilidad que fisiológicamente es placer.»

«Creo que estos términos no se deben violentar.»

«Creo que en el discurso suave y placentero de la naturaleza, y bajo los ojos del sol, está la gloria del vivir.»

«Creo que el dolor físico y moral es hijo de impurezas físicas y morales.»

«Creo que estas manchas se pueden limpiar mediante un cultivo a base de leyes hereditarias.»

«Creo que la educación puede engrandecer virtudes seleccionadas por la concepción.»

«Creo que en el beso sexual y en el ideal del hijo más perfecto está la religión del porvenir, y que en el vientre de la madre ha de resplandecer la belleza.»

«Creo en esta religión porque es científica, esencialmente bella y satisface a todas las ambiciones de mi espíritu.»

Admirables son estas dos oraciones de una religión futura, la religión de la ciencia y el arte puestos al servicio de la belleza. Con frecuencia, al que-

EL PROBLEMA SEXUAL

rer menospreciar el sentido del término religión, se ha querido hacerlo afirmando que ella representa una concepción mística y queriendo vincularla a alguna de las religiones ahora existentes. Sin embargo, religión tomada como muestra de creencia suprema o de entusiasmo, es también la Eugeniosía. Entonemos los que la profesamos este credo maravilloso y esta salve sublime, en los que la inteligencia fecunda y abnegada del Dr. Madrazo ha sabido condensar con fe de iluminado las enseñanzas de la ciencia y las ilusiones de regeneración.

CAPITULO II

Amor y matrimonio

INTRODUCCIÓN

Este capítulo no es más que una continuación del anterior. En realidad, la libertad del amor tiene que ir acompañada de un estudio de la consagración tradicional que hasta aquí ha tenido el amor y que es el matrimonio.

Tal es lo único que aquí pretendo probar: su evolución y su fracaso para contener la avalancha, superior a sus propios medios de subsistencia, de la humana libertad. Acostumbrada ésta a sufrir sus cadenas, sabe, sin embargo, cómo reaccionar ante la opresión y cómo romperlas. Y esa ruptura que el hombre ha hecho partiendo por su punto más débil, aunque más defendido, su indisolubilidad con el divorcio, ha dejado al matrimonio completamente entregado, sin defensa, a las disposiciones del hombre. Que éste quiera conservar hoy una institución que, aparte su significado, ha perdido ya hasta su prestigio, es un absurdo que los modernos «civilizados» no están dispuestos a ejecutar, afortunadamente. Que llegue a todos los hombres la grata nueva de la liberación es lo que yo preten-

do con estos libros, que serán desde luego tachados de disolventes, pero que son sobre todo producto de la nueva moral de este tiempo, que ha nacido a la vida con un afán enorme e intenso de reformar todas aquellas instituciones odiosas que durante tantos siglos han mantenido reducidos a vergonzosa esclavitud a sus antepasados.

Historia de la institución matrimonial

«El matrimonio es la única servidumbre verdadera que la ley reconoce.»—STUART MILL.

ORIGEN EVOLUTIVO DEL MATRIMONIO.—Como aunque parezca extraño, tiene un sólido fundamento etnológico y es un grave problema que preocupa a muchos antropólogos, preferimos dejar la palabra sobre tan discutido y discutible asunto a uno de los científicos y psicólogos más eminentes: Guillermo Wundt. El nos habla así:

«El origen del matrimonio y de la familia, problema cuya sola existencia se ignoró durante largo tiempo, admitiéndose la existencia matrimonial primitiva con carácter de ley natural, obligaba con ello a que, sin darse cuenta de las diferencias de ambiente, se creyera siempre en un grado de encadenamiento: la pareja primitiva. Tenía, sin embargo, esta hipótesis ciertos fundamentos entonces en que no se había recurrido a la investigación para demostrarla, sino a un «racionalismo a priori». Muchos animales viven en matrimonio morganático. Parte de las aves constructoras de nidos, fieles guardadoras de ese principio monogámico, los mamíferos más cercanos físicamente al

EL PROBLEMA SEXUAL

hombre, como el gorila y el chimpancé, conservaban esta forma de matrimonio.»

Esta opinión de que el hombre habíase desarrollado en la unión sexual de esta manera continua e invariable subsistió hasta mediados del siglo XIX. La negación a esta tesis, de lo que se han preocupado los científicos de hoy, habría de darnos la base para poder presumir aquí, aunque un tanto difícilmente, los verdaderos y posibles orígenes de esa institución matrimonial.

EL MATRIMONIO EN LOS ANIMALES.—Veamos ejemplos gráficos de la situación matrimonial entre los animales por la ejemplaridad que ello reporta para la organización de la familia en el hombre y sus posibles derivaciones. Veamos estas palabras, lo suficientemente elocuentes, de Westermack en la *Historia del matrimonio humano*: «Si nos preguntamos por qué en ciertas especies animales, macho y hembra permanecen juntos durante la época de celo, separándose después del nacimiento de las primeras crías, creo que no es difícil atinar con la respuesta verdadera: indúcelos a obrar así un instinto adquirido durante el proceso de la selección natural, porque es una tendencia para proteger a las crías y, por ende, a la especie. Demuéstralos el hecho de que en tales casos, no sólo se está el macho al lado de la hembra y las crías, sino que se cuida de ellas. Los instintos marital y paternal, así como el maternal cariño, son necesarios para la existencia de algunas especies.»

SU PROYECCIÓN RESPECTO DEL HOMBRE.—Actualmente las instituciones humanas dependen de la permanencia del matrimonio. Al aceptarlo nosotros tenemos que juzgar el divorcio como un remedio

para cuanto el matrimonio, por razones de índole moral o material, resulta intolerable. En algunas sociedades, a la castidad se la juzgaba un vicio; en otras, la fecundidad era más respetable que la virginidad. Bien es verdad que todo ello tiene lugar en pueblos no civilizados. Sin embargo, ante la biología, la duración efectiva del matrimonio va unida también en los seres humanos a la duración de tiempo que se requiere para producir un vástagos. Probablemente, la monogamia, durante este tiempo, se hace natural a los seres humanos.

EL SENTIDO DE ÉSTE.—El hondo ejemplo que nos dan los animales se repite también en las sociedades humanas. El hombre tiene también un sentido instintivo de su verdadero papel. Los hechos nos lo demuestran. Veamos nosotros en el matrimonio esa finalidad suprema de la generación de nuevos seres y sustituyámoslo luego, cuando esa finalidad haya sido cumplida, por la voluntad de los dos, por el compañerismo, el matrimonio familiar, con o sin la convivencia en el mismo hogar, sin celos mutuos, como un simple afecto resultante del vínculo que durante unos meses o años los mantuvo unidos. Que sepan todos que pueden hacer uso, amparados por la ley y la moral, de una libertad a que se ha hecho acreedor todo ser humano. Y que lo hagan si así lo desean. Que aprendan fundamentalmente a ejercitarse esa libertad.

HISTORIA DE LA INSTITUCIÓN MATRIMONIAL.—Difícil de concretar en unas palabras ni en un resumen es la historia de la institución matrimonial, porque si retrocedemos a los tiempos primitivos, encontramos tan unido el matrimonio a la familia, «gens, fratria, sociedad», que es casi imposible el

EL PROBLEMA SEXUAL

intentar desglosarlo. No obstante, aunque al tratar de «La Familia del Porvenir» trataremos más ampliamente estos puntos, hoy debe interesarnos el hacer destacar las muchísimas evoluciones por que ha pasado esa institución matrimonial de que tantos nos hablan como perpetua e inquebrantable. Es interesante, no obstante, hacer constar la importancia que tiene en todo momento la historia de ese amor. No en balde decía Brandís que «en la idea que cada época se forma de la pasión amorosa tenemos, como si dijéramos, un metro que nos permite medir con suma escrupulosidad la fuerza, la índole, la temperatura de toda su vida emocional».

HIPÓTESIS. ESTADO DE PROMISCUIDAD ORIGARIO.—Se ha dicho que este sistema matrimonial sólo podía tener su origen en un período anterior de general promiscuidad. Porque se planteaba el argumento siguiente: «¿Cómo podría ser que entre esos pueblos primitivos se diera el caso, que hoy se repite entre los salvajes, de que cualquiera juzgase y llamase como padre a todo varón que pudiese serlo por la edad si no fuera porque la paternidad fuera desconocida?» Partiendo de este argumento se encuentra el punto débil, y es el de que igualmente serían llamadas madres todas las mujeres que por su edad pudieran serlo. Creen aún hoy algunos etnólogos que la madre sería más fácilmente reconocible por el hijo, toda vez que existiría la nutrición obligada, así como el crecimiento de los hijos en sus cercanías. El hombre de Hawái, por ejemplo, se cree que comprendiendo que el significado de estas denominaciones sólo pueden referirse a los grados de edad, ha conocido por regla general al padre y a la madre, sólo

que no ha poseído denominación específica para ambos. Cuando no llamaba al padre con su nombre propio, lo designaba manifiestamente como a los hombres de más edad que le rodeaban. Esta extensión a otros hombres y mujeres de los nombres de padre y madre, que justifica, aparte las pruebas documentales, el primitivo estado de promiscuidad, se halla también en los pueblos europeos. En Rusia misma era costumbre llamar a personas que no son padres «padrecitos» y «madrecitas», calificativos que se aplicaban asimismo al zar y a la zarina.

POLIGINIA Y POLIANDRIA.—La hipótesis de que a este estado de familia actual monogámica haya precedido un estado de promiscuidad, agamia o comercio sexual, se fundamenta en dos argumentos: uno, el del matrimonio por grupos; otro, el de la existencia de una poligamia y poliandria.

La forma frecuente de la poligamia es aquella en la cual un hombre posee varias mujeres. Pero hay una segunda y más extraña de extraordinario interés para el matrimonio por grupos, y es aquella en que, por el contrario, una mujer posee varios hombres. Distinguimos ambas formas con los nombres de poliginia y poliandria. La poliginia está hoy muy extendida, especialmente entre los mahometanos y pueblos paganos de África, pues se observó antiguamente que los israelitas y los griegos, esto es, las tribus europeas, tenían desde muy antiguo un régimen monogámico. La poliandria tenía una extensión muy desigual, y especialmente en pueblos extraordinariamente primitivos, en Austria, al Sur de la India, anterior entre los drávidas (rama de una población rechazada por los invasores índicos hasta la punta extrema del continente);

EL PROBLEMA SEXUAL

al Norte, entre los esquimales del Estrecho de Behring y entre los «tschultacos» y «gilpakos» de Iberia, y por último, en algunas islas del Océano Pacífico, donde se conservan los restos de esta curiosísima institución, que hubiera hecho enrojecer a muchas de nuestras «pudibundas damiselas» por su sencillez y su descaro, aunque ni el menor rece-
lo hubieran tenido ellas en aceptar un divorcio casi constante y hacer así, bajo la capa del disimulo legal, lo que estas mujeres salvajes hacían ya, si-
guiendo sus costumbres y su tradición.

EL MATRIMONIO POR GRUPOS.—Entre las tribus australianas del Sur, principalmente, quedan hoy los restos de una forma muy extendida y la más típica de este matrimonio por grupos. De acuerdo con él, un hombre posee una o varias mujeres principales, y las mujeres principales de otros hombres como mujeres secundarias suyas. Su propia mujer para el principal, era secundaria para otros. Es éste un hecho en el que coexisten las dos formas y se relaciona, por otra parte, con la forma más corriente hasta aquí de poliginia, que es una derivación suya, y practicada especialmente entre los árabes, de que cada hombre tenga una mujer principal y varias mujeres secundarias. Una de las causas iniciales de esta poliginia arábiga se da también por una mutua coexistencia del matrimonio por grupos en la guerra. En la Ilíada, el canto bélico más hermoso de la antigüedad, sabemos que en los Estados bárbaros la mujer corresponde al varón como botín, convirtiéndose en esclava o mujer secundaria. Hasta en la leyenda bíblica, la Sarah de Abraham, de su misma tribu, era para él mujer principal, en tanto que la esclava egipcia Agar era la mujer secundaria. Otra causa sintomática es

el concepto de propiedad que domina en la acostumbrada compra de la mujer en los pueblos antiguos. Aun aquí es costumbre siempre la existencia de la mujer principal. Si el Islam la designa como favorita, indica que esta poliginia monogámica, si cabe esta paradoja, no es ya igual a la semítica, en que los israelitas elegían como principal a la mujer de la misma tribu, sino que depende de la voluntad del poderoso esa situación de la mujer preferida, sea cual fuera su origen y su prosapia en el rango predilecto.

LA EVOLUCIÓN DEL MATRIMONIO AL Matriarcado. Quien por vez primera planteó esta interesantísima cuestión, fundándolo en aportaciones científicas, fué Bachofen. Trataba de probar la posibilidad de la sucesión materna. La solución que se propone es que originariamente el hijo y la hija conocerían a la madre, y no al padre, renovación del argumento de la analogía de las relaciones en la sociedad fuera del matrimonio, lo que da lugar a ese estado de promiscuidad familiar originario, y por consiguiente, no a un origen matrimonial y familiar, sino a la sinmatrimonialidad de que ya hemos hablado al referirnos a esa promiscuidad o comercio sexual de todos con todos, hasta cierto punto una contra imagen de estado primitivo. La Etnología halló en algunas otras pruebas a favor de esta base. Dos series de argumentos han clasificado estas aportaciones. El primero, de Australia, fenómeno que no se incluye por sus caracteres específicos, ni en la monogamia ni en la agamia, que parece una forma o etapa intermedia, y es este matrimonio por grupos. Bien merece este primer argumento que lo dediquemos a continuación mayor extensión, por la importancia que hubo de tener en el desenvolvi-

EL PROBLEMA SEXUAL

miento familiar. El segundo argumento que lo prueba es la existencia de los dos estados de relaciones familiares contrapuestos, que asimismo son interesantes: la poliginia y la poliandria. De todo ello había de salir una explicación de la tesis de Bachofen, que asegura el predominio de la mujer en esas primitivas relaciones familiares, y que habían de hacer suya grandes figuras de la Etnología moderna; pero asimismo una exaltación de la monogamia, latente instintivamente en todas estas formas familiares.

EL MATRIMONIO EN LOS PUEBLOS ORIENTALES.— Ajustado a estos caracteres trascendentales en su lógica y natural evolución, nosotros no podemos estudiarlo con carácter diferencial. Situemos tan sólo todos estos hechos irrebatibles, y todas estas tradicionales instituciones, en el clásico ambiente oriental. La porcelana era allí, como elemento decorativo de la arquitectura, lo mismo indispensable en los monumentos públicos que en los edificios particulares. Estos constan de planta baja y un piso superior, con pavimento de mármol; sus paredes son de una especie de estera gruesa tejida con cañas, y los muros están cubiertos de papel pintado con figuras. Sostenidas con cordones de seda, pendientes del techo, unas internas, también de seda, decoradas con paisajes, flores y pájaros, y el ajuar lo componen vasos de porcelana, mesas maqueadas y otros objetos. Por su forma exterior, los hogares orientales recuerdan las tiendas o viviendas portátiles de las tribus, cuyas estacas, fijas en la tierra, parece que han arraigado en ella, acabando por quedar inmóviles. Esta descripción, que mucho más ampliamente nos hace Hope en su Historia de la Arquitectura, nos sitúa ya en esos pue-

blos orientales, tan esencialmente típicos y dotados de tan compleja y propia espiritualidad. Figurémonos en el interior de esos hogares un matrimonio por grupos o una familia matriarcal. Tan sólo un pequeño esfuerzo de imaginación, y ante nosotros, abstraídos unos momentos, revivirá todo ese mundo oriental de las grandes pagodas, de la vegetación exuberante y la ornamentación meticulosa. Reconozcamos como síntesis aquellas admirables frases de Hegel: «Persia o la luz, Grecia o la gracia, India o el sueño, y Roma o el mando».

EL MATRIMONIO EN GRECIA.—La sociedad doméstica se hallaba mejor constituida que en los pueblos orientales; esto es, más próxima a nuestro concepto de la moralidad, aunque descansaba aún sobre la esclavitud y la inferioridad de la mujer, siendo considerada aquélla por Aristóteles y demás filósofos como una institución natural y necesaria en toda sociedad bien organizada. Los vínculos de la familia no eran muy fuertes, pues estaba autorizado el divorcio con facultad de contraer los cónyuges nuevos enlaces. Uno de los casos más típicos de esta libertad era el de Simón, hijo del glorioso Milcades, quien estaba casado con Elpínice, que era hermana suya por parte de padre, lo cual estaba autorizada por la ley entre los atenienses, y ella, para libertar a su marido de la prisión a que se hallaba condenado hasta que pagara la multa impuesta a su padre, se divorció de Simón para casarse con un ricachón, llamado Calaas, quien abonó al Estado el importe de dicha multa.

En cuanto a las casas griegas, eran de uno o dos pisos y de aspecto exterior muy sencillo, reservando el lujo y las comodidades para el interior. Estaban divididas en dos grandes secciones, la pri-

EL PROBLEMA SEXUAL

mera, *Andronitis*, destinada a los hombres, y la segunda, *Gineceo*, reservada a las mujeres, separadas por un patio, peristilo o columnata. En el tálamo o dormitorio no existía ornamentación alguna, ni siquiera moblaje, pues tan sólo se extendían pieles, que servían de camas. Tal es la vieja institución matrimonial en Grecia, con casi todos los defectos de la anterior etapa y casi ninguna de sus ventajas, pues aun la libertad de la mujer estaba limitada por leyes estrechísimas y por la oral, que la prohibía salir de la reclusión del *Gineceo*. Pero más habría de ir perdiendo hasta llegar a su situación presente, realmente insostenible.

EL MATRIMONIO EN ROMA.—La organización de la familia en Roma era tiránica y descansaba sobre la esclavitud. Sin embargo, la condición de la mujer era más elegida que en Grecia, donde estaban recluidas en el *Gineceo*; en Roma no había tal departamento. Las mujeres casadas eran las señoras de su casa, honrándolas con el venerable nombre de Matronas, que ellas supieron llevar dignamente; hilaban en el hogar la lana que había de servir para el vestido de sus esposos; en la educación de sus hijos dejaron algunas, como la madre de los Gracos, nobilísimos ejemplos. El matrimonio era aquí de la más pura estirpe moderna, indisoluble y absoluto; pero con relación a la comunidad, con respecto al marido y en cuanto a los hijos.

EL MATRIMONIO EN LA EDAD MEDIA.—Conservaba estos caracteres, si bien aumentados por la estrechez y bárbara sujeción en que, no obstante su creciente dignidad, se hallaba por entonces la mujer. Esta solía estar encerrada en los castillos y fortaleza, con sus «torres del homenaje», sus «barba-

canas», «poternas» y «aljibes». Veamos como un ejemplo gráfico de aquel ambiente sombrío y triste de la Edad Media, que en ella se resume, la imagen que de él nos da D. Francisco María Pinto, escritor canario: «Como representación en que la Edad Media se condensa, destácase el castillo formidable que allá, colgado en las altas rocas, eleva sus torreones al cielo. Figurémonos la gran sala junto a la chimenea en que hubiera cabido holgadamente el asador de un olmo entero y el entero novillo de las bodas de Camacho. Dentro del área luminosa, la castellana, de semblante pálido y rubios cabellos, hila silenciosamente en su rueca; los servidores se entregan cerca del fuego a sedentarias faenas; y junto a él se calienta, dormitando, algún fraile, algún peregrino, huéspedes que la tempestad o la noche acercó al foso demandando albergue. Ya se ha oído, primero lejano, después más cerca el cuerno que revela la presencia del señor. Ha rechinado el pasado rastrillo, ha caído el puente con estrépito, y el amo, jayán templado rudamente por la caza y en la guerra, ha entrado rodeado de sus monteros, seguido de sus perros, llevando en la enguantada mano al halcón favorito, al que rocía con-junto a la lumbre. Poco a poco las conversaciones mantenidas junto a ésta se debilitan por la exclusiva atención con que se escucha algún curioso relato de caza o de asombrosas aventuras en viajes a muchas apartadas y casi fabulosas tierras, o alguna maravillosa conseja que empuja hacia la claridad los más medrosos».

Triste cuadro, en verdad, y, sin embargo, eminentemente verídico. El representa toda la opresión, toda la sañuda y bárbaro dominio que se ejercía entonces sobre la desgraciada castellana, haciendo que el matrimonio no fuere para ella pro-

EL PROBLEMA SEXUAL

mesa de liberación, sino, por el contrario, señera de prisión eterna.

EL MATRIMONIO EN ESTA ÉPOCA.—El matrimonio actualmente ofrece para muchas mujeres, tal como la soltera norteamericana, una verdadera imposibilidad de ser llevado a la práctica. El matrimonio, dice Forbes, «es la cruz para las mujeres de esta época de transición. La independencia económica mientras permanecen solteras, rápidamente la van conquistando. La experiencia sexual antes del matrimonio puede conseguirse, aunque ilícitamente, sin el precio natural, por aquéllas que la desean. Pero el matrimonio, tanto en la orilla, está a punto de disolverse. Su tardía llegada, sus complicaciones económicas, sus mujeres ociosas, su fácil ruptura por medio del divorcio, ¿adónde pretenden estas cosas, juntamente con el culto de la expresión del yo y del sexo, conducir a la más fundamental de nuestras instituciones...?» El matrimonio representa hoy una verdadera tragedia. Herido de muerte por la institución fundamental del divorcio, no puede ofrecer ya ninguna nueva posibilidad. La mujer actualmente, que puede romper ese vínculo, no tiene prisa por contraerlo; suele hacerlo tardíamente; más tarde, la necesidad en que se ve de ganarse una vida independiente, o aquella otra que le reporta su placer de estar el más tiempo posible alejada del hogar tradicional, hacen que marido y mujer no vivan ya esa existencia realmente familiar. Por eso mismo la mujer, en parte guiada por este su afán, en parte por poder facilitar su divorcio, si llega a verse obligada a solicitarlo, procuraba evitar los hijos. Sabe que el divorcio llegará cuando ella o cuando él quieran, y que esos hijos podrán mantenerlos él

o ella independientemente, puesto que cada uno de ellos seguirá teniendo su capital y ninguno de ellos habrá perdido su posibilidad de ganar el dia-
rio sustento en la lucha por la vida. De este modo el matrimonio no tiene ya razón de ser.

LA EVOCACIÓN DE LOS SOÑADORES.—Con cuánta frecuencia nos hablan de la vieja y carcomida ins-
titución matrimonial, evocándola con dolor, poetas y soñadores. El matrimonio hoy no existe más que en la apariencia; es un bello fantasma, pero pri-
vado ya de personalidad. Poder deshacerlo defini-
tivamente, instaurando la definitiva libertad de ac-
ción para los dos sexos, debe ser una aspiración de toda mujer que se sienta realmente moderna.
De lo contrario, el matrimonio, que fué edificado un tiempo sobre unos cimientos de necesidades hu-
manas y de condiciones que hasta aquí permanecieron y nos parecieron inmutables, se remueven y modifigan, y el matrimonio, por consiguiente, seguirá cambiando, hasta que acabe por encontrar-
se totalmente en hueco, de vacío, en la actual so-
ciedad, y tenga que ceder el paso a una nueva ins-
titución más libertaria y menos absolutista, que sepa apreciar el poder de la acción del «libre al-
bedrío» humano, para regularse toda su existencia, y muy particularmente esa tan trascendental de su desarrollo amoroso. ¿Volverá el matrimonio? Lo ignoramos. Es un nuevo Fénix, que tal vez renazca de sus propias cenizas. Sin embargo, a nos-
otros, moralistas y pensadores, no nos debe de preocu-
par el futuro, sino todo lo contrario: el presente y sus posibilidades de acción. Y el hecho innegable es que el matrimonio ha muerto, y que si hoy se conserva es tan sólo deshecho y reduci-
do por guardar las formas. Viejo castillo en rui-

EL PROBLEMA SEXUAL

nas, que, demasiado vergonzoso para mostrar a la faz del mundo su desnudez carcomida y destrozada, pretende, con la subsistencia de unas cuantas docenas de ladrillos mohosos, asegurar su realidad.

EL GOLPE DE PIQUETA.—El definitivo golpe de piqueta de la nueva generación que está hoy en marcha pondrá en claro ese vacuo problema del amor que, oculto tras esas murallas, hasta aquí indestructibles, atraía y deslumbraba, cuando en realidad no tenía visible existencia propia, y asimismo a esa misma generación le tocará también el pasar por encima de esas ruinas y de esos escombros definitivamente, hacia una nueva meta, un nuevo ideal, en el que todos cifren su aspiración común. La nueva generación, con los que la formamos —que no se forma tan sólo por la edad, sino muy especialmente por el sentimiento—, llevamos un guía sabio y tutelar: el de la Eugenesia; y llevamos también un conocimiento claro de la responsabilidad única del amor y sus posibilidades. Por eso nosotros ya no volveremos atrás. Continuaremos nuestro camino, equivocados o triunfantes; pero llevando la convicción de que habremos puesto de relieve a la Humanidad el hecho innegable de que el amor y el «tabu» o privación sexual, con que un tiempo quiso limitársela y constreñírsela, no tiene hoy más existencia que la que hayan querido darle literatos inconscientes o perversos redomados que, vampiros de una religión, pretendían con tan absurdos equívocos cohibir a las masas y retenerlas bajo su férula en el preciso instante en que ellas, habiendo percibido ya el primer vislumbre de libertad, se han lanzado decididas hacia él. Ese ha sido el magno error actual de la religión católica: el de su propia intransigencia. Cuando

en un futuro pretenda adaptarse a las modernas evoluciones el pensamiento, ¿cree ella misma que volverá a encontrar adeptos entusiastas y fervorosos entre hombres que no lleven ya la venda de una falsa inocencia sobre los ojos, sino que vayan con la pura y limpia actitud de un rebelde consciente...?

EL MATRIMONIO NORTEAMERICANO.—Durante años en Norteamérica hasta los puritanos se opusieron al control y a la consagración del matrimonio por la Iglesia. El matrimonio, como indica Caldoun en su «Historia social de la familia norteamericana», era considerado como una institución económica y no clerical; un objeto de contrato y no una inteligencia romántica. Así como el anillo que siempre acompaña a la ceremonia conyugal, incluso bajo los auspicios eclesiásticos, era una indicación de compra, de igual modo toda la ceremonia, de acuerdo con la idea de la propiedad privada de la burguesía, que reduzca a sus mujeres a una condición de propiedad privada, era un acto comercial y no estético. Era esta propiedad particular, ideal de la burguesía, este celo por la adquisición individual, la que encogió su moral en los límites de un sistema rígido, convirtió su religión en una fórmula antiestética y comunicó a su vida esas virtudes tan artificiales y faltas de inspiración que designamos con el nombre de puritanos.

Si nosotros apartamos el sentido de la nueva institución matrimonial con que aspiramos a sustituir la actual institución de este aspecto profundamente materialista y absurdo de la burguesía, para dotarlo de toda la significación honda, compleja, sentimental y abnegada que debe ser la moral proletaria.

EL PROBLEMA SEXUAL

taria, podemos apartarnos de las críticas que ha inspirado ese matrimonio en Norteamérica.

Esta debe ser nuestra única finalidad.

EL SENTIDO DEL MATRIMONIO.—Ante el hecho absurdo de que se juzgue hoy a la familia como uno de los cimientos inquebrantables de la sociedad, ante los que el hombre no puede oponer el menor reparo, porque con ello es pretender quebrantar la sociedad misma, hay hombres filósofos, como Keyserling, que saben rebelarse, más que con un sentido filosófico, con el afán de incitar al mismo camino y a continuar la lucha a muchos jóvenes que, aun convencidos de la indiscutible veracidad de los hechos, no se han decidido, por no «topar con la Iglesia y con su moral», a resolver francamente estos problemas.

Así nos habla Keyserling, considerando el matrimonio como un deber, lo que le hace indignarse ante la idea de que fuera de él pueda esperarse felicidad. «¿Deber para con quién? Es de presumir que para con la sociedad. ¿Y qué es la sociedad? El y ella y otros como ellos dos y sus hijos. Si es un deber para con la sociedad permanecer casados, entonces debería obligárseles lógicamente a todos los hombres a casarse, y a las mujeres a tener hijos. Naturalmente, esta teoría del deber para con la sociedad presupone que el Estado marcha mejor cuando se les obliga a los ciudadanos a vivir juntos por la ley».

SU APRECIACIÓN.—Tal vez esté en lo cierto Keyserling, y más cuando, como nos recuerda Arturo Garfield, la «sugestión» hace que «el esclavo se aviene mejor con su suerte cuando sabe que no puede mejorarla». Los que se oponen punto por punto

a todas las reivindicaciones que solicita la figura libertad del Amor, no comprenden que la tragedia del Amor, la muerte definitiva del Amor, está en el matrimonio, con su obligatoriedad perenne, que termina por abotagar la sensibilidad, por desesperar al impaciente o por hacer que el resignado se disponga a tolerar una existencia genuinamente contraria a sus propios derechos.

No se concede la libertad tan ansiada ni a los mismos que por no tener hijos están en condiciones de romper o no más fácilmente la vida de familia. Una proposición de Lindsey en este sentido, de que los que no tuvieran hijos pudieran decidir si deseaban continuar o no en el estado matrimonial, es acogida con furibundos anatemas. Lindsey, uno de los más moderados en estas cuestiones de libertad sexual y amorosa, es recibido en todo momento en sus ideas y con sus palabras, como uno de los mayores perversores de la generación del día. No queremos pensar lo que habrán de afirmar los representantes españoles de esa caduca religión—mucho más caduca aquí, donde ni siquiera cuenta con hombres inteligentes, y por ende tolerantes—de los que defendemos esa libertad absoluta y total, con hijos o sin ellos, siempre que padre y madre sepan también abstenerse de tenerlos mientras no sepan si su acuerdo puede ser lo suficientemente estable y su posición lo adecuadamente desahogada para permitirse uno u otro independientemente una actuación.

EL MATRIMONIO CONDICIONAL EN AMÉRICA.—Esta tendencia, como todas las modernas, ha tenido y tiene como único móvil la crítica del matrimonio tal como hasta aquí ha existido. No se trata de depurar defectos del matrimonio, sino de crear un

EL PROBLEMA SEXUAL

nuevo tipo, en que se logra la agrupación del hombre y de la mujer. Una familia saludable. Ahora bien; en el término salud se comprende, afortunadamente, no sólo la salud corporal, sino la espiritual. De aquí que se obligue a los cónyuges a llevar a ese nuevo tipo de matrimonio sanidad corporal; pero también simpatía y compenetración de caracteres y espíritus. Decía Alberto Insúa sobre este mismo asunto: «Más he aquí el dramático conflicto. ¿Cómo poseer a priori la certidumbre de que cada pareja va a realizar un matrimonio perfecto? ¿No constituirá una simple utopía, un irrealizable ensueño ese propósito, a todas luces noble, de constituir matrimonios arquetipos? ¿No es tarea ardua para los fisiólogos examinar un organismo humano y establecer el cómputo de sus excelencias y sus defectos? El psicólogo, en cambio, no puede estudiar tan fácilmente un espíritu. Y aun en el caso de que lo lograra con exactitud, ¿cómo exigirle que prevea, que profetice las evoluciones y revoluciones de ese espíritu al establecer con otro un contacto cotidiano, una relación íntima?»

EL ABSURDO DEL MATRIMONIO.—Ningún filósofo ha podido negar, sin embargo, el hecho de que es un absurdo convertir en definitivo un vínculo que se hace imposible a los dos por él legados.

De aquí se ha llegado a la consecuencia de que lo más de acuerdo con nuestro tiempo es un matrimonio condicional, tesis ésta que fué propugnada por un juez norteamericano y un filósofo inglés, que se ha extendido en su aplicación a algunas comarcas, y que hoy propugna elocuentemente el doctor Henrich Dehmel, en Berlín.

El doctor Dehmel expuso sus teorías en unas conferencias pronunciadas en la «Liga de los Re-

formadores radicales de la Escuela». Según él, «El único medio de resolver el problema sexual de la juventud es introducir en los países europeos la práctica de los matrimonios condicionales». El doctor Dehmel continúa: «La juventud moderna desdena la hipocresía y se esfuerza por ser honesta. Las viejas convenciones que aún predominan en nuestra sociedad actual son un obstáculo a esta rectitud y verdad en que nuestra juventud aspira a vivir». Miremos al interior de nuestra conciencia. ¿Tienen razón o no los que propugnan por el matrimonio condicional? La autora lo acepta como un mal menor y como un medio de transición.

EL ADULTERIO.—Actualmente ésta es una de las plagas más grandes que dominan nuestra sociedad, en cuanto que intenta atacar en todo lo posible la vieja moral hasta hoy existente. Es el adulterio la válvula de escape por la que unos cuantos seres, condenados a una existencia de perenne unión, pretenden encontrar la felicidad que ellos no han hallado. Aparte ya la primordial injusticia, que aún se conserva en nuestra ley, de que tan sólo el adulterio de la mujer, por ser el que produce escándalo y el único que puede tener consecuencias graves, es penable, lo cierto es que tampoco nosotras las mujeres podemos aceptar, ni con mucho, el criterio de que la mujer pueda matar a su marido casi impunemente, al igual que aquél puede hacerlo respecto de ella. Ello nos parece injusto y absurdo destrozo de su pretendida igualdad. Lo que nosotros debemos luchar por obtener es por que no se convierta en realidad esos preceptos legales, eliminando de nuestra moral ese viejo y carcomido concepto de una fidelidad que en los más de los

EL PROBLEMA SEXUAL

casos no se respeta en la práctica, o si se hace es a costa de una violencia.

LOS AMORES LIBRES.—Todos los amores libres han tenido que mantenerse al margen de la ley, porque habían surgido, para desgracia de sus protagonistas, cuando los dos y uno de ellos aparecían ligados indisolublemente a otros seres en quienes no habían logrado hallar la anhelada felicidad. ¿Quiere esto decir que lo justo y lo eficaz sea el hacer más inflexible esa moral, más dura la penalidad haciéndola extensiva al hombre, que en el 101 por 100 de los casos se salta a la torera la ley y la moral, con todas sus consecuencias? No; todo lo contrario. Ello es esclavizar más y someter a esa presión, para su desgracia, o por lo menos su preocupación, a mayor número de seres. Y nuestros anhelos deben ser de libertad para todos o para los más, no de prisión. Por ello, el delito de adulterio debe empezar por ser eliminado de nuestro Código. Y una vez logrado esto, ir obteniendo, por una educación sexual paulatina y metódica, lo que hasta aquí no ha podido tener realidad: la desaparición de esos «celos absurdos y de esa idea no menos falsa de una propiedad totalmente errónea, no sólo del cuerpo del otro cónyuge, sino de su amor y de su devoción para toda la existencia. Esto, que los hombres han remediado con la bigamia, cuando les era posible; con el adulterio casi siempre y ahora con el divorcio, es una exigencia legítima de la humana naturaleza. Legalizarla y ampararla debe ser nuestro deber».

EL CASO DE UN JUEZ ANTE UN DELITO DE BIGAMIA.
Holdsworth cita las palabras de un juez inglés en que el divorcio era el privilegio de los muy ri-

cos, a un reo de bigamia, después de que su mujer le había engañado y abandonado: «Procesado, está usted convicto del delito de bigamia, es decir, de haberse vuelto a casar viviendo todavía su mujer, aunque es cierto que ella lo abandonó y vive en adulterio con otro hombre. Ha cometido usted, por lo tanto, un crimen contra las leyes de nuestro país y ha obrado usted también con una incomprensión absoluta del camino que debería haber seguido. Debería usted haberse dirigido al tribunal eclesiástico y obtenido allí contra su mujer una sentencia «a mensa et thoro». Luego hubiera usted ejercitado una acción ante los tribunales ordinarios y obtenido, como no podía por menos de obtener, satisfacción contra el amante de su esposa. Pertrechado con estas dos sentencias, se hubiera dirigido al Parlamento y recabado un acta del mismo que lo hubiera declarado libre, y, por lo tanto, apto para casarse legalmente con la persona con que se hubiera usted propuesto casarse, sin ninguna de estas sanciones. Ciento es que todos estos trámites le hubieran costado a usted muchos cientos de libras, siendo lo más probable que no tenga usted ni otro tanto en peniques.

Pero la ley no hace distinción entre ricos y pobres. De suerte que el Tribunal, a su respecto, le condena a un día de cárcel, pena que ya ha cumplido usted con exceso, puesto que ha estado detenido desde que empezó la vista de su causa».

Como véis, es extraño que un juez se comporte con tanta prudencia. Hasta son generalmente los jueces los que se ensañan, como si quisieran todos vengar en los reos desgraciados todas las amarguras de su propia vida conyugal, a la que se ven ligados tan forzosamente que no hallan medio de romperla inmediatamente, sin producir el

EL PROBLEMA SEXUAL

escándalo que incapacita al juez para el desempeño de sus funciones.

Sin embargo, la dolorosa tragedia de un matrimonio roto voluntariamente, y al que se obliga a unirse de nuevo, creando ante la ley el fantástico delito de bigamia, que en los más de los casos es ya una realidad en el seno de una numerosa familia, bien merece nuestra atención.

UN CASO DE UN JUEZ EN TENNESSEE.—En Tennessee, en una ocasión, uno de los magistrados del Tribunal Supremo se distanció de sus colegas, que por mayoría se inclinaban a conceder un divorcio cuyos motivos caían de lleno dentro de la ley, fundándose en la peregrina teoría de que la ley de Dios es superior a la de los hombres. El estatuto a cuya disposición se ajustan la acción legal concedía el divorcio sobre la base de abandono el día en que se dejara el hogar, mientras que, según el Antiguo Testamento, sólo se puede otorgar por razón de adulterio. «Todo jurisperito del país—escribía el magistrado disidente—debe saber no sólo que la Biblia es ley, sino que es la fuente misma de la ley...» Basándonos en esta autoridad, de la que se deriva todo derecho bien entendido, personal y de propiedad, se ha promulgado la ley del divorcio. Ahora bien, yo me veo en el trance de elegir entre un régimen estatutario, desmoralizador en su misma tendencia e influjo que alienta un sistema casi de amor libre y una ley divina expresa. Y sin vacilación alguna me desentiendo de la primera y opto por la segunda». Es inevitable con un Estado que autoriza un divorcio por un buen número de razones, que exista una pugna con otros Estados que no lo admiten aún, después de haberse redactado una ley por admitir la

superioridad de la existencia de una fórmula religiosa.

Así la religión, por lo mismo que ha coartado en todo momento las libertades individuales, es la que está más incapacitada para servir de norma en un nuevo período orgánico de moral, que habrá de rendir culto a la más completa libertad. La nueva moral sexual tenderá, por consiguiente, a destruir el erróneo concepto de este divorcio, no tolerado por motivos de índole moral. Aparte lo absurdo de la argumentación, destruirá la posibilidad de que ese criterio pueda admitirse. La religión, para el que quiera una guía en su conducta. El derecho y los Códigos, para todos, para obedecerlos y ajustar a ellos la existencia. Busquemos en la mayor amplitud y tolerancia de un Código la libertad que hasta aquí no hemos hallado. Libertad dentro de la ley y justificada por la ley. Ese es por ahora nuestro ideal. El Estado sin ley, sin gobierno, no pasa de ser en estos momentos una utopía irrealizable.

LOS DOS TIPOS DE BELLEZA COMO ASPIRACIÓN SUPREMA.—Es lo cierto e inevitable que todos los hombres tratan siempre que les es posible de buscar la belleza, creyendo hallar en ella la solución de sus males y la felicidad que ansían. Lo cierto es también que cada hombre y cada mujer tiene en su propia mente una idea particular y típica de la belleza, y que a ella procura ajustar, en lo posible, el tipo que encuentra. En unos es la acción del complejo de Edipo—atracción de los hijos inconsciente e instintiva por el padre del sexo contrario al suyo, y que le hace sentir una mayor atracción por los hombres o las mujeres de la edad y contextura de sus padres—; en otros, en la pin-

EL PROBLEMA SEXUAL

tura romántica de una belleza idealizada; en otros, un recuerdo o una ilusión. Sin embargo, puesto que con la educación nosotros tratamos de que la idea de la misión actual y de su responsabilidad llegue directa y prontamente a la mente de hombres y mujeres, éstos han de procurar que en su mente queden grabados, en substitución de todos éstos, otros resguardos de índole temperamental o emotiva, los dos tipos de belleza universal, el de Venus y Apolo, como posibles metas de su instinto artístico y de atracción sexual, procurando hacerlos compatibles con las realidades de la existencia. Una generación de seres absolutamente sanos y educados, de acuerdo con los cuidados, si no exquisitos que todo padre, teniendo un mínimo de existencia, puede proporcionar a sus hijos, podrá muy fácilmente convertirse, salvo las diferencias fisonómicas y morales, en una repetición armónica de los dos tipos de bellezas supremas.

SU EXPRESIÓN.—Los antiguos las han sentido y expresado como innegables aspiraciones de su conciencia. La prueba es que cuando los artistas plasman esos tipos en sus obras, lo hacen respondiendo a un sentir popular. Así nos dice Madrazo: «Antes del cincel de Praxiteles y Fidias, la naturaleza había inventado a Venus y Apolo. El arte no hizo más que copiarlos. Pues bien, ese molde subsiste y perseverará mientras el hombre sea compatible con la vida del Universo. ¿Quién se atreve a negar que las mismas leyes que confeccionaron ese ejemplar no pueden multiplicar al infinito? A pesar de nuestra corta sabiduría, afirmamos de modo rotundo que la estructura física y moral del hombre está a nuestro alcance, que podemos construir la bondad espontánea, sin man-

cha ni fealdad alguna. Se precisa hacer del instinto dicha realización. Al negro le hacemos blanqueo a la cuarta generación, y el antropoide pasó para no volver. ¿Quiere esto decir que Apolo y Venus son definitivos? No. ¿Qué es, pues, la belleza humana? La suma de condiciones para hacer dichosa la vida. No sabemos a donde llegará nuestra sensibilidad, pero si debemos saber disfrutarla en la mayor extensión y con la mayor intensidad. Esta imperiosa ley de acomodación es la que impondrá los detalles del organismo humano. Grabemos, pues, en tanto la Humanidad no evolucione, esos tipos de belleza como suprema aspiración, y procuremos acercarnos a ellos todo lo posible. Ese afán de mejora habrá de ser al propio tiempo lo suficientemente eficaz no tan sólo para dotarnos de una mayor belleza y felicidad, sino para que las aspiraciones de índole más material se supediten a la acción sublimadora de la Belleza.

LA FELICIDAD Y MEDIOS DE LLEGAR A ELLA.—Al hablar aquí de la felicidad en torno a un problema tan complejo como es este de la libertad de amar, lo hacemos porque la felicidad es un motivo de índole espiritual de la más pura satisfacción, en tanto que los medios para llegar a ella son casi en absoluto de índole material. La felicidad es, por otra parte, un requisito tan indispensable para la existencia, para que se vean las cosas desde su grato punto de vista, para que se acompañe al hombre en todas sus apreciaciones y criterios, que no debemos de vacilar ante los medios, cuales quiera éstos fueran, con que lograrlo. Para obtenerla es indispensable un buen estado fisiológico. No en balde éste interviene de tal modo, particu-

EL PROBLEMA SEXUAL

larmente en las digestiones, en las secreciones biliosas, etc., y contribuye a endulzar y a agriar un carácter. Cuando los sentimientos que dominan al individuo son exclusivamente pesimistas, la apreciación de los problemas vitales suele ser casi siempre errónea, y en todo hecho, trágica. Cuando el criterio es optimista, la finalidad que nos toca cumplir en esta breve etapa en nuestra existencia sobre este planeta se nos aparece placentera y armoniosa.

PARA EL OBRERO.—El obrero, quien particularmente no puede llegar a obtener la felicidad, en su criterio y opinión sobre la existencia, debe procurar llegar a ella por la absoluta satisfacción física. Cuando los órganos y los aparatos todos de su organismo funcionan normalmente, cuando se puede satisfacer las necesidades que se sientan, el trabajo no es una monótona ocupación, sino una variedad en la existencia. Nosotros necesitamos, pues, al ver en la felicidad un fin de nuestra existencia, orientar nuestras proyecciones sobre el amor en estos casos. La inteligencia está en una relación tan directa con el estómago y con el corazón, que las grandeszas totales del amor y del pensamiento tienen que analizarse conjuntamente para que puedan llegar a ser una realidad en su compenetración que haga posible la superación de esa felicidad. Debemos crear dulzuras y destruir las amarguras subsiguientes.

BENEFICIOS QUE REPORTA PARA LA HUMANIDAD.—El hombre que se ve plenamente satisfecho, que siente la grata armonía del vivir, se ve forzado a reconocer la necesidad en que se encuentra de ser, al mismo tiempo que el más feliz, el ser más independiente. La felicidad proporciona optimismo,

gratas ideas de independencia y armónicas soluciones a los problemas vitales. La felicidad no abotarga el sentimiento, ni materializa el hombre, haciéndole pensar solamente en su yo. Por el contrario, lo orienta y dignifica. El hombre feliz siente con mayor intensidad las vibraciones de la desgracia ajena y de las injusticias sociales, y se dedica con más ardor a la lucha por remediarlas.

SU PAPEL EN LA REVOLUCIÓN.—No olvidemos que las revoluciones pueden surgir de la miseria y del dolor; pero que para ser completa, para que se completen con la evolución indispensable, necesitan de la felicidad de unos cuantos seres, cientos o millares tal vez, que se preocupen de buscar solución legal y justa a las cuestiones planteadas. Las revoluciones son producto del dolor y de la opresión. Pero la parte de realización de éstas, su consagración definitiva, es producto de la felicidad, aunque unida a la abnegación y al desinterés. Los seres que no pueden tener, porque no están en condiciones, ese desinterés ni ese desprendimiento, no pueden, porque su cultura escasa, o su tiempo, asimismo escaso, o su temperamento, se lo veda, analizar las cuestiones doctrinales que habrán de dar fundamentación a las revoluciones empezadas. Si el hombre no puede satisfacer una de sus necesidades más imperiosas y más indispensables, cual es el amor; si no puede ejercer ese derecho de elección con la más absoluta libertad: si a su vida trenza amarguras y desilusiones, nunca podrá ser ya un entusiasta ni un convencido. Siempre habrá en sus pensamientos un dolor, y en sus opiniones un reproche.

EL PROBLEMA SEXUAL

NUESTRA FINALIDAD.—Hace falta que procuremos que nuestros hijos al recibir de nosotros esta educación fundamental e indispensable que ensalzó su personalidad, por lo mismo que procura ponerles en condiciones de conquistarse su posición en el mundo, reciban también las mayores posibilidades por nuestra parte de que habrán de ser felices, y no verán truncadas en flor esas aspiraciones por la amargura de un desengaño. Los padres que son capaces de sacrificarse y de darlo todo por los hijos, deben hoy preocuparse de procurarles el mayor venero de felicidad posible. Hombre feliz es hombre libre, y luchador y entusiasta. Para beneficio suyo y de la Humanidad entera, que necesita de tantos de estos hombres, es indispensable que la generación de hijos que advengan sean todo lo más felices que nosotros podamos lograr para ello.

Y para ello es indispensable que su libertad en todos los aspectos vitales no vaya a aparecer mermada en ese tan indispensable, único e insustituible del Amor.

EL SENTIDO DEL AMOR.—No podemos por menos de hablar, ya que no de una definición del amor (véase *La Libertad y el Amor*), hablar del único sentido en que hoy puede adquirirse éste. Marcel Barrière en su «*Essai sur le donjuanisme contemporain*»: Pasión puede ser egoísta o altruista. A pesar de que se ame, se sacrifican todos al mismo tiempo. Uno inspira más que experimenta. Este cambio es, por consiguiente, uno de los fenómenos más vulgares de endósmosis y exósmosis. Uno da siempre más o menos, que el otro no restituye. Depende también de los efluvios que aporta con carácter activo cada uno.

Ya hemos llegado, por consiguiente, a comprender que el amor no puede ser susceptible de definición, ni acaso de existencia. No podemos hacer aquí otra cosa que comprender este hecho innegable: que el amor es un acto reflejo entre dos seres, en que uno pone una parte más activa y decidida que la otra, que se limita a recibir y sentir. El único sentido, por consiguiente, del amor, es éste de la doble actuación activa y pasiva. En relación con el matrimonio, el amor en esta su doble finalidad aparece coartado, puesto que difícilmente se puede llegar a ese equilibrio armónico, ya que con frecuencia los dos suelen tener una actuación pasiva, lo que conduce a un enfriamiento bastante rápido, que hace más tarde casi imposible la propia vida de los sexos.

EL AMOR FÍSICO.—Aunque éste en realidad no es un amor especial, sino uno de sus dos aspectos físico y moral, tal vez tenga interés para nosotros señalar como sugerencia la de este aspecto del amor físicamente. El doctor Toulouse nos habla así del amor físico «como la violencia que el hombre ejerce sobre la mujer. Es preciso partir del hecho de que esta violencia existe desde la brutalidad hasta la suave actuación por la influencia persuasiva psicológica del varón sobre la hembra en la actualidad, por un acto de fuerza que es indiscutiblemente la posesión». Para regular este amor físico y limitarlo tan sólo ante la conveniencia de los frutos de aquella unión. Tal es el único aspecto y la única finalidad que puede perseguir la actuación especial sobre el amor físico, por lo mismo que es el más inmediato y el de consecuencias más próximas.

EL PROBLEMA SEXUAL

LA VIDA AMOROSA.—Boelsche líricamente alude a la fase esencial de esta cuestión en estos términos: «Abarcándolo todo en su camino hacia el logro de su final aspiración, es la vida amorosa también la de las grandes sociedades de células, como la de vosotros, yo mismo y la criatura amada. Estos individuos superiores más adelantados se veían, se oían, se acercaban unos a los otros, se distinguen mutuamente al través de un centenar de medios externos; llegaban a fundirse espiritualmente y alcanzaban un estado de maravillosa armonía —sus principales muros corporales llegaban por fin a ponerse en contacto inmediato—; se estrechaban las manos, se abrazaban, se besaban. Todos los sentimientos deleitables y dolorosos del amor ondulaban y surgían por largo tiempo al través del organismo todo con intenso vigor; habitaban a la personalidad superior individual, comprensiva; llenaban cada una de sus profundidades de violentas emociones de deseo, melancolía y júbilo».

Tal es la cuestión definitiva de la comprensión esencial del problema que aprecia los factores de índole masculina, el de valor femenino y el de su posible conjugación para una finalidad superior. La proyección de las actividades del Amor respecto de la organización familiar es de este modo lo suficientemente explícita. De este modo la mujer al actuar lo hace sabiendo plenamente lo que ejecuta, como el hombre al desempeñar un papel primordial lo hace también indicando un hecho consagrado y un estímulo viviente.

LAS RELACIONES ENTRE LOS DOS SEXOS.—En las sociedades donde uno de los dos sexos predomina, se produce uno de estos fenómenos. Se cree que este dominio se basa entre la superioridad, ya de

índole material o moral, de uno y otro sexo. Superfluo sería decir que nada haya más lejos de la verdad. Ninguno de los dos sexos posee cualidades biológicas o intelectuales que le confieran una condición de superioridad sobre el otro. El hombre, como la mujer, necesitan las mismas medidas de protección contra las largas horas de trabajo penoso y las condiciones de trabajo antihigiénicas. Ello no significa otra cosa que la igualdad social dentro de la organización particularísima y típica de la sociedad, en que un sexo hubiera probado totalmente que hubiera resultado inepto o incapaz para ejercitarse esa libertad.

La búsqueda de un defecto, desde tiempos remotos hasta nuestros días, ha hecho perder lamentablemente el tiempo a todos aquellos que han tratado inútilmente de preocuparse de estas cuestiones, en lugar de dedicarlas a más profundas investigaciones de la historia.

Aristóteles, cuya labor en el campo de las ciencias naturales y hasta filosóficas fué realmente hercúlea, clasifica a la mujer como un ser dotado de evolución retardada. Pero la especulación cambia al propio tiempo, y mientras él afirma que la mujer es un ensayo de la naturaleza, que no logró hacer un hombre, llega Wright, quien declara que la mujer es el verdadero tipo de la especie, y el hombre, la variante sexual. La afirmación de Wright se basa en la teoría ginecocéntrica que el primero en lanzar fué Lester Ward. Según Ward, el sexo femenino era el primario, y el masculino el secundario en el esquema orgánico. Pero ambas teorías, la de Aristóteles y la de Ward, han tenido que ser rechazadas por la moderna ciencia biológica. Darwin examinó la idea de que el macho muestra una mayor tendencia variacional que

EL PROBLEMA SEXUAL

la hembra. Esta es una de las teorías que ha sufrido ataques más ardientes por parte de las feministas. Invoca el hecho de que el genio, al igual que la idiotez, se dan con mayor frecuencia en los hombres que en las mujeres. Havelock Ellis, el gran panegirista del sexo, estima esta teoría como justa. La sociedad ha promulgado leyes para la protección de los idiotas, y tal vez promulgue algún día leyes para la protección del genio; pero ni el genio ni la idiotez tienen una influencia decisiva en la orientación social. La desigualdad social que establece el matrimonio es una prueba de que rigen medios coercitivos para mantenerla, y no es resultado de un plan racional, basado en las capacidades o limitaciones de cada uno de los sexos, sino fruto de las costumbres y prejuicios, que suelen estar fundados, no en una idea sana, renovadora y fuerte, sino, por el contrario, en algunas de las supersticiones más crasas.

LA RELACIÓN DEL SEXO, EL AMOR Y LOS CELOS.— Por la trascendencia social que, como hemos visto, tienen estos problemas de los celos en la moral sexual y en relación con el proceso psicológico del amor, no vacilamos en reproducir aquí, por su curiosa ejemplaridad, una admirable relación de Margarita Moad en su reciente libro *La adolescencia en Samoa*, teniendo en cuenta que todas estas costumbres narradas se refieren a las parejas antematririmoniales :

«A veces las muchachas se unen con hombres viejos y los muchachos con mujeres viejas. Estas uniones, determinadas exclusivamente por inclinaciones personales, son objeto de cierta burla por parte de la sociedad, pero sin llegar a estar prohibidas. Pero lo más corriente son las uniones entre

individuos de la misma edad. Aquí nos encontramos con citas clandestinas bajo las palmeras, con un alto grado de florescencia psíquica muy distante de la mera pasión física momentánea. Hay también fugas de amantes, de que la sociedad no se entera, y que responden también a la elección personal. Y hay, por último, noviazgos concertados por medio de un tercero (*soa*) o una tercera (*soafafine*). El amante por delegación es el que hace la declaración a la muchacha. Luego que el mozo se ha sentado ante la chica, he aquí lo que sucede :

—Si queréis saber quién es realmente el galán, no miréis al joven que se sienta al lado de la moza, la mira distraídamente a los ojos y juega con sus dedos con el collar de flores que aquélla ciñe, o le quita la flor de hibisco que ella lleva prendida en el pelo, para ponérsela él detrás de la oreja. No creáis que es él quien murmura a su ofdo: «Aguárdame esta noche, hermosa; luego que la luna se haya puesto, presto acudiré a tu lado», o quien la hace rabiar diciéndole que tiene muchos amantes. Mirad en derredor al joven que está sentado a gran distancia de ella, que tiene baja la frente y no toma parte en el juego, y veréis cómo no aparta de la chica su mirada. No deja de contemplarla un instante y ni un movimiento de sus labios se le escapa. Quizá ella le dirigirá una mirada o fruncirá el ceño o le hará alguna señal con la mano. Debe estar siempre atento y ojo avizor, si no quiere perder ese momento.»

En esta educación, que tal vez, inicialmente, a nosotros nos parezca extraña y si se quiere de dolorosa experiencia para el joven samoano, está el principio de orientación de la voluntad, en el sentido de dirigirla hacia un sacrificio, en los primeros momentos dolorosos y que más tarde, al conver-

EL PROBLEMA SEXUAL

tirse en hábito, habrá de eliminar para siempre los «celos» del espíritu del primitivo. De otro modo no podrían continuar en sus prácticas de libertad y de relaciones sexuales si en ellos predominara ese bárbaro instinto del civilizado: del amor por la fuerza y fundamentalmente monógamo, esto es, salvaje y egoísta.

EL AMOR Y LAS CLASES SOCIALES.—Al hablar de la libertad en el amor la hemos analizado al través de la historia de los pueblos. Ahora, al tratar esquemáticamente del amor en su relación casi exclusiva con el matrimonio, necesitamos estudiarla en relación con las clases sociales. Aunque el amor, si éste existe, parece algo único, genérico, abstracto y universal, y que por consiguiente habría de revestir para todos los mismos caracteres, lo cierto es que el amor es distinto según las clases sociales a que se proyecta, y que cambia y se transforma según la evolución que sufre la moralidad o el ambiente.

Lo cierto es que el amor parece estar en relación estrechísima con la moral típica y legítima de cada tiempo, y a ella adapta su desarrollo y sus mayores o menores libertades. Para estudiar el amor nada como hablar de las costumbres de las distintas clases sociales, según los pueblos, y de la moral que predomina.

La moral, aunque también debiera ser única y universal, sufre los más variados cambios y transformaciones. Así vemos, por ejemplo, cómo lo que ayer se juzgaba como bochornoso—homosexualidad—, antes de ayer (Grecia, Roma) era costumbre natural de la gente, y hoy empieza a ser mirado como asunto sexual particular y privado de

cada individuo. Y como al hablar del amor necesitamos hablar de sus degeneraciones, de la existencia del adulterio, etc., de aquí que este epígrafe, que debiera haber aparecido anteriormente, quede aquí como una consecuencia de un hecho reconocido, más que como un *introito* a los temas que hablamos de haber tratado.

Particularmente el amor ofrece entre los pueblos primitivos el hecho típico, que la historia se continúa de repetir, de que sean las clases sociales inferiores las que más pronto lo definan y analicen. Lo cierto e innegable es que nosotros tropezamos allí, con verdadera y extraordinaria frecuencia, muy mediocre y de una capacidad intelectual escasa, y que, sin embargo, adquieran ante los problemas del amor un capacidad y una cultura realmente admirables.

Por el contrario, las clases elevadas, por lo mismo que suelen dedicar buen número de sus actividades a una proyección de índole intelectual, casi siempre política, no sienten el amor. No pretendemos afirmar con ello que no lo sientan emocionalmente, sino que no dedican a él toda su existencia, limitándose a ver en él un accidente pasajero de la vida. ¿Habrán acertado ellos? ¿Lo habrán logrado, por el contrario, los que estimaban que el amor era el único objeto y finalidad de la humana existencia, y que el dedicar a él todas nuestras actividades para gozarlo y enfocarlo en toda su plenitud era, no sólo un hecho inmoral, sino lo único para lo que el hombre había venido a la existencia en este planeta? Preferimos dejar en alto este inquietante interrogante.

LA ACTITUD DE LAS MUJERES.—Estos problemas del amor en relación con el matrimonio

EL PROBLEMA SEXUAL

no han preocupado a la gran mayoría de nuestras mujeres, aunque parece que todas se interesan por el último término de ese dilema. La mujer, y particularmente la española, ha llevado en lo más profundo de su inconsciencia la idea de que debe de ansiar y aspirar por que el amor llame a sus puertas inconscientemente, aunque ella, en vista de su tardanza, haga todo lo posible por provocarlo, y al propio tiempo se enseña a que juzgue que las cuestiones sexuales son absolutamente groseras y sin la debida fundamentación técnica para que correspondiera a una mujer el poder tratarlas y estudiarlas independientemente. Y este profundo subconsciente hereditario que domina a buen número de nuestras mujercitas es tan poderoso, que él haría pensar a Huntington sobre estos mismos problemas, relacionándolos con un caso de verdadera ejemplaridad que conocía aunque totalmente ajeno a este problema del sexo, pero que muestra cómo obra esta temprana e inconsciente educación.

Un amigo del investigador, judío por cierto, hubo de adquirir la creencia que el cerdo era un alimento íntegro y deseable para los hombres que hicieran una vida activa fuera de sus casas durante los fríos meses del invierno. Nuestro hombre emprendió la cría de algunos cerdos, vió que el trigo limpio y bueno se convertía en carne saludable de aquellos animales, convencióse luego de que la matanza se había operado en las condiciones sanitarias debidas, y vigiló el derecho aderezo de uno de los cerditos. Intelectualmente, en cuanto era consciente de ello, estaba dispuesto para darse un agradable banquete de cochinillo asado. Lo comió muy gustoso, pero, con gran sorpresa de su parte, hubo de ponerse muy enfermo y dió de

lado el plato. Fácil es explicarse lo ocurrido. Se había educado en Rusia con sus padres, judíos muy ortodoxos, en una comunidad donde el cerdo es considerado universalmente como una repulsiva licencia de los cristianos. De suerte que desde muy temprano en su vida, tanto sus padres como la comunidad establecieron en su inconsciente una reacción negativa muy fuerte para esa clase de alimento. La cual reacción había llegado a formar casi tanta parte de su maquinaria refleja como la innata tendencia a estornudar cuando el interior de la nariz se ve irritado en cierta forma. Este acondicionamiento negativo para con esta comida persistió ya en él siempre, y por más que hizo no logró vencerlo.

Tal es la repulsión innata que la mujer suele tener a abordar estos problemas sexuales y que tan honda influencia ejerce sobre su conciencia. Sin embargo, una educación que data ya de una generación en algunos de los restantes países, ha cambiado, si no radical, paulatinamente, los hechos. Sin necesidad de recurrir a las pruebas del Juez Lindsey, el hecho de que la prostitución y el número de casas de mal vivir disminuya es una prueba de que los jóvenes hallan su más adecuada sustitución en las relaciones con miembros del otro sexo, aunque no de diferente posición social. Por ello, termina así Beatriz Forberston Hale su hermoso trabajo, *Lo que las mujeres quieren*, que, aunque publicado hace catorce años, para las mujeres españolas parecerá meta revolucionaria o desaforada rebeldía:

«Si estuviéramos abocados a tener que elegir entre el «matrimonio de prueba y el amor libre», de una parte, y la prostitución de otra, no vacilaría en pronunciarme a favor de los primeros, y creo

EL PROBLEMA SEXUAL

que lo mismo harían todas las mujeres de alma pura, dotadas de conocimientos médicos, piedad e imaginación.»

SOLUCIÓN AL PROBLEMA DE LOS HIJOS.—Esta es una de las gravísimas consecuencias que se plantean a gran número de los aspectos de la libertad en el amor.

Veamos la solución que presenta a este problema un hombre tan experimentado en los problemas jurídicos relacionados con el sexo como William Lloyd, en su obra *Los celos sexuales y la civilización*:

«La solución lógica al problema consistiría en crear una institución donde los padres pudieran, en cualquier instante y por un período de tiempo más o menos largo, colocar a sus hijos en tanto ellos atendían a sus ocupaciones fuera del hogar, con la seguridad de que allí estarían debida y técnicamente asistidos en todo cuanto necesitasen, tocante a crianza y educación. Una institución que no tuviese nada de institución de caridad, de igual modo que no es caridad la ayuda que el padre presta al hijo, sino la dadora amorosa de la sociedad entera a sus hijos queridos, sostenidos igualmente por todos, y que cada vez ofreciera mejores condiciones para aquellas criaturas que cuantas pudieran brindarles hoy ningún hogar, incluso de la clase rica. El reparo a las instituciones que carecen de amor podría vencerse en este caso con sólo advertir desde el principio, e insistir luego, que no se admitiría allí profesor, niñera ni empleado de cualquier clase que no fuese un amante de los niños, y además de inclinación natural a cuidarlos, poseyese los conocimientos necesarios al efecto.»
«Un amante profesional de los niños», y segu-

ramente en toda colectividad hay siempre muchas personas que pretendieran con entusiasmo esa profesión.

Si la mujer ha de ser libre y asimismo igual al hombre, debemos ofrecerle eso. En lo pasado, el hombre descubrió que el mejor medio de tener sujeta a su voluntad a la mujer era hacerla madre. A cada nuevo nacimiento le quedaba más sometida. Pero en estando libre de los cuidados de los hijos puede ser su igual.

Esa institución que decimos sería, pues, el más gigantesco paso en el camino de la liberación práctica de la mujer, sin impedirle tampoco a ésta el cumplimiento de la maternidad. Porque a ninguna madre normal y capaz habría de obligársela nunca a colocar allí sus hijos, y si así lo hacía siempre sería dueña de sacarlos y llevárselos consigo para cuidar de ellos. La referida institución habría de garantizar, pero no coartar, la libertad de la mujer, ni suprimir tampoco la educación en el hogar a la antigua, cuando así lo quisiesen las madres. Pero sí podía ser un buen refugio en el que encontrasen cobijo los niños maltratados en sus hogares.

En esa institución—hagámoslo notar—no existirían celos conyugales ni discordias de familia que envenenasesen la mente del niño en formación, tan receptiva e imitativa, y fácilmente podrían coordinarse todas las influencias para inculcarles a las criaturas de un modo inconsciente, pero constante, el amor a la cortesía, al buen trato, a la justicia y a la libertad. El niño aprende más de lo que hacen los que le rodean que de lo que le dicen.

Aquí reside, pues, el centro y el secreto de todo, cuando nuestros celos sexuales dejen de ser unos celos inspirados por el ansia de captar y retener

EL PROBLEMA SEXUAL

una voluntad que se nos niega y se conviertan en unos motivados por el ansia de sinceridad absoluta en el amor «basado en la única base posible de libertad» en todo momento para conceder o negar; toda nuestra vida social, educativa y política, se desarrollará con sinceridad y con una libertad prodigiosa.

UN LAMENTO DE MUJER.—Entre las muchísimas y variadísimas cuestiones que pueden plantearse a quien estudia estos candentes problemas sexuales, vemos el que parece tener una mayor relación con los momentos presentes.

A fines del siglo pasado, Laura Marholm, en sus *Estudios sobre psicología femenina*, preguntaba así:

«¿A qué se deben esa titubeante avidez, esa aversión secreta de la mujer hacia el hombre, ese su desplacer en su sexo, ese afán de estar por encima y más allá de él, con que la mujer de nuestros días coquetea? ¿A qué se deben su frialdad en el placer y su pasión en el renunciamiento? ¿A qué las enfermedades nerviosas, el dolor del alma, los trastornos mentales y todos esos histéricos brotes de enojo que se ceban en la mujer de nuestros días? ¿Por qué es tan débil e inseguro su hechizo y su poder sobre el hombre? ¿Por qué son con tanta frecuencia comprometidos sus partos y débiles sus hijos, siendo así que hoy contamos con todas las condiciones sanitarias y las probabilidades de prolongar la vida son mayores que antes? ¿Por qué las bodas de ahora son tan tristes? ¿Por qué el amor es hoy tan falto de alas? ¿Por qué las mujeres son mucho más tímidas que antaño en su vida sexual y las señoritas más que nunca sandias? ¿Por qué...?»

Y termina: «A no ser que estemos atravesando un período de transición (un período en verdad bastante largo) y el péndulo no tarde en volver atrás, fácil es imaginarse la lucha que habrán de sostener los sexos en la próxima generación.»

Tales son las admirables frases de una mujer que mucho antes que Freud nos habló de todos estos problemas, analizándolos en su proyección sobre la sensibilidad femenina. De este modo únicamente se concibe el que puedan ser una realidad las frases de Laura Marholm. Ella no podía explicarse realmente los motivos de ese estado de transición. Nosotros sí. Nos lo explicamos por el hecho de que la mujer se iba convenciendo de que para llegar plenamente, con total satisfacción, hacia el hombre no le bastaba el vínculo matrimonial, necesitando, por el contrario, de otra libertad; se iba convenciendo de que su boda no era ya una aspiración con la que terminaban definitivamente sus anhelos, sino, por el contrario, un motivo de tristeza, puesto que lo que con ella terminaba era realmente su libertad. Porque las mujeres comprendían que si abogaban o se procuraban una mayor licencia sexual durante su soltería, no sólo verían truncadas esas realidades, desaparecida su reputación y su buen nombre, sino comprometida para siempre su felicidad. No se explicaría ahora Laura de Marholm sus preguntas con los hechos innegables, pruebas experimentales que las nuevas generaciones le han ofrecido. Si queremos conquistar esa felicidad, tenemos que buscar nuestra libertad fuera del hogar y del matrimonio, en el campo totalmente libre del amor.

EL MODERNO ÍNDICE DE CUESTIONES. — Nos lo presenta, admirable por sus horizontes, Samuel D.

EL PROBLEMA SEXUAL

Schmalhaussen, en un hermoso folleto titulado *Revolución sexual*. Así nos dice:

«¿Qué tipo de mentalidad será aquel que considere todavía el sexo como pecaminoso?

¿Por qué la mente moral rehuye la experiencia?

¿Es la pasión menos honrosa que el amor?

¿Qué conducta sexual sancionaremos durante la adolescencia?

¿Cómo podremos dignificar el comercio sexual, a menos de honrarlo como puro?

¿Habremos de oponernos a la libertad porque sea expuesta a abusos?

¿Qué debemos hacer con el desconcertante descubrimiento de que la mujer aspira a ser tan sexual como el hombre?

¿Cómo habremos de resolver la profunda contradicción entre la idea que el hombre tiene de la mujer como hembra y su valoración mística de la mujer como «plus-hembra», más que simple hembra?

Radicando realsticamente la elección entre el matrimonio mitigado por la prostitución, de una parte, y el amor libre, de otra, ¿cuál será la aceptación más civilizada?

Si quiere psicológicamente el matrimonio tradicional, ¿podremos crear un a modo de matrimonio más típico?

Supongamos que dentro de poco se hubiera encontrado ya el anticoncepcional absolutamente perfecto, ¿cuál sería su efecto más probable sobre la conducta y la moral cristiana?

¿Cómo se conduciría el *laissez faire* en la esfera de las relaciones sexuales?

¿Podrá la civilización pasarse ahora sin todas esas sociales presiones?»

Si vemos y analizamos que en este cuestionario

están comprendidos todos los pros y contras posibles técnicamente, nosotros todos habremos de preocuparnos por él y procurar respondérnosle a nuestro modo y según nuestro criterio.

Sin querer obligar a una comunidad de pensamiento, haciendo uso de un legítimo derecho a dar una opinión sobre este tema, mi contestación es la siguiente:

1.^o El de un idiota, de un grosero o de un hipócrita.

2.^o Porque la moralidad, por lo mismo que no ha cambiado y que se infiltra al niño como un hábito trascendental desde la primera infancia, le obliga al propio tiempo a sentir hacia la actuación definitiva en este nuevo campo de acción una innata repulsión.

3.^o Porque posiblemente el amor, como no existe, tiene que degenerar hacia la pasión o derivar hacia la ilusión. Y en este caso de forma material o romántica, la pasión es equiparable, aunque no igual, a lo que vulgarmente se entiende por amor.

4.^o La de la más absoluta libertad para aprender en la teoría y para llevar a la práctica, si así se desea.

5.^o Juzgándolo como absolutamente legítimo, clave de la existencia total y armónica de las relaciones entre los dos sexos.

6.^o No. Pero nuestra principal misión es, en tanto no conquistemos esa libertad ante la ley, educar a la gente para que sepa usarla y practicarla, y una vez obtenida, seguir educándola para que siga sabiendo conservarla.

7.^o Reconocerlo, puesto que no es ello ventaja, ni un defecto, sino un simple hecho incontestable y lógico. La mujer tiene derecho a afirmar su sexualidad, tan potente y vigorosa como la del hom-

EL PROBLEMA SEXUAL

bre, por lo mismo que lleva también muchos siglos de insatisfacción y de coerción ante el peso de una moral oprobiosa e indignante.

8.* Fácilmente. El amor, a nuestro juicio, es una mezcla de las dos características y debe serlo cuando se encuentra totalmente para hallar la felicidad el de una feminidad absoluta, sana y energica —hembra capaz—, y el de una compenetración en el terreno plus intelectual—plus hembra—. Si en una mujer no se pueden reunir, en tanto el sexo no haya sido instruido y orientado suficientemente, las dos cosas, el hombre puede en su libre experiencia sexual tropezar con otra mujer o con otras que vayan completándole. Desde el momento en que no existe traba alguna en nuestra moderna moral para el desarrollo de estos amores y comprensiones mutuas, el hombre podrá, como la mujer, satisfacer su anhelo sin haber tropezado egoísta y cruelmente con una imposición que le haya privado de ello, llevándole hasta el suicidio o la locura.

9.* El amor libre.

10. No. Ni aun el matrimonio de visita, ni el condicional, pueden ser otra cosa que escalones intermedios entre el estado actual y el definitivamente revolucionario del mañana.

11. Sobre la conducta sexual, el de facilitarla en absoluto, desproveyéndola a voluntad de su carácter de responsabilidad por las consecuencias futuras. Para la moral cristiana, el del definitivo des prestigio de ésta, si ella, con su acostumbrada adaptabilidad, no sabía también aceptar estos avances de la ciencia como posibilidades de su mundo histórico. Si no, buen número de sus más acendradas «beatas», bastante acostumbradas ya al empleo de estos métodos, aunque no muy terapéuticos

e higiénicos, incurrirfan voluntariamente en «pecado mortal» y no bastarfan todas las absolución a santificárselos.

12. Bien, si a ello precedía y luego continuaba una eficiente educación sexual y preparación de los dos sexos para la etapa de libertad que les espera.

CONSECUENCIA FINAL.—Como síntesis de nuestro pensamiento, recordemos unas frases de una decidida propagandista de estas doctrinas, Ellen Key, que ha hecho una obra, *El amor y el matrimonio*:

«La Iglesia, declarando forma única el matrimonio, ha dañado a la moral sexual tanto como la ha servido. La bendición nupcial, en efecto, es causa directa de los crímenes contra la generación futura; el pillaje y el homicidio son fruslerías en comparación con los crímenes cometidos en orden a los seres que han de nacer.

»A nadie puede imponerse un sexo que ya no es santo; urge, pues, adoptar el verdadero amor como lógica base moral de matrimonio, o en caso contrario renunciar a la fidelidad absoluta como único criterio de la moralidad.»

«O amor libre o libertad en el amor.» Esto es, que las consecuencias no pueden ser más categóricas por lo universales y coincidentes. Del estudio crítico y analítico del amor y el matrimonio en su evolución conjunta podemos lograr la convicción de que el amor va en disminución según aumentan los hogares tradicionales y los métodos absurdos de una unión absoluta y perpetua, y que, como reacción a ellos, se van implantando paulatinamente las tendencias de una mayor libertad en la conducta. Para que ésta pueda tener absoluta actuación dentro de los campos de la ley de la moral, es indispensable legalizar esa libertad. Tal vez en-

EL PROBLEMA SEXUAL

tonces—dirían algunos pesimistas—fuera el matrimonio, por lo mismo que una excepción en la regla, lo más apetecido. Pero aunque ello tal vez pudiera llegar a suceder en un mañana lejano, de esperar es que la humanidad sepa en estos problemas sexuales saber hacer mejor uso de su libertad de lo que lo ha hecho en momentos de su historia política, sabiendo conservarla y retenerla. Una vez que el esclavo ha roto sus cadenas y se le ha dado medios de subsistencia, no puede querer volver a ellas. Si hasta aquí las pocas que han practicado esta tesis que nosotros defendemos han retrocedido o han vuelto «como ovejas descarriladas al redil», es porque en la sociedad no han hallado amparo a su actitud franca y valiente, ni en la ley tolerancia y respeto a sus actos. Démolas uno y otro, y las mujeres más difíciles de convencer aprenderán entonces con sublime alegría esa lección de una suprema libertad en ese amor que ellas estiman como lo más sagrado y trascendental de su existencia.

CAPITULO III

La familia. Su evolución y su porvenir

«Familia, como término y como vocablo, tiene su indiscutible origen en la locución latina *«fames-1s»* (hambre).»

TAPARELLI.

LÍNEAS GENERALES. — Los hechos han probado que la familia se ha reducido en la actualidad al matrimonio. A él habrán de concretarse casi por entero nuestras investigaciones, a él nuestros ataques. Las dos teorías en torno a las cuales gira toda la controversia, son bien explícitas. Las unas se mueven en torno a la ley y a la convicción de los hombres; las otras, en torno a las investigaciones de la ciencia. Las primeras afirman la posibilidad legal del matrimonio. La defiende Kent, a mediados del siglo XIX, escribiendo: «El matrimonio tiene su base en la naturaleza y es la única relación legal por cuyo medio ha permitido la divina Providencia la continuación de la especie humana. En todo tiempo ha ejercido una influencia propicia en el progreso moral y en la felicidad del género humano. Es uno de los principales fundamentos de los bienes que se derivan del refinamiento de

las del orden social. Podemos inscribir justamente en el haber de la institución matrimonial las costumbres, la educación de los hijos, el sentimiento de la justicia y el cultivo de las artes liberales.» A fines del siglo XIX, el Tribunal Supremo declaraba que «el matrimonio es una institución en cuya conservación en toda su pureza se halla profundamente interesado el pueblo, pues es la base de la familia y de la sociedad, sin la cual no habría civilización ni progreso». Y el autor de un estudio recentísimo sobre el matrimonio y el divorcio, escribe: «Es la fuente de la familia, la salvaguardia de la moral privada y pública, la fuerza de la nación.»

Tal el concepto legal del matrimonio, con todo lujo de argumentación. Frente a él los sobrios postulados de Ernesto Mower, M. de Briffault y de Cairns, tres grandes y profundos investigadores sobre los hechos sociales y su evolución. El primero, en un estudio sobre la desorganización de la familia, escribe: «Matrimonio y divorcio no hacen ni deshacen la familia en ningún sentido. La teoría, que cuenta tantos partidarios, de que el matrimonio fué biológico en su origen, no se considera ya como exacta.» Briffault, al terminar su notable trabajo sobre los orígenes sociales, exclama: «El matrimonio no es un producto biológico, sino social. Representa un compromiso y una adaptación de los hechos biológicos.» El tercero, más explícito, en un folleto, *El sexo y la ley*, afirma: «El matrimonio no es otra cosa que una institución social. Constituye un modo de regular las relaciones sexuales, que en diferentes tiempos y lugares han asumido diferentes formas. La forma que nosotros conocemos hoy, según las estadísticas de divorcio

EL PROBLEMA SEXUAL

lo atestiguan, no es la forma ideal y definitiva que la ley quiere hacernos creer que es.»

Tales las sobrias, pero duras frases de los contradictores del matrimonio, y, por ende, de la familia actual. Tales los dos ejes en torno a los cuales gira la controversia. No queremos nosotros adelantar aquí ninguna opinión. Pero lo cierto es que desde el momento en que se prueba que el matrimonio no es una necesidad biológica, puesto que los hijos y los hogares se crean independientemente del vínculo jurídico y religioso, pasa a la categoría de social y las instituciones sociales cambian según los tiempos y la moral que domine. La propiedad particular, un tiempo inviolable y fuente de todo derecho, es hoy ya censurable y tiende a desaparecer en su sentido de injusta apropiación. El matrimonio, la familia, llevan el mismo camino. El divorcio ha hecho ver a los hombres la posibilidad de justificar ante la ley no sólo una separación, sino un desligamiento de todo compromiso y la posibilidad de contraer otro nuevo. Los hombres que han visto volver a abrirse ante ellos las puertas de la redención cuando ya las creían cerradas para siempre por el influjo bienhechor de la libertad, son como los presos que salen de la cárcel por la fuerza de un indulto o de una revolución. Bendicen la libertad que vuelven a gozar; pero hay muchos que, altruistas, pretenden hacer partícipes de su dicha a los restantes. Hacerlo en España, donde todavía se resiste esa institución a sucumbir, es un deber de todos nosotros, libertos y redimidos.

LA ORGANIZACIÓN FAMILIAR.—Como la familia sigue respecto del matrimonio una organización paralela que depende de la evolución universal, no es

indispensable hacer una historia detenida dentro del breve espacio que tenemos. Nos limitamos, pues, a señalar dos hechos típicos de su evolución: el de la organización primitiva a que nuestro criterio tal vez nos conduzca en un futuro en esa reversión constante de valores que es la Humanidad, y el de la familia romana, base con posteriores adaptaciones a los cambios de moral subsiguientes, de la organización presente de la institución familiar.

La evolución de la familia ha terminado cumpliendo definitivamente su ciclo. ¿Volveremos a recorrer otro similar volviendo hacia las instituciones primitivas? Yo estimo que no será el mismo, porque la Humanidad evoluciona siempre y será, dentro de sus mismos caracteres específicos, dotado de una mayor perfección.

Símbolo de la institución de la familia antigua y de la moderna son las opiniones que a dos maestros, político y filósofo oriental uno, investigador y arqueólogo científico otro, merece esa discutidísima organización familiar. Ellos, por sus mismas profesiones, son los símbolos de dos eras. Lo son también por su criterio. Veamos, pues, en sus frases esa doble exposición, ya que se trata de Aristóteles y de Fustel de Coulanges.

Aristóteles, en su *Política* (lib. I, cap. I) expone así la génesis de la familia y del estado, diciendo: «*Polis* en la familia comprende relaciones que no son de sangre, la doble reunión del hombre y de la mujer, del dueño y del esclavo. De aquí que la familia o grupo se transforme en un tipo social que tiene carácter político» (concepción materialista y primitiva).

Fustel de Coulanges habla en su obra *La ciudad antigua* de una familia existente «gracias a la reli-

EL PROBLEMA SEXUAL

gión doméstica, y que era un pequeño cuerpo orgánico, una pequeña sociedad que tenía su jefe y su gobierno».

¿Qué opinión le merece al erudito Coulanges? Veamos. «La falta de otra sociedad hace que la familia primitiva, aislada, sola, se extienda, se desenvuelva y se ramifique, y sea la forma bajo la cual se cumpla el ideal social» (concepción moderna). La familia ha sido un sustituto, un «cubre-faltas» de una institución superior, más perfecta y mejor organizada. ¿Nos revelará esta incógnita la moderna generación, tan pródiga en inventos y descubrimientos?... Aunque ello no suceda así, la familia no deja por ello de ser hoy una institución pasada de «moda» y de situación.

CONCEPTO FILOSÓFICO FAMILIAR.—Analizada filosóficamente, es la familia la primera y más elemental de las sociedades humanas, por cuya razón se la ha denominado y juzgado hasta aquí como mórnada social, que, siguiendo el criterio que sobre ellas mantiene Leibnitz, no deja de ser otra cosa que una célula única en la que van incluidos los dos sexos, creador y fecundador, y en la que se condensan, por tanto, las dobles espiritualidades. Fundada en la oposición de los dos sexos, en la obligación de la mutua protección que engendra la paternidad, cumple los fines materiales y morales de la existencia y enlaza con vínculos de afecto todos los seres que la constituyen; en la familia, a la par que se forman individualidades independientes, se cumple y se realiza la colectividad, se capitalizan los esfuerzos y en una progresión creciente sólo cabe esperar de ella un germen en todo momento fecundo de derechos y deberes en tanto continúe la citada comunidad.

LA FAMILIA PRIMITIVA.—Considerada desde un plano histórico, la familia es la primera encarnación del Estado, y en ello están las opiniones de antiguos y de modernos, lo mismo que los monumentos y tradiciones de todos los pueblos. Cicerón definía la familia «Principium urbis et quasi seminarium rei publicae» (principio de la ciudad y enseñanza de la república. El ilustre Vico afirma en su *Scienza Nova* que los imperios se han formado por el engrandecimiento de las familias, y aun J. J. Rousseau afirma que la «familia es una asociación natural, constituyendo la primera imagen de la sociedad política».

De acuerdo con la historia, hay un primer momento en la vida de los pueblos en el que el Estado desaparece en el seno de la familia. Todo lleva forzosamente nuestra imaginación, según Fustel de Coulangier, hacia una época primitiva, en que la familia era una organización independiente; en tal situación parece haber vivido durante mucho tiempo la raza «arya», como lo atestiguan los himnos de los Vedas en la India y las antiguas creencias y el derecho privado de los griegos y romanos. Esto mismo nos lo manifiestan escritores contemporáneos como Sumner Maine y el barón de Portal. Ahora bien; si la familia es independiente de todo poder superior, en ella se encarnaba la idea del Estado, que supone siempre una sociedad organizada. Los notables estudios de estos autores prueban la existencia de Estados familiares, en que las familias vivían aisladas sin lazo superior político o religioso, teniendo cada una sus dioses, su cultura, su propiedad, su derecho privado y su gobierno interior bajo la jefatura del padre o patriarca, que ejercía una autoridad suprema e inapelable.

EL PROBLEMA SEXUAL

EL PARENTESCO PARA EL PRIMITIVO.—Para el primitivo, los suyos son aquellos con quienes está unido por intereses materiales y sociales, habitantes de un mismo territorio y cuyos miembros están unidos entre sí por lazos determinados: la descendencia. Pero habrá siempre un territorio que define como elementos básicos el grupo. En la vida social de tribus como las australianas, de acuerdo con los conceptos emitidos por Spencer, se advierten clases de grupos elementales, entrecruzados (territoriales o de localidad), matrimoniales o de clases (separación de clases para los efectos de la prohibición del matrimonio), totémicos, o constituidos por los individuos que llevan el mismo «totem» y que suelen fundirse con los territoriales.

La familia resulta, por tanto, en estos casos de derivaciones de la primaria evolución, algo más que una simple comunidad unida por relaciones de parentesco o esas primeras relaciones comunales. Con sólo el primero no pasarían esas relaciones de marcar un lazo de individuo a individuo y de generación a generación. Pero la familia obedece asimismo a reacciones más diversas.

SU TESIS DE LA EVOLUCIÓN HISTÓRICO-FAMILIAR.—Entre los pueblos salvajes se manifiestan con igual prepotencia las necesidades universales, pero todos ellos se contentan con una misma fórmula social, no necesitando varias. Las sociedades humanas, como el hombre aislado, como el animal, hasta como la planta, sufren la influencia del medio. No tenemos más que establecer una raya de comparación entre los pueblos africanos primitivos y las tribus brasilienses, y veremos que tanto en unos como en otros el tipo inicial, básico, fundamento de la sociedad, es la familia común, reunida bajo la autoridad de pa-

dres; fuera de este punto común, no tienen la menor relación, existiendo mucha más cantidad de diferencias y de relaciones, pues nos encontramos con que ese paralelismo de las primeras etapas no se continúa, por el contrario, en las evoluciones sociológicas posteriores, en las que las diferencias se accentúan. Así vemos que para el americano no hay nada de más valor que los hijos, en tanto que en África, por el contrario, vale más la propiedad inmueble o los rebaños. En América hay temor al enemigo común que produce el primer intento de agrupación en el seno de la tribu; en África, la propiedad es el vínculo de unión de los hombres, pero, sobre todo, dice Starcke, y es una realidad, «lo que mantiene unidos a los hombres es más la idea de la comunidad de residencia que la de un origen común». Así vemos confirmado lo que dice Graeber en *El gran mundo del hombre primitivo*: que «a la agrupación natural de la familia propiamente dicha es necesario añadir la resultante de la convivencia. Es, por lo tanto, justo pensar en las culturas matriarcales, donde la comunidad de aldea se convierte en el sedentarismo en una unidad política preponderante.»

EL PARENTESCO MALAYO.—Como un ejemplo típico de lo que es la organización familiar entre los primitivos, os voy a citar tan sólo el sistema malayo, que se sigue en las islas Hawái y en la Micronesia. Lo esencial de este parentesco radica en que un hombre de Hawái no solamente juzga como padre al suyo verdadero, sino a todo aquel que por su edad pudiera serlo, esto es, a los de la misma generación. Llama asimismo madre a la propia y a todas las de su generación. Llama hermanos y hermanas a los varones y a las hembras de la propia generación; hijos e hijas a la generación más próxima y más jo-

EL PROBLEMA SEXUAL

ven, y en el mismo sentido al abuelo y al nieto, como a la abuela y a la nieta. No se preocupa el natural de Hawaí de más elevados grados de parentesco; el bisabuelo y el bisnieto no son distintos para el del abuelo y el nieto. Las denominaciones son, pues, bien sencillas.

Ved el cuadro:

ABUELOS

PADRE

MADRE

HERMANO

M

HERMANA

HIJO

HIJA

NIETOS

Aquí el varón *M* ve en una misma raya a todos sus hermanos y hermanas; en la generación superior, a padres y madres, y sobre éstos, abuelos y abuelas; debajo, hijos e hijas; después, nietos y nietas. Todo este sistema familiar comprende, por tanto, en conjunto cinco generaciones.

Esa es la simplificación primitiva que nosotros nos hemos preocupado especialmente en complicar, aumentando los grados de parentesco por la sangre y por la ley, único fin de beneficiar a quienes por transmisión de su propiedad en la herencia causaban la felicidad y la discordia de una porción de individuos que se creían con derecho a disfrutar de lo que no habían ganado ni habían hecho nada por laborar.

Para volver a una organización familiar similar a esta primitiva, aunque adaptada a las modernas necesidades y criterios en un sentido de mayor perfección, dentro de su simplismo, hay que acabar con esa odiosa institución de la herencia, pendón de in-

justicia social que es el eje de la supervivencia de las clases sociales, que de otro modo, si el capital pasara directamente, a la muerte de sus poseedores, a la colectividad, se hubieran anulado en absoluto.

LA FAMILIA ROMANA.—Por lo típico de su institución, que ha subsistido hasta la actualidad, con adaptaciones al moderno criterio y a la nueva moral, hablamos tan sólo de esa organización familiar romana, tan jurídica y tan insensible a la influencia de los parentescos legales. Se habla de un primitivo estado familiar, basado en la promiscuidad de hombres o mujeres, o hetairismo, del cual probablemente se pasó al patriarcado. Pero la familia de la Roma histórica está ya basada en el patriarcado, por haberse impuesto el sistema de los arios invasores. Ahora bien; esta familia patriarcal de Roma no se fundamenta en la generación, sino en el poder, quedando sometido al «pater familias» o jefe de la agrupación familiar:

1.º Todos los descendientes varones que no hayan salido de la familia por un procedimiento artificial, como la emancipación.

2.º Todas las hembras no casadas y también las hijas e hijos de todos los descendientes varones que no hayan salido de la familia. De modo que comprende ésta a los hijos e hijas solteros y a los hijos e hijas de los hijos, pero no a los de las hijas; porque al casarse éstas pasan a otra familia, la del marido, perdiendo todo vínculo con la de su padre. Vestigios de esto es lo que sucede en Francia, Inglaterra, Alemania y otros países, donde la mujer, al casarse, deja de usar su apellido, sustituyéndolo por el del marido.

3.º Todos los que artificialmente se incorporaban a ella, como los adoptados.

EL PROBLEMA SEXUAL

4.^º Las personas que se hallaban *in mancipi causa*, esto es, aquellas que se habían dado en venta al «pater familias», quedando en una situación semejante a la esclavitud.

5.^º Los esclavos, que no eran capaces de derechos ni obligaciones.

Tal el tipo de la familia patriarcal romana durante la época románica.

AGRUPACIONES FAMILIARES. GENTILIDADES.—Las familias aparecen agrupadas allí en otros organismos superiores; tales son las Gentilidades y las Curias. Suele atribuirse a Rómulo la división de Roma en Curias y Gentilidades. Este es un error en que incurren la gran mayoría de los historiadores en su afán de hallar el origen de las instituciones, pues es lo cierto que éstas nacen y se forman por evolución gradual, y cuando el legislador las regula no hace más que reconocer su existencia, pero no crearlas. Las Gentilidades, como agrupaciones de familias que eran, tenían su patrimonio, su jurisdicción y su derecho interno. Se ha explicado su origen diciendo que eran divisiones hechas artificialmente por razones de gobierno en época primitiva. Otra explicación que ha prevalecido es la genealógica, que supone que las Gentilidades eran la agrupación de aquellas familias que procedían de un remoto tronco común cuyo lazo se había perdido, manifestándose sólo en el nombre. Cuando en Roma moría un «pater familias», los hijos varones se emancipaban, constituyendo otras tantas familias, que conservaban el mismo nombre, además del mismo culto. A base de éste, manifiesto con un carácter público, independiente del privado que se tributaba a las deidades familiares, o sea a los antepasados, que recibían el nombre de dioses Lares

y Penates, se encuentra una explicación a las Gentilidades. Es probable que ellas tuvieran un patrimonio especial. Cuando la encontramos en la Roma primitiva ya no lo tienen; pero en la ley de las XII Tablas hay un precepto en virtud del cual, si un ciudadano muere sin testar, le sucederán, después de los *sui heredes* y de los *agnados*, los *gentiles*, esto es, las personas que formaban parte de la gentilidad, lo cual indica que hubo en tiempos remotos una propiedad gentilicia, toda vez que la sucesión en Roma consistía en devolver la propiedad a la comunidad de donde procedía antes de la separación.

EL «PATER FAMILIAE».—Por ser lo más típico de la institución familiar romana, hablamos aquí también del jefe del grupo familiar o «Pater familias», que era el único ser capaz de poseer patrimonio —propiedad, títulos por cobrar, etc.—, y todos los individuos sometidos a su potestad adquirían para él. Esto nos lleva a ocuparnos de la propiedad familiar en Roma. No se sabe de cierto cómo estaba organizada originariamente; pero hay vestigios de que no fué individual, sino colectiva, limitándose a las cosas muebles. El modo primitivo de transmitir la propiedad en Roma se llamaba «Mancipatio», y se efectuaba mediante la presencia de un funcionario llamado «Libripens», especie de agente de comercio que pesaba en una balanza el objeto trasmítido, empleando como contrapeso un trozo de metal. La primitiva organización familiar romana está, por tanto, a base de la propiedad. Una leyenda afirma que Rómulo repartió dos yugadas de tierra —aproximadamente media hectárea— a cada ciudadano, extensión efímera para labrarla y vivir cada familia con su producto, pero sí suficiente para

EL PROBLEMA SEXUAL

edificar la vivienda, quedando el resto como dehesa comunal, esto es, que a base de ella se edificó el hogar, verdadero santuario allí de la familia.

DOS TEORÍAS SOCIALES.—Por lo interesantes que son las dos y por la trascendencia que tienen ambas para la organización futura de la familia, exponemos aquí las dos instituciones sobre las que se basa en un sentido o en el contrario la organización familiar. Es una el patriarcado. Otra, el matrarcado. Dedicamos a esta última preferente atención por lo mismo que habrá de tener una enorme trascendencia en un futuro remoto, ya que toda la organización actual tiende a encargar a la mujer de la paternidad y disposición de los hijos, desde las reivindicaciones que defiende el feminismo, hasta los avances revolucionarios rusos y norteamericanos.

LA TEORÍA DEL PATRIARCADO.—Responde a una idea inicial juzgar a la sociedad humana como una serie total de varias esferas que se superponen como logradas en un proceso de evolución. Según Lange, el Estado es una «excrescencia» de la familia que ha crecido de una manera hasta ser «gens» de «gens» hasta ser tribu, surgiendo por consecuencia de la reunión de las diferentes tribus la necesidad de dar una forma política positiva a las situaciones patriarcales que es preciso presumir en el origen.

Vemos, por tanto, un punto inicial, una familia, padres, hijos y casa que se eleva a «gens» a tribu, a ciudad, a región, a nación. Han sustentado esta teoría iniciada por Lange, Momsen, Niebuhr, Summer Maine y tantos otros. Este problema, así analizado, no se le ve más que teóricamente. Nosotros precisamos ahora estudiarlo en la práctica. Lo sollemos hallar concretamente definido y fácilmente

comprendible entre los arios, que participaban del doble carácter de ser pueblos primitivos y a la par tronco común de nuestras razas, por lo que sus estados de ánimo y su evolución nos son, acaso por influjo de sangre, conocidos. Bajo el prisma de los derechos griego y romano, con las excepciones de razas extrañas como procedentes del punto céltico, cual la irlandesa. Summer Maine dice: «La condición primitiva de la especie humana fué lo que se llama el Estado patriarcal. El tipo social primitivo debió ser una familia cerrada, independiente, constituida por el lazo del parentesco, formada por el padre (jefe, autoridad, fuerza decisiva, cuya voz es la voz del derecho), la madre y los hijos. Trátase de un grupo coherente, que en ciertas circunstancias se basta a sí mismo y que hace las veces del Estado. La teoría patriarcal ve el origen de la sociedad en familias distintas, en las cuales los miembros quedan unidos bajo la autoridad y protección del más anciano de los ascendientes varones.

Es interesante señalar aquí, por lo concreta, la opinión y los datos que sobre este interesante problema aporta Wilson: «La familia patriarcal es aquella en la cual la descendencia se señala con relación a un antepasado varón, siguiendo la línea masculina directa, y en la cual la autoridad reside en el ascendiente varón de más edad. El pariente varón de más edad, el ascendiente más viejo, es señor absoluto en su casa, tiene poder de vida y muerte sobre sus hijos y su familia, lo mismo que sobre sus esclavos, pues las relaciones de padre a hijo y de señor a esclavo no difieren sino por la capacidad del hijo para llegar algún día a ser jefe de la familia misma. Los hijos todos pertenecen al padre, y los bienes de éste se reparten por igual, después de su muerte, entre los descendientes del

EL PROBLEMA SEXUAL

primer grado, si bien el hijo mayor recibe algunas veces una parte doble.»

Tal es, por tanto, la situación en general, sin especificar tribus ni regiones determinadas, que nos presenta el patriarcado como eje social generador de instituciones superiores. Tal es la única base jurídica que tiene en la vieja institución familiar el patriarcado, que subsiste aún en la actualidad, atenuado, por el prestigio que en la ley tiene el padre como jefe de la familia, al que se subordina toda la actividad de esta institución. En el momento en que las mujeres colaboren con el hombre en la formación de esas leyes, deja de tener existencia jurídica y existencia real esa odiosa institución del patriarcado, que ha fracasado ya ante la evolución de la nueva moral, que por lo mismo que obliga a la mujer al ejercicio de cierto número de deberes, debe dotarla del suficiente número de derechos.

LA TESIS DEL Matriarcado.—Hacia 1861 apareció una obra de un jurisconsulto y arqueólogo suizo, Bachofen, sobre el *Derecho materno*, en la cual se intentaba demostrar la falsedad de esta hipótesis, hasta entonces tenida como axioma. Su tesis arranca de una noticia sobre los «licios» suministrada por Herodoto, en los cuales, según este escritor refiere, más que el varón, era la mujer la reguladora de la pertenencia de los niños a la parentela, de tal manera, que entre ellos los hijos y las hijas pertenían a la familia de la madre, en la que se vinculaba asimismo la sucesión hereditaria.

Bachofen encontró en otros pueblos datos de la misma especie. Descubrió que en la Germania de Tácito dícese que en muchas tribus germánicas el

hijo está más cerca, en grado de parentesco, del hermano de su madre que de su padre.

Descubre observaciones semejantes en el *Bellum Gallicum* de César, sobre los bretones. Bachofen reunió más ejemplos, hizo valer los rasgos del mito y de las «sagas», que él atribuía a querer significar un predominio semejante de la mujer en la época prehistórica. Atribuía a estas «sagas» una excepcional importancia, por creer que si no eran espejos de la realidad, daba una cierta imagen de los tiempos remotos, aunque en forma fantástica.

Según Bachofen, que encadenó la evolución histórica familiar al período del patriarcado o del predominio del padre, habría precedido un período de predominio de la madre: la ginecocracia. En él, la madre habría sido la cabeza de familia. Describe Bachofen estos hechos con un espíritu delicado y romántico. Después le sucedió el hombre en la supremacía, con su naturaleza más ruda. Ahora bien, se pregunta Bachofen, como una inquietud que sus propias investigaciones no logran desterrar: «¿Cómo es que, a pesar de la natural supremacía del hombre, dominará la mujer antes que él en la familia...?»

Ya se ha apartado Bachofen de todo romanticismo para responderse a esta pregunta, hábil objeción que podría hacerse por los detractores de su sistema. Debemos, dice, «partir del caso de que aun hoy en nuestra sociedad es la madre la reguladora de la denominación, herencia, etc., de sus hijos, cuando éstos han nacido fuera del matrimonio. Entonces el hijo no conoce a su padre, y acaso tampoco lo conoce la madre. Este estado del hijo nacido fuera del matrimonio debe, por tanto, haber sido transferido a la generalidad, si queremos explicar el origen de la sucesión materna. Por con-

EL PROBLEMA SEXUAL

siguiente, antes de que se iniciase el dominio de la mujer, ha existido un estado de agonía, de sin-matrimoniedad (Ehelosigkeit), de unión irregular de los sexos».

Esta es, por tanto, una construcción opuesta a la familia de los pueblos cultos, semejante a la que Hobbes había hecho notar ya para las relaciones políticas del estado primitivo. La ausencia de todo orden es tan característica de aquel estado como de esta familia. Por ello, según Bachofen, puede explicarse el origen de la ginecocracia. Aquel estado de general promiscuidad de los sexos debía molestar a la propia mujer. Separada de los demás varones para entregarse a uno, ella mantenía socialmente la disciplina. Así, pues, no es del hombre la gloria de haber constituido la familia monogámica, en la que realmente la mujer fué conservadora y protectora.

Ahora bien; ¿por qué no se ha conservado este estado de predominio de la mujer?, se pregunta también hábilmente Bachofen, y responde: «No podía conservarse, porque aunque la mujer era la única psicológicamente a propósito para fundarle, el hombre nunca se hubiera hallado en condiciones de establecerla; carecía ella de capacidad para conservarlo duramente, ya que la mujer no ha nacido para el dominio por su inferioridad en fuerza física».

Así resultan de la tesis de Bachofen tres períodos: la agamia o promiscuidad, el predominio de la mujer o derecho materno y el predominio de los varones o derecho paterno. Volveremos a la segunda etapa, o, por el contrario, a la primera; esta vez bajo la tutela de un Estado protector que vigile y se encargue del buen desarrollo de sus ciudadanos futuros. El tiempo tan sólo lo dirá. Las dos

soluciones aparecen frente a frente ante nuestro problema.

FUNDAMENTACIÓN TÉCNICA DEL MATRIARCADO.— Se entiende por Matriarcado, derivado de lo que Bachofen llama *Muterrecht*, y Mac-Lenan *Kinship through females only* (parentesco sólo por las mujeres), y es simplemente un sistema de familia en que la madre es el jefe y el padre permanece alejado de esa familia. Bachofen no reconoce, por tanto, en este hombre primitivo más polos que el instinto sexual y la procreación, haciendo que toda la evolución de la sociedad surja impulsada por la mujer y en dirección de verdadera consanguinidad. Según Bachofen, el primer estado fué el hetaírismo, en que el hombre domina por su fuerza bruta; pero si la preeminencia de varón se funda tan sólo en esto, en cambio la dirección general del hogar, educación de los hijos, etc., corresponde a la madre, lo que dota ya a la unión de ese estado de ginecocracia en el cual el parentesco y la sucesión siguen la línea materna, alcanzando la mujer una supremacía religiosa y política. Sin embargo, en la propia obra de Bachofen, «Das Muterrechts», se hace constar que después de este estado hubo una «regresión al matrimonio en el que el hombre tiene su posición primera». Si Bachofen ha empleado con conciencia esta palabra, al hablar de regresión nos habla de la existencia de un estado primitivo en que el matrimonio actual tenía ya existencia, y desvirtúa la hipótesis de que haya sido el matrimonio el posterior y el Matriarcado la primera organización familiar. Claro que también Bachofen pudo emplear los términos en un sentido teórico y hasta filosófico, dando a entender que juzgaba inferior el estado matrimonial al del patriarcado, y

EL PROBLEMA SEXUAL

que, por tanto, juzgaba regresión en la conciencia lo que en la práctica era inevitablemente, aunque nuestras simpatías vayan con el régimen de Matriarcado, un progreso, porque la Humanidad va siempre hacia adelante, siquiera marche erróneamente. Sobre este interesante punto del Matriarcado se han expuesto muchas y variadísimas opiniones, algunas de las cuales, para mayor esclarecimiento de la tesis, incluiremos aquí. Dargund rechaza el que a la madre se la juzgue con un derecho superior; pero sostiene que el derecho de la madre provoca un matriarcalismo en el derecho privado.

Grosso afirma que las formas jurídicas de la familia están en progresión con los avances y fórmulas de la economía. «En sus rasgos esenciales—dice—, el carácter de cada forma particular de familia puede explicarse por la de la economía en que ésta surge». Distingue entre la familia grande, todos los descendientes con sus familias, no separados por el matrimonio de las familias chicas o de cada descendiente. Dice que en todas ellas se da una línea de descendencia paterna y otra materna; pero que ninguna de estas sucesiones debe de tomarse como un predominio del matriarcado o del patriarcado.

Resumiendo Mr. Hayes los caracteres de la familia «matronímica», dice que ésta existe en tanto que la mujer continúa, después del matrimonio, «siendo miembro de su clan, y sus hijos pertenecen a su clan, heredan su nombre y totem», y sus dioses familiares, y si los hijos son varones y hay rango y propiedad hereditaria, heredan en la familia materna. La sociedad matronímica se considera a menudo como matriarcal. Es verdad que los grupos de población, por fenómeno natural, aumen-

tan alrededor de las madres, aunque ordinariamente el número de hijos criados por una madre salvaje no es nunca grande; es verdad que los primeros campos y cultivos se hacen y ocupan por la madre y sus hijos, y en tal sentido las mujeres eran el protoplasma vivo, y el hombre la corteza y la espina, del organismo social primitivo. Pero con ello hace resaltar Hayes al final que no se cumplió en esta sociedad matronímica el verdadero significado del término matriarcado, pues la mujer nunca gobernó al hombre, sino que cada uno tenía una hegemonía peculiar, una libre posesión de derechos, un libre ejercicio de deberes, y estaban, por tanto, mucho más cerca de la igualdad que las generaciones posteriores. Esto, en cuanto a la actitud y labor desarrolladas por Bachofen y Mac-Lenan, creen que la Humanidad se debió fundir no en familias, sino en grupos heterogéneos distinguidos por su «tótem», de cuya evolución y existencia por lo interesante hablaremos, sin otro vínculo posterior. Mediante el estudio de esos símbolos se procede a marcar los jalones que siguió la Humanidad en su evolución, y que nosotros sostene mos, independientemente del criterio sustentado por Mac-Lenan. Son los de las costumbres de la endogamia, de la exogamia, del infanticidio y de aquellas que Mac-Lenan señala como importantísimas, la de la poliandria.

DISCUSIÓN Y CRÍTICA DE QUE FUÉ OBJETO.—Discutióse no poco la hipótesis de Bachofen. Muchos hechos, desde el punto de vista arqueológico, resistían a la más dura crítica. Pero se combatía la hipótesis de la universalidad de un antiguo «derecho moderno», y aún más su origen en un estado de horda completamente desorganizada. Así pasó a se-

EL PROBLEMA SEXUAL

gundo término la teoría del jurisconsulto suizo. Hasta que, ya por el año 79 del pasado siglo, se vió reforzada, no ya por argumentos arqueológicos, sino por una nueva prueba a su favor. Fue la Etnología la que vino en su auxilio, y Australia, el campo de experimentación de la culpa primitiva, volvió a ser investigada para extraer de ella importantes conclusiones. Y resultaron hechos las conjeturas de Bachofen sobre el derecho moderno. Es éste en Australia tan predominante, que aun hoy las tres quintas partes de las tribus siguen el sistema de sucesión materna. El más profundo investigador de las relaciones sociales australianas, Bowitt, llega en su obra sobre los orígenes del Oriente de Australia a conclusiones semejantes a las que llegó en otro tiempo Bachofen, apoyado en sus investigaciones arqueológicas. Todas las relaciones familiares originarias descansaban, según su criterio, en el propio sistema de sucesión materna, que se ve en América, Melanesia, Polinesia, Norte de Siberia y en las tribus dravidianas, al Sur de la India anterior. A base de estos hechos ha ganado cada vez más terreno entre los etnólogos actuales un concepto que coincide con el de Bachofen en lo esencial.

La Humanidad, que cumple fatalmente un ciclo de evolución, lo ha cerrado con el fracaso actual por insuficiente de la institución familiar. Al volverse hacia más amplios horizontes tendrá que retroceder a estas concepciones y tesis primitivas; pero no para repetirlas, sino para seguir su orientación, superándolas. Un matriarcado científico y una promiscuidad técnica y moralmente conducida, serán tal vez los resultados de la nueva evolución progresiva de la Humanidad.

EL VALOR PSICOLÓGICO DE LA SOCIEDAD HUMANA. Frente a las sociedades, con tanta frecuencia observadas en la Naturaleza, de grupos o comunidades de animales, formas de verdadera «símbiosis» o convivencia solidaria que responden a los impulsos y a la tradición ya existente, la sociedad humana ofrece la particularidad de que cada individuo puede ofrecer solidaridad no solamente con uno, sino con varios grupos; segundo, por la conciencia que tiene del fin concreto que persigue cada uno de estos grupos y la distinción de sus fines respectivos; tercero, por la gran movilidad de los grupos humanos (emigración, cosmopolitismo); cuarto, porque en los procesos de «símbiosis» de los grupos humanos las leyes de cooperación, lucha y selección determinan una capitalización de los valores de cultura de los grupos; quinto, porque no sólo se garantiza ésta por la tradición y por la herencia que conserva las disposiciones funcionales, sino porque en cada generación el poder renovador crea una personalidad característica, por la cooperación del medio ambiente nuevo, del hábito definitivo—segunda naturaleza—, la atención activa y otros medios, en fin, que sobre los materiales ya dados, elaboran un espíritu objetivo, nuevo y particular, de cada generación.

A nuestro modo de ver, este diferente espíritu o personalidad de la vida colectiva se corresponde, con una nueva modalidad, con un concepto nuevo y distinto de la ética, de la costumbre, de los hábitos, etc. Una nueva educación que cambie y ordene de otro modo la vida del individuo puede resultar tan perniciosa como beneficiosa; pero es ante todo transformadora y lo suficientemente eficaz para que ese aspecto nuevo, que toma cada generación con su espíritu objetivo o su personalidad carac-

EL PROBLEMA SEXUAL

terística, halle al propio tiempo correlación en sus propios criterios y en las posiciones que sustenta. La psicología de la sociedad humana tiene un poder de organizar ese criterio como contenido espiritual de la realidad social, que se ofrece como una y única para cada hombre y para todos los hombres (humanidad). Tiene asimismo el poder de coeficiente eficacísimo de mejorar y organizar los movimientos en que encarnan, llegando así a la máxima utilización de las propias fuerzas y de las naturales (cultura), y asegurando de este modo la conservación de todo esfuerzo y la valorización de todo resultado.

Tiene el poder de orientar esa cultura en un sentido característico uniforme, que asegure la mejora de la especie en un sentido o dirección definitiva en cada pueblo o en cada raza, lo que le presta un sello inconfundible de originalidad, al propio tiempo que cristaliza sobre las demás si es lo suficientemente poderosa, y marca un jalón, una nueva etapa en la evolución histórica. La comunidad espiritual, que crea fundamentalmente la idea de la sociedad humana, desligada de otros aspectos, nos hace suponer que es fruto de la idea pura de humanidad, en la cual el individuo se ve, no unido a una sociedad determinada, ni a una etapa particular de esta evolución, sino, por el contrario, a una serie de sociedades múltiples y cambiantes que compenetrándose y acrecentando el ritmo del progreso se muestran cada vez más capaces de llevar a cabo entre todas ellas la definitiva organización colectiva de mejora de la humanidad.

Este es el hondo significado psicológico que tiene la sociedad. Aun observada desde este plano, nos ofrece sugerencias aplicables y aceptables por los juristas, porque comprende las posibilidades de

que en los fríos artículos de una ley podamos, concretando nuestras aspiraciones, regular, aprovechando estos inevitables factores de la evolución de la humanidad, no sólo desproveer a todas nuestras ideas de un factor eminentemente social, sino prestarles, dentro del terreno jurídico, un matiz de moralidad. Para que esta familia del futuro, con toda su definitiva consagración de derechos, tenga éxito, es preciso orientar y educar a las generaciones de hoy en un sentido definitivo; es preciso que paulatinamente vayan adquiriendo hábitos en este mismo aspecto; a ello es debido el hecho innegable de que aprovechando estos hábitos ahora, y esta educación, y en un futuro la acción del medio en que los nuevos seres habrán sido engendrados, podamos llegar, como cumpliendo una etapa más del ciclo humano, sin violencias ni curvas rápidas, a esta nueva organización, más justa y más ampliamente comprensiva.

LOS GRUPOS HUMANOS.—Para la conciencia social los grupos humanos o agrupaciones de estas conciencias son como el cuerpo para la conciencia individual: realización en la práctica. El grupo es una expresión y encarnación de aquella conciencia. Toda organización para subsistir tiene que descansar sobre unas cuantas ideas básicas. Comparando los diferentes grupos humanos, su evolución los hace cada vez mayores, a la par que influye concretamente en su propia existencia. Los grupos sociales pueden ser: Primero, naturales (familia, horada, tribu, klan); segundo, culturales (ciudad, Estado, Municipio, región, comunidades de trabajo y de cultura, clases sociales, profesiones y comunidades espirituales, escuelas, partidos, Iglesia); y

EL PROBLEMA SEXUAL

terceros, mixtos (la sociedad internacional, la Humanidad).

Los grupos sociales pueden ser completos, como la familia, la Iglesia, la Humanidad, o incompletos cuando predomina un factor sobre el otro o ejercen funciones especializadas en relación con su fin.

Su constitución interna es particular. Atendiendo a la composición, dice Giddings (*Sociología*, página 146 de ed. francesa, París, 1897): «Los grupos sociales de la composición social son productos naturales de las actividades fisiológicas y psicológicas de los individuos, secundadas por la selección natural. La constitución de una sociedad, la organización de sus miembros individuales en asociaciones especializadas y para fines especiales.»

Hay fundamentalmente dos grupos: uno étnico, cuando los elementos individuales son homogéneos, y el demótico, cuando son heterogéneos o formados por elementos técnicos de varios. Esto da lugar a dos aspectos, que aquí esbozamos también, para su mejor comprensión: «La psicología de las razas» y la «de los pueblos». Para la acción de la especie, para la organización jurídica de una sociedad, que yo, no por haber seguido esta carrera y pretender defenderlo egoístamente, sino porque lo estimo justo y lógico, creo que el derecho, personificado en el Estado como regulador social, verdadero poder moderador de las actividades humanas, existirá siempre o será un deber suyo el existir, es preciso que veamos este significado doble de la raza y del pueblo. No debemos de confundirlos. La psicología es un auxiliar poderosísimo del derecho y de la moral. Al hablar de nueva moral sexual tenemos que hablar forzosamente de nueva moral social. El hombre, como siguiendo la vida de su sexo, está definitivamente vinculado al hombre

como ciudadano, elemento de su vida social. El hombre no ha podido nunca vivir solo y sin apoyo. Ha necesitado desde sus primeros años de la existencia de los padres, primero, y esos padres de la del resto de los hombres para poder subsistir. Aunque sin ello hubiera podido realizarse el milagro de la subsistencia del hombre—acogido acaso a agrupaciones de animales, que suplirían la de índole humana—, el hombre para cumplir su deber sexual respecto de la especie necesitaría de la sociedad. Hoy ese deber se cumple con una serie de limitaciones y de trabas enojosas. Para hablar de nueva moral sexual hay que hablar, por tanto, de nueva moral social, porque en la sociedad está también el problema, la clave, el eje de las futuras revoluciones. Si educamos a esa sociedad, con todas sus instituciones—ciudad, familia, Estado, clases sociales, partidos, Iglesia, Humanidad—en este mismo sentido definitivo y concreto de una tolerancia, de una protección hacia la absoluta libertad y disposición individual; si cambiamos el rígido, pero ya relajado, criterio de nuestra vieja moralidad por una moralidad nueva que por serlo sea también tolerante, nuestra obra sería compleja. Hace falta, sin embargo, saber cuáles son los puntos flacos de esas instituciones, por dónde podemos atacarles para introducir esas cuñas de reforma, que más tarde habrán de sustituir ellas solas el edificio que hoy, afortunadamente para nuestra oportunidad y nuestro criterio, se desmorona.

Desde que estudio con cariño esa asignatura, para muchos tan ardua, que es la Lógica, gracias a la palabra amable y comprensiva del maestro Besteiro, que en ella me inició desde las aulas universitarias, he preferido siempre el método analítico, esto es, el estudiar los conceptos más generales, para ir

EL PROBLEMA SEXUAL

descendiendo paulatinamente hasta llegar a los de índole más concreta y particular. No aplico con extraordinaria frecuencia, porque mi vocación es eminentemente activa, y la filosofía en cualquiera de sus aplicaciones exige un reposo que está un tanto reñido con mi carácter; pero cuando me sitúo ante un problema cualquiera con afán o con interés, como en este caso, en que mi deseo de que el pueblo tenga una idea segura sobre estas cuestiones, no vacilo en procurar, dentro de la amabilidad que se puede dar a un trabajo que no puede apartarse de la técnica, procurar el análisis, aunque parezca un tanto detallado, la mayor fundamentación a la tesis en que, por creer tanto y tan ciegamente, serfa mi mayor aspiración que llevase también esa creencia y esa inquietud a los espíritus que me leyieran.

Vamos, pues, a ver de qué modo, comprendiendo los fundamentos y la organización actual de estos grupos humanos, podemos llegar a su transformación paulatina, a su sustitución o a su anulación, si ello es preciso. Empecemos.

LA CONCIENCIA COLECTIVA.—Todos nosotros conocemos, si no en un sentido técnico, por lo menos con un carácter de definición vulgar, lo que significa la conciencia; son todos los procesos juntos de nuestros sentimientos, de nuestros pensamientos y de nuestros actos, reflejos, esto es, instintivos o voluntarios, y que ante los técnicos llevan para distinguirlos el nombre de conciencia, con lo que se ha querido señalar una distinción fundamental entre conciencia, actos ya realizados—pensamientos, deseos, etc.—y cerebro, actos en germen, esto es, semillas que aún no han hallado la mano del labriegó; en este caso nuestra voluntad que las lance a

la lucha definitiva, y por consiguiente, a su realización. Pues bien, la conciencia colectiva es la integración de toda una serie de conciencias individuales, moldeadas, pasivamente en la tradición, la herencia y el medio social. Los tres elementos que influyen en la formación de esta conciencia colectiva son, pues, la herencia, la tradición y la educación. Pues bien, en la relación en que estos tres elementos se ofrecen para la producción de una nueva realidad, se garantiza la unidad, la identidad y permanencia de la conciencia colectiva. El tono y el nivel de esta conciencia, esto es, su opinión sentimental y su criterio intelectual o de cultura, se da en función de la intensidad, riqueza y eficiencia de las individuales que estén en mayoría absoluta. Esto es, una etapa de la Humanidad, sociedad o grupo nuevo, será tan culta como lo sean la gran mayoría de los individuos que la formen; tendrá una especialidad: ser predominantemente inventora. El siglo XX, por ejemplo, según el mayor número de seres que hayan realizado esos inventos. Cuando existen simpatías o relaciones entre varias conciencias individuales, surge el «consensus», esto es, lo que vulgarmente denominamos «simpatía», que es la relación que un espíritu mantiene con unos u otros, según sus factores hallen en esos otros complemento o fácil adaptación. Pues bien; cuando varias, desde luego en un número bastante extenso, de estas conciencias individuales se adaptan y complementan, surge el cumplimiento de la conciencia de modo netamente colectiva. Esta, desde el momento en que existe, revela lo que también denominamos con un sentido vulgar, y de muy corriente utilización, espíritu de la época, o mejor aún, voz del pueblo. Esta conciencia tiene sus tres aspectos con la conciencia individual; tiene pensamientos

EL PROBLEMA SEXUAL

—cultura, invención, descubrimientos—, tiene sentimientos—egoísmo, espíritu de cuerpo, conservación o altruismo, pacificación—y tiene actos voluntarios—guerras, actos internacionales, tendencias pacifistas o bélicas—. La energía colectiva, como integrado por procesos motores de la voluntad social, es en todo momento cooperación, mutualidad o reciprocidad, y tutela o defensa de grupos, aunque el valor del ansia de la sociedad no hubiera logrado nunca la prueba que hace que en la conciencia juzgada, como plasma germinativo de las individuales, las favorezca sin matarlas, como muchos creen, sino, por el contrario, desenvolviéndolas, fomentando su desarrollo en el seno de la sociedad.

La conciencia de la masa, a que solemos hacer nosotros común referencia, es una prueba de esto. En toda conciencia colectiva para su verdadero funcionamiento existe una masa, a la que debemos adiestrar y enseñar, y una minoría que debe encargarse de esta labor de enseñanza y adiestramiento. La mayoría no representa, sin embargo, un valor inútil; por el contrario, tanto o más apreciable que el personaje es el comparsa, porque sin él, que representa todo el cúmulo de acontecimientos de la vida vulgar, no se da la comedia ni se desenvuelve la acción, ni tendría ocasión de desarrollar sus ideas o sus sentimientos el protagonista. El papel de la masa es, por otra parte, trascendental. Aunque exista una minoría, un criterio definitivo de índole fundamentalmente intelectual o moral, ella sola no puede llevarlo a la práctica; necesita como carácter indispensable que exista una masa que esté en condiciones de realizar sus pensamientos. Por ello nosotros no vacilamos en incluir aquí estos conceptos psicológicos de la con-

ciencia colectiva y el significado de la sociedad. Sin una orientación definitiva y segura de esa conciencia, no se puede lograr la transformación tan ansiada. Ya lo decía el propio Marx por boca de su compañero y amigo F. Engels: «Es de gran importancia la elevación del nivel moral del pueblo y de sus sentimientos humanitarios. La Revolución será tanto menos sangrienta, vengativa y furiosa, cuanto más el proletariado tenga en su seno elementos realmente socialistas». Y esto es lo que hace falta no sólo en éste, sino en todos los aspectos: procurar que, educando a la masa, exista una mayoría que defienda y sostenga ese criterio, que con su base los triunfos son más fáciles, menos terroristas y más impuestos por la ley suprema de la Democracia, el predominio de la mayoría.

NUEVAS ORGANIZACIONES FAMILIARES.—La familia del porvenir tiene que partir del supuesto de que, no obstante los cambios revolucionarios de la moral, persista y se mantenga.. Esta organización presupone asimismo el que, no obstante los hechos que intenten con su fuerza imponente destruir las organizaciones ya existentes, y fundar otras nuevas, ella haya de ser fórmula de transición y continúe aún en lo futuro por quienes anhelan su lógica y natural subsistencia. La organización familiar del porvenir incluye, sin embargo, una mayor conciencia y preparación en los individuos que la acepten tácita o expresamente. Lo que no es susceptible que vuelva a repetirse es el caso de muchas muchachas de hoy que viven en nuestro siglo y no se creen chapadas a la antigua, y que, no obstante, mantienen criterios tan absurdos y tan falsos como el que yo escuchaba re-

EL PROBLEMA SEXUAL

cientemente en una reunión, y precisamente de universitarias, de boca de una de ellas, que afirmaba que ella se casaría tan sólo por el traje blanco que vestiría como desposada. Revela tanta frivolidad, tan escasísima conciencia estas frases, pronunciadas por una muchacha que ha estudiado una carrera y que, por consiguiente, era lógico presuponer que tuviera un poco más sentido de la trascendencia del matrimonio, que yo desconfié un tanto de la posibilidad de que esta generación nuestra estuviera dispuesta para salvar decididamente a España. Bien es verdad que yo espero que no sean todas las muchachas españolas de este mismo criterio. Yo estoy segura que algunas, más modestas, que lean y que acaso con sus manos encalladas por el trabajo sepan hojear este libro más dignamente que esta otra muchacha con las manos cuidadas y pulidas, no podrán reprimir una sonrisa ante ese gesto, banderín de frivolidad. El matrimonio atrae por la unión al hombre amado, por la perspectiva de los hijos, de continuar la organización tradicional de la institución familiar; por egoísmo, por conveniencia, por interés, por todo menos por el traje blanco de desposada. Desechamos, sin embargo, el temor de que todas las mujercitas españolas piensen así y sientan así. Pongamos que sientan la familia como institución fundamental; que la crean sostén tradicional del Estado y de todas sus fuentes y sus relaciones. La familia empieza a desmoronarse por sí sola. Hoy la mujer sale fuera del hogar a ganar para casa, como es lógico, inconscientemente primero, egostamente después, y luego con un sentido de conciencia en los países más文明izados, va haciendo todo lo posible por limitar su prole. Cuando el hijo llega a mayor, la madre, que se ha preocupado sólo, como

la mayoría, de darle una carrera y de ponerlo en condiciones de ganarse la vida, le deja en absoluta libertad. El mantiene dentro del hogar una vida independiente; él conserva en el hogar los gestos de la nueva generación; él o ella viven libremente, acompañan a su madre, trabajan si se les requiere para ello, buscan compañero o compañera y se labran su porvenir absolutamente solos, presentando a la vida su propia conciencia, que allí habrá de irse moldeando. El «home» británico—no olvidemos que es Inglaterra donde más se exaltó un tiempo el hogar—es tan sólo la reunión familiar y momentánea. Pero recordemos asimismo que el hombre tiene una reunión política; la mujer, otra similar, o una ocupación de su club, o un ansia de esparcimiento en un teatro; que el hijo tiene la llamativa atracción de otro teatro entre bastidores, o de un «dancing», o de una alegre revista; y la velada que otro tiempo transcurría allí en una suave placidez, hoy transcurre silenciosa en la casa abandonada, mientras los miembros de la familia dispersos buscan cada uno el placer donde cree hallarlo o donde acaso lo encuentra. ¿Es esto subsistencia familiar? Todo lo contrario; esto es desmoronamiento. Y es que las necesidades económicas de la vida, que traen aparejadas otras políticas y sociales, se imponen a la propia existencia del hombre, y constituyen hoy en él una segunda naturaleza. Por ello, las mujeres y hombres de hoy no pueden hallar en la vieja y tradicional institución del hogar (que empezó junto al primer fuego que se encendió para producir el calor por el hombre primitivo, y que hoy ya no se necesita, porque el calor y la grata acogida se encuentra en un restaurante, o en un círculo, o en una tertulia amistosa), no pueden hallar aquello de que han care-

EL PROBLEMA SEXUAL

cido siempre, la armonía, esa grata relación de sus miembros. Cuando se ha hecho popular el hecho de que los hermanos suelen ser los peores enemigos; cuando las reyertas conyugales han obligado al hombre a abandonar ese hogar tan cantado y buscar en otro o en otros creados fuera de él solaz y esparcimiento para su espíritu, y cuando la mujer no seguía esa ruta antes, porque aún no tenía la independencia para mantenerse sola ni la energía para hacer valer sus derechos, hoy, en que ella puede mantener estas dos cómodas posiciones, le es factible el abandonar también ese hogar, para buscarse en el calor de la amistad, del club político, en la comunidad de hombres y mujeres que cultiven sus mismos gustos, aquella armonía que acaso no haya encontrado en su esposo. Y de los hijos, ni que decir tiene. La madre debe tener interés en instruir al hijo en sus primeros años; pero al salvar la cima de la pubertad debe empezar a andar solo por el mundo, con un justo sentido de la responsabilidad que contrae. La sociedad moderna en su avance exige ya definitivamente que los hombres le sean fíes, cada vez más pronto. Es necesario responder a ese llamamiento y hacer que esos hijos sean a su vez hombres en el más breve espacio posible. La educación habrá de ser fundamentalmente responsabilista, inculcándole al hijo por encima de todas las otras enseñanzas ese sentido de conciencia que les ha faltado a tantos padres de hoy, y que ellos deberán adquirir. La reforma pedagógica facilitará esta labor. La propuesta de esta disolución familiar es un hecho y, como tal, innegable. Por ello la familia del porvenir, para los que ansían su subsistencia, será una mayor perfección de esta situación que hoy se conserva en los países más

avanzados. Y esta situación es la que hemos pintado, de absoluta independencia. Hay muchos seres que necesitan de la subsistencia de vínculo familiar, porque éste les es útil. El obrero que conserve su madre, inútil ya para el trabajo, no deberá abandonarla por ninguna mujer, sea ésta cual fuere. Por el contrario, su deber está ahora junto a la madre. Ella satisface su egoísmo y sus más ocultos sentimientos. Ella es al propio tiempo solución a los problemas físicos y económicos del hijo. Este puede tener su mujer fuera, en otro hogar, en que los dos trabajen. Lo esencial es que en estos saltos que el mundo da tan maravillosamente, las calles se pueblen de escuelas, verdaderas escuelas libres e independientes, pero indispensables; escuelas en las que los niños no aprendan a rezar, sino a luchar; escuelas en las que no reciten de memoria, sino que jueguen, jueguen mucho y se adiestren en sus juegos. «Enseñar deleitando» era la máxima de pegagogos y literatos muy clásicos en España. Enseñar jugando será la de la pedagogía moderna. Ante una pedagogía así, el obrero, como el burgués, podrá entonces dejar a sus hijos con absoluta confianza, seguros de que en aquel hogar colectivo y socializado de la escuela hallarán esos hijos tanta ternura y más preparación, más actividad que en el que ellos, incapacitados, ya podrían formar.

DESAPARICIÓN DEL HOGAR.—Hasta la desaparición del tradicional hogar, que ya sólo se conserva en los pueblos, la sustitución de la chimenea de las antiguas casonas de la ciudad por los radiadores, las estufas portátiles, indica que el hombre, como la mujer, no necesitan ya preocuparse de alimentar y encender ese fuego sagrado del ho-

EL PROBLEMA SEXUAL

gar; que si acaso lo único útil sería, y de hecho es, solamente el procurar que al llegar a la casa una simple vuelta a la llave llene ya de calor la habitación; que un enchufe concentre ese calor en un punto determinado: en los pies, en el cuerpo todo.

Ya no se necesita de la permanencia de la mujer en la casa. Ahora uno y otro pueden hallar su sustituto en los modernos avances de la electricidad y de la ciencia. El hogar, templo de antaño, al desaparecer no necesita ya de sus sacerdotisas. Pretender hacer subsistir la familia en estas circunstancias no es factible. La familia tal como nosotros la entendíamos hasta aquí. Familia con colaboración de trabajo de los dos, con independencia de movimientos y libertad de acción, sí, mientras haya seres que puedan soportar la convivencia. Seguridad en uno y en otro de que pueden romper el vínculo siempre que la desarmonía o la lucha les invite a ello. Seguridad de que al romperlo no habrá de llevarse él «la llave de la despensa», ni él se verá en la obligación de «tomar una mujer» para la educación de sus hijos. Con esa seguridad, tan sólo el cariño de uno y otro, que ella habrá de aumentar y él habrá de corresponder, si verdaderamente la desea, será el único vínculo que ate o desate. Más felices serán para estos seres cinco años de pacífica y armoniosa unión que veinte de desarmonías y despegos. La felicidad no se cuenta por horas, por años, sino por instantes, y en un instante puede caber toda la Eternidad. La dicha, el placer mismo, pueden caber en unos años, en meses de convivencia. Los regímenes de disgustos y reyertas están en esa máxima de que el vínculo contraído es ya perpetuo y que sólo la muerte es capaz de romperlo. No es verdad que los hombres se resignen con su suerte.

Muchos la ven alejarse apenas transcurrida la primera ilusión, cuando se mira hacia el porvenir y se ve siempre sujeto por aquel lazo que él en un arrebato se ha echado encima.

Que sepa al menos, para tranquilidad suya, que aquello puede cesar cuando él quiera y porque él quiera; que tenga el recelo de que aquello puede también cesar cuando ella quiera y porque ella quiera. Que tenga el estímulo de conservarlo y la seguridad y garantía de que podrá al mismo tiempo romperlo. Entre estos dos extremos está el supremo equilibrio, del que depende la felicidad que es dable en este mundo. Permanecer en el fiel es arte difícil; pero es la suprema enseñanza que todo hombre que quiera prepararse para la evolución del futuro debe aprender.

LA SUPERVIVENCIA DEL Matriarcado.—Una de las más modernas sugerencias revolucionarias es la de suponer la supervivencia del matriarcado. Por ello, aunque parecieran un tanto fuera de lugar estas disquisiciones anteriores, primariamente de etnología, yo he querido indicar lo que representa el matriarcado en la antigüedad. Aquí se establece el fundamento de que la madre habrá de ser la que tenga más veces legítimo derecho al hijo y a su absoluta propiedad y disposición; que a ella le habrá de tocar el disponer de su educación futura, y que ella habrá de ser también la que disponga de toda su evolución y su cultura. Ello presupone, por consiguiente, que al propio tiempo con ella sea con quien conviva en su futuro. Y aunque ello parece ser una reivindicación del feminismo, lo cierto es que en un futuro el código, aunque amparando estos derechos, innegables, de la madre, porque es ella quien más puso con su do-

EL PROBLEMA SEXUAL

lor y su preocupación por el hijo que ha venido al mundo, deberá dejar a la libre elección de los dos este extremo tan trascendental.

LOS DERECHOS DEL AMOR.—A mi juicio parten de un error fundamental, y es el de suponer el niño objeto de propiedad. El niño es un ser con tanto derecho a ser libre e independiente como ellos, y hoy, en que nos preocupamos, para garantizar su felicidad, de que los dos cónyuges puedan recobrar esa independencia, no debemos olvidar en la campaña los derechos del niño, sus derechos a una independencia. Que cada uno de ellos, según su afición, según sus ocupaciones, según sus deseos, lleve o no consigo al hijo. La moderna pedagogía suplirá la labor activa del padre que de él se encarga, y que será tan sólo meramente tutelar. Las relaciones entre los cónyuges habrán de romperse en un futuro entre la buena armonía de la amistad. Ninguno de los dos podrá olvidar; es más, recordará con gratitud los momentos de placer que el otro le ha proporcionado, y en estos casos estarán más capacitados de discutir sobre el porvenir de sus hijos que cuando, furiosos ante cualquiera de los motivos graves que actualmente, por una exacerbación de los ya contenidos disgustos, suelen dar lugar a las separaciones. Pedro de Répide en su obra «La Rusia de ahora» recuerda como corriente el caso de una mujer, destacado elemento del comunismo ruso, que necesitando marchar en un viaje recibió la cooperación para él, en la labor material de encauzamiento, de cuidado de su ropa, de su comida, de sus billetes, no sólo de su marido actual, sino de aquél de quien se había divorciado, y que con ella seguía manteniendo una buena amistad. Y él citaba el curioso

so hecho para una mente europea, y más española, y se preguntaba cómo sería recibida esta comunidad por los maridos españoles y por las mujercitas nuestras. Cómo unos y otras se explicarían esa supervivencia de esta amistad al través de los hechos de un divorcio, que aquí supondrían tan brusco y violento. La familia matriarcal es, desde luego, una legítima aspiración feminista. La madre decidiría, en los más de los casos, del porvenir de sus hijos. Pero cuando no lo hiciese así, nada de reprobable sería su conducta. Mucho más felices serían aquellos hijos junto a un padre que se preocupase por ellos y que se interesase por su porvenir que junto a una madre que no sintiese estas preocupaciones y que no tuviese despertada su conciencia hasta el punto de comprender que si su instinto no bastaba para atraerlo, su sentido de responsabilidad contraída debería ser lo suficientemente claro para no hacerla dudar ante el cumplimiento de su deber.

LA DESAPARICIÓN FAMILIAR.—Lo único que nosotros podemos afirmar hoy es que, con matriarcal o con independencia, la familia, tal como está organizada, no se continúa ni subsiste; que en el presente esta familia está sufriendo una crisis enorme; que los factores trascendentales de la economía y de la política contribuyen a ella; que para el hombre la familia sigue siendo tan aburrida como siempre, y para la mujer empieza a serlo. Y que como nosotras las mujeres somos más impacientes que los hombres, y por consiguiente más violentas, no toleraremos, como él, con resignación o con la protesta del escándalo, los hechos consumados, que bien pronto habremos de sacudir el yugo de esa oprobiosa institución familiar, y que al hacer-

EL PROBLEMA SEXUAL

lo, nosotras haremos en unos años más por la redención definitiva del hombre que aquélla con sus códigos y sus pseudolegisaciones.

La familia desaparece ya del continente civilizado tomada como reunión de individuos unidos por el vínculo de la sangre en torno al hogar. Las circunstancias la redujeron ya al matrimonio con su prole. Aquellas viejas familias de hermanos, sobrinos, tíos, primos y todos los parientes, agrupados en un mismo hogar, ya no existen. Hoy todos los hombres o mujeres, indistintamente, tienen que buscar el sustento y el triunfo dondequiera lo hallen, dentro o fuera de su patria; desde luego, fuera del hogar, que ya no basta para todos. Las nuevas necesidades, la formación de nuevos hogares, la actividad de esta vida moderna, contribuyeron a deshacer esos aledaños de la familia tradicional, que no es otra que el matrimonio. Este sufre hoy una crisis intensísima y profunda. El matrimonio no subsiste ya en las demás naciones en su forma primitiva. En la que menos se implantó el divorcio; en la que más se llega a la libertad en el amor. Y entre estos dos extremos, toda una variadísima gama de afectos, de gradaciones. Pero el matrimonio tradicional ya no existe. Y como hoy familia es casi exclusivamente matrimonio, también en la familia, desde la separación mutua, la división de los hijos, la tesis matrilineal, no son más que gradaciones que mantendrán en el futuro la nueva organización familiar, más libre y más independiente. Antes, el hombre sin la familia no era nada. Recordemos que los estudiantes que iban a estudiar a Bolonia, la única Universidad que había antaño, y que no eran como ahora muchachuelos, sino hombres sesudos y ansiosos de saber, llevaban consigo su mujer, sus

hijos y su hogar. Hoy el hombre sin la familia puede serlo todo. Independientemente de ella, en su «bachelor home», en casas fortuitas, que el cariño o la ilusión hagan forjar en torno a otras tantas mujeres; en el restaurant, en el círculo, en la tertulia, halla el hombre actual el sustituto más práctico del hogar tradicional. Hoy, en que la mujer empieza, por su mayor preparación, a poder ser la compañera del hombre en su conversación y en su trato, ya no basta ni puede ser útil el hogar para esta comunidad más íntima, pero al mismo tiempo más espiritual. Hoy el hombre charlará con la mujer en la calle, en la tertulia, en el club; hoy el hombre se vanagloriará de tener una mujer inteligente y destacada, como la mujer de tener un hombre de valer y conocido en la política o en la ciencia de su país. La familia en torno al hogar no subsiste hoy más que para los menesteres físicos del matrimonio, ya exista éste, ya desaparezca. Dondequiera que las condiciones físicas del terreno, de la educación, de la situación, aconsejen la subsistencia familiar, el hombre habrá de procurar que lo mismo él que la mujer puedan estar dispuestos, para si la desarmonía surge, poder vivir independientemente. Lo que se necesita, lo que es indispensable, la única adquisición que el hombre de todos los países tiene que lograr, es el poder ser independiente y manejarse con independencia económica. Cuando obtenga ésta total o parcialmente, esta revolución familiar le será muy fácil. Por eso la revolución en este aspecto la empezarán haciendo los que puedan vivir en las ciudades, y de entre ellos los que viven del producto, más o menos directo, de su inteligencia. A los últimos a quienes llegue será a los obreros del campo, porque para lograr esta

EL PROBLEMA SEXUAL

independencia ellos necesitan de una revolución que les ponga en condiciones de vivir una vida suya y que les deje en situación de gozar libremente del amor y de recibir las ventajas de esa libertad de la ciudad. Hoy, en que los campesinos rusos disfrutan ya de ello en estas ventajas, vosotros los campesinos españoles habréis de disponeros para un futuro. La obra revolucionaria de las instituciones va a saltos. También la obra revolucionaria de la economía, maestro Ortega y Gasset, avanza bruscamente. Lo indispensable es que uno y otra os cojan preparados; por lo menos, ansiosos de recoger sus frutos. Lograd esto, y lo demás se os dará por añadidura.

CAPITULO IV

Las lacras sociales. Triste herencia.

«Es escalofriante ese espectáculo de los barrios pobres de las grandes urbes y de las cuevas de las aldeas; ese hacinamiento inhumano de criaturas depauperadas, enfermizas, escrofulosas y raquícticas, colgando de pechos tuberculosos; ese espectáculo del campo y del taller, viendo en ambos a criaturas de diez y doce años arrancadas de la escuela porque en sus hogares hace falta pan.»

EMILIO PALOMO.

GENERALIDADES.—Nunca tan difícil como ahora hacer una breve introducción. En este admirable cuadro: «Triste herencia», de Sorolla, hay algo, muy poco, de todo lo que es una generación humana de individuos que presentan las más complicadas gradaciones del vicio en su propia naturaleza. Desde los que supuran al exterior, causando repulsión invencible, hasta los que sólo presentan su cabeza deforme, su «pecho de pichón», como fórmulas palpables de su degeneración hereditaria, de todo cuenta la Humanidad. Multiplicad

los ejemplares del cuadro por 1.000, por 10.000, por 100.000. ¿A tantos llega...? A muchos más. La Humanidad en su inconsciencia va abandonando, sin cortar definitivamente, todas esas repugnantes erupciones de su naturaleza. Y ellas han venido a formar un compacto costrón. Hombres todos. Yo no os pido más que reflexionéis sobre estos hechos, sobre la licitud y la justicia de estos hechos. Hasta los inventores son repudiados cuando sus inventos no sirven para acelerar la muerte de los hombres, poniéndolos al servicio de la guerra. Sin embargo, en todos ellos hay también una finalidad utilitaria y grandiosa en tiempo de paz. Vosotros, los más sagrados y excelentes inventores, creadores de la naturaleza humana a vuestra imagen y semejanza, no debéis labrar desgracia, miseria y dolor. Tenéis la obligación de procurar alegrías, perfecciones y bellezas. Todos tienen necesidad de que se les recuerde constantemente su error y la necesidad de remediarlo, evitando sobre todo la procreación. Esa procreación de tarados, de idiotas, de ineptos, de impotentes, de homosexuales, de locos... Por vergüenza de sus propias vergüenzas, para las que toda disculpa es poca; por sacrificio frente a esos seres que echan al mundo piltrafas de la sociedad, escorias de la humana naturaleza.

Por aquello que más os commueva, egoísmo o sacrificio, amor propio o abnegación. Pero evitad a la especie humana el doloroso espectáculo de esas generaciones de seres, cargados de lacras, de pus y de miseria. Evitadlo...

Por una razón de ética, por una razón de estética, por moral y por belleza, no traigáis al mundo hijos que habrán de ser vuestra constante pesadilla y que habrán de pesar como lastre insostenible para el humano ascenso. La Humanidad

EL PROBLEMA SEXUAL

va hacia el progreso, y para ello no puede desear enfermedad, sino salud. Nunca degenerados, sino superhombres. Que sean las concepciones humanas canto a la vida y a la belleza, nunca a la muerte o a la fealdad. Piedad para las víctimas presentes. Justicia, con toda su dureza y su rigidez, para los causantes de ellas.

UNO DE LOS MÁS HONDOS PROBLEMAS SOCIALES.
LA LOCURA.—Es muy difícil el definir desde un principio la locura. Lo más útil es formarse un tanto de idea sobre los varios aspectos que puede presentar para dar una definición que esté de acuerdo con todas estas formas y las comprenda a todas. La primera consecuencia que sacamos es la necesidad de diferenciar las locuras en Endógenas y en Exógenas. Se derivan del griego, las primeras del término *endo*, que quiere decir de dentro del yo, y *genas*, engendradas, y las segundas del prefijo griego *exo*, que quiere decir fuera.

Para poder explicar estas dos clases de locuras hemos de hacer ver que en todo individuo existe un campo de predisposición personal, cuyo objeto es totalmente diferencial, y una semilla o causa venida del exterior.

Pues bien; en las locuras que llevan el nombre de endógenas, predisposición, esto es, el aspecto interno predomina; tal el caso del alcoholismo y de la sífilis. Y en las exógenas predomina la semilla, lo fortuito, lo venido de fuera, como emociones fuertes.

Lo primero que se advierte en el individuo, en cuanto a la idea de su predisposición, es una cierta constitución mental psicopática, esto es, el modo de reaccionar ante una influencia externa, reac-

ción que puede producirse de un modo normal o anormal.

EL TIPO ESQUIZOFRÉNICO.—Un caso característico de esta constitución mental de índole psicopática es el del esquizofrénico, que es el tipo del hombre que desde niño se cierra al exterior, eludiendo toda vida externa, todo posible contacto con el medio ambiente, y limitándose a una vida interna muy amplia. Este individuo es ese tipo de extravagante que el vulgo suele denominar en las más de las ocasiones «incoherente». Es ese tipo que tan abstraído se halla que suelta una carcajada en una escena dramática. Hombre tímido, rehuye el contacto con el exterior, y aun la lucha por la existencia. Esto es lo que constituye el tipo de una constitución mental esquizoide, ya que éste, aun desde muy niño sueña con un mundo o una vida irreal. Tal es el caso de Don Quijote, nuestro viejo y siempre nuevo idealista español.

Ahora bien; este tipo de constitución mental es fácilmente evitable, teniendo el debido cuidado de poner al niño o al joven a un régimen profiláctico útil para llegar a su curación. Primera lacra social, dolorosa como tal, que para la sociedad queda impune. El padre no ha vacilado en engendrar a este ser, que habrá de vivir tan sólo para sí, en un mundo quimérico, imposibilitándole de descender a las realidades de éste ni de estar en condiciones de continuar esta lucha por subsistir, que no otra cosa es el humano vivir.

EL TIPO PARANOICO.—Más adelante trataremos con más amplitud de la paranoia, una de las enfermedades mentales más graves, y al propio tiempo más extendidas. Es este tipo, el que se caracteriza

EL PROBLEMA SEXUAL

por el llamado delirio de persecución. Todos vosotros conoceréis, seguramente, ese tipo de hombre chiflado, extravagante, que aparece como extraño a los ojos de sus conciudadanos, del hombre aparentemente anormal; pero que tolerado por todos, convive con ellos y hasta en algunos momentos se llega a no dudar de la normalidad. Sin embargo, la gravedad de este tipo es de las más profundas. Se recuerda en los Manuales de Psiquiatría el caso de un maquinista víctima de esta enfermedad, quien conduciendo un tren oprimió de tal modo el acelerador, que aquél fué a estrellarse por no ver el paso a nivel en su loca carrera. El maquinista resultó muerto. Cuando se incoó expediente sobre este punto, los compañeros manifestaron que el maquinista era un hombre cuya fama era de chiflado y extravagante. Una investigación de los hechos y del carácter del muerto, de lo que se encargaron afamados psiquiatras, dió por resultado la convicción de que el maquinista era un paralítico general, carácter del que ya hablaremos, de inminente gravedad. El paranoico empieza el descenso por el mal, desde que empieza, con un ilimitado orgullo, un recelo y una conciencia de su propia debilidad que pretende disimular a toda costa.

Esta constitución paranoica, bien estudiada y analizada, habrá de ser de gran utilidad en la selección que habrá de realizarse en un futuro. Así, si a un individuo dotado de esta constitución mental psicopática se le da una profesión en que tiene que luchar con superiores e inferiores, llegará invariablemente a volverse loco furioso. Si, por el contrario, se le aleja, proporcionándole un ambiente reposado, tranquilo, de igualdad, en que no se vea obligado a tener altercados ni a obedecer ór-

denes, en que esté vigilado indirectamente, irá debilitándose poco a poco esa su constitución paranoide, que sólo surgirá de nuevo por cualquier causa externa, como unos amores contrariados, etc.

Obreros todos: ¿no habéis visto entre vuestros compañeros esos pendencieros, matones, insoportables, causa de vuestra desgracia y que van labrándose la suya propia?... Ved en ellos las víctimas de la ceguera de sus padres. Pensad vosotros en ello, figuraos a vuestros hijos, en un futuro, en esa pendiente que sólo conduce al presidio o a la muerte. Ved la desgracia de tantas familias, el dolor de tantos seres, la amargura de madres, y hermanas, y novias, y esposas ¡Y todo ello por un pequeño momento de placer!...

UN ERROR.—Y no se crea, como algunos han enunciado, que la locura se adquiere porque sólo el individuo se proponga volverse loco. Según el que intenta coger una enfermedad y pone los medios para lograrlo, obtiene al fin su propósito, el ser loco no lo logran más que en mayor o menor grado, que no es loco el que va a encerrarse a un manicomio, y hay muchos, muchísimos locos entre todos nosotros, que tienen predisposición para ello. Por ejemplo, en las guerras, al estallar los obuses, de veinte soldados que los rodeaban, quince presentaban síntomas de ataques nerviosos, mientras cinco permanecían íntegros corporal y moralmente. En ocasiones, todos hemos conocido los casos de personas perseguidas por una racha de desgracias que a un predispuesto le occasionarían debidamente la locura, y que a ellas, y no es que no la sientan en toda su intensidad, no alteran lo más mínimo su plena capacidad moral. En cambio, hay muchísimas personas que, repu-

EL PROBLEMA SEXUAL

tadas como normales, sufren con extraordinaria frecuencia verdaderos ataques nerviosos, simples manifestaciones de una predisposición para la locura cada vez más próxima a convertirse en realidad.

LA PREDISPOSICIÓN.—Puede ser de dos clases: hereditaria y adquirida. La predisposición no se transmite, como se transmite la locura. Sino que se transmite al nuevo ser, dotando a su naturaleza de paz, menor resistencia, de una mayor posibilidad de ser vencido.

Vosotros recordaréis que aquellos que tienen el corazón débil y la sangre floja no resisten la primera pulmonía, y que hay otros individuos, fuertes y resistentes, que pasan por tres y más pulmonías sin resentirse. En el primer caso están los predisponentes para la locura. En la antigua Mitolología había un héroe, Aquiles, que para conseguir el ser invulnerable a los golpes se había bañado en una fuente especial, y no advirtió que una hoja le había cubierto su talón, con lo que éste no recibió los beneficios de aquel baño que había de ser su salvaguardia, y de este modo desde entonces el talón de Aquiles sería el blanco al que apuntaban sus enemigos, y él fué en definitiva la causa de su muerte. En todos los castillos, las construcciones o las barricadas existe un punto flojo, un punto débil, del que se valen los enemigos para redoblar ante él el ataque.

LA HERENCIA.—Puede ser transmitida por los padres, herencia ancestral, esto es, de toda la raza o de los antepasados. Esta es la más importante. Cuando el padre contrae la «lues» y la transmite a su hijo, éste puede, con la educación recibida, debilitar esta influencia, aunque siempre sufrirá

sus efectos, pero la transmitirá a su vez a la segunda, a la tercera, a la cuarta generación, y la herencia se habrá transformado en ancestral o atávica y ya no podremos arrancarla. Por el contrario, en las locuras que son exógenas, esto es, en las que influye más la procedencia exterior, el factor que es más de apreciar es asimismo de índole externa, y es el ambiente, cuyo peso en la vida infantil con respecto de la herencia es muy discutido.

TRASTORNOS DURANTE EL EMBARAZO.—No tratamos aquí exclusivamente de los trastornos que lógicamente produce, sino de cualquier emoción o influencia extraña. Lo esencial para evitar tantas y tantas anormalidades infantiles es cuidar de la embarazada, evitar que la obrera trabaje casi desde los primeros meses del embarazo, y evitar asimismo el que la señorita acuda a bailes, a toda aquella actividad, en fin, que antes tenía por costumbre. Entonces las emociones, los cambios de temperatura, el ejercicio de los deportes, en los primeros meses, causan después gravísimos trastornos a las criaturas.

La influencia del ambiente sobre el espíritu de la embarazada es por demás grande. Las guerras, las revoluciones, los años de hambre, de carestía, de peste, de sobresaltos, dan lugar a un tanto por ciento elevadísimo de niños anormales. Respecto a la profilaxis que habrá de seguirse en estos casos, en que no se trata realmente de locos, sino de la influencia del medio en que fueron engendrados, ha sólido emplearse hasta la fecha asilos-reformatorios, aunque en el extranjero, particularmente en Bélgica y Francia, se tiende últimamente a sustituir estos métodos por otros de transportar al niño de aquella familia propia, cuyo ambien-

EL PROBLEMA SEXUAL

te no es el adecuado para su desarrollo, a otra de cuyas condiciones psicológicas y morales se tiene conocimiento y se sabe que responden a aquel espíritu infantil, pues para el niño es tan indispensable el hogar y su influencia ambiental como el más complicado plan terapéutico. El niño se amolda con mayor facilidad al nuevo hogar y se van adormeciendo los viciosos gérmenes heredados que aporta en su naturaleza. Es de advertir que esto, en Bélgica a lo menos, se lleva a la práctica, no tan sólo con los niños, sino con los adultos locos, a los que se les hace entrar en casas de huéspedes de ciertas familias, y se les proporciona trabajo en el campo o en aquel punto más cercano a su hogar, donde pueda ser fácilmente vigilado, sin que se dé cuenta de su vigilancia. Este régimen es mucho más natural que el ficticio de sanatorios o reformatorios, aunque hasta ahora no se pueden conocer con certeza estadística los resultados. Recordemos nosotros que en las Casas de Fieras se suele rodear a los animales, en todo lo posible, de aquel ambiente que les haga creer que siguen hallándose en su elemento, aunque en realidad vivan en el centro de una populosa ciudad.

LA SEMILLA.—Después de la predisposición y la herencia, el tercer elemento que interviene en la locura y, en general, en toda degeneración o lacra de la sociedad, es la semilla. En ella hay que analizar tres partes: traumatismos físicos, traumatismos tóxicos y traumatismos morales. Los primeros obedecen a una emoción fuerte, como las guerras. Los segundos son intoxicaciones producidas por enfermedades infecciosas, como sífilis, alcoholismo. Y son los psíquicos aquellos que obedecen a las lecturas, noticias, disgustos, alegrías, etc.

Vosotros seguramente recordaréis aquellas novelas de la etapa romántica, novelas que se han perpetuado en las «por entregas», en que la protagonista, con la lectura de una carta definitiva, se «soltaba el pelo» y, según figuraba en la leyenda, «se volvía loca». Esto hoy no puede ser más que una ilusión. La otra frase, también muy usual, de «enloquecimiento de amor», no tiene asimismo la menor realidad. Sólo enloquece de amor quien ya está predisposto a amar locamente, esto es, a enloquecer.

FACTORES: EDAD.—Hay factores esenciales para la locura y que debemos tener especial interés en destacar. Son éstos, en primer término, la edad. La locura surge en estos casos por un conflicto sexual. La época adolescente, sus múltiples vacilaciones, son estimados por muchos pseudomoralistas mal orientados como vicios y como aberraciones, cuando son simplemente facetas de una curiosidad. De aquí la importancia, tantas veces repetida, de la necesidad de una iniciación sexual cuidadosa y ordenada. El joven, en su curiosidad, descubre cosas que debiera ignorar, y a la vez, extrañado por el cambio que en él se opera en cuanto a su apariencia, a su yo, etc., se deja llevar de esa curiosidad y no logra satisfacer plenamente su deseo. En esta edad, el que tiene una complejión mental esquizoide, por ejemplo, se asusta ante la magnitud de estos problemas y de ahí surge una forma muy típica de locura.

La segunda etapa trascendental, dentro de todo el complejo de la edad, es la madurez. En ésta lo que se manifiesta es por medio siempre de la llamada parálisis general, enfermedad que ataca de los treinta y cinco a los cuarenta años y que surge cuando se tiene una base de sífilis y además una

EL PROBLEMA SEXUAL

vida activísima de placeres. Así la denominan los psiquiatras, ya que es la sífilis abandonada y de poca importancia inicial, y un escritor francés ha dicho que «la parálisis general es un producto de la sífilis y de la civilización».

Nosotros no podemos más que limitarnos a afirmar aquí el hecho de que psicólogos y médicos recurren al número de atacados de parálisis general para medir el nivel intelectual de su país. En la vejez, las únicas locuras que surgen se reúnen bajo el denominador común de demencias seniles.

EL SEXO. SU INFLUENCIA EN LA DEFINICIÓN DE LA LOCURA.—Se nota por las estadísticas que son más los hombres que las mujeres quienes se ven atacados de locura; pero hay que tener en cuenta para su descargo que el alcoholismo y la sífilis, dos de las enfermedades que dan más contingente en el hombre, no se dan con tanta frecuencia en las mujeres. Por consiguiente, la parálisis general es casi exclusiva de los hombres. En cambio, en las mujeres, cuando desaparece el período, surgen muchas locuras y enfermedades, como la llamada «melancolía de evolución», y otras causadas por la influencia que produce en el organismo la pérdida de la capacidad fecundativa. Es de advertir, como consecuencia, que se perciben en las mujeres muchos más casos de locura pura que en los hombres.

EL ESTADO.—En cuanto a este factor, resulta curioso indicar como detalle pintoresco que son más los locos solteros que los casados, pero que particularmente los que dan más contingente a la locura son los viudos, y es porque éstos, dice Juarros, y con evidente justicia, «enloquecen en su mayoría de alegría». No debe parecernos esto simple-

mente ironía fácil y pasada de moda. El viudo, después de esa vida monocorde del casado, de ir a la oficina, levantarse pronto, comer, no salir de noche, etc., vida que favorece la aniquilación o el aquietamiento de los gérmenes de locura, si es que se llevaban en el interior, vuelve a hacer una vida de soltero, se entrega a los placeres con mayor efervescencia, y éstos, que casi siempre traen como resultado la locura, en este caso lo logran en un grado máximo.

LA PROFESIÓN.—De acuerdo con ésta, los sabios debieran ser los más locos, puesto que son los más entregados al trabajo. Pero ha quedado comprobado que el trabajo metódico no enloquece. Es solamente el que trabaja y tiene amores, o está entregado a negocios de Bolsa, etc., el que enloquece casi instantáneamente. Resulta incompatible casi en absoluto la vida de sociedad con la vida de trabajo en todo cuanto aquélla no quiera representar otra cosa que la vida que el hombre vulgar puede permitirse. Las profesiones que dan mayor contingente a la locura son la de médico, la de banquero y la de político. Por ello, dice César Juarros con sinceridad, exponiendo su caso personal, que se les critica con mucha frecuencia a los médicos, y, no obstante, no se dan cuenta los que así lo hacen de que cada caso clínico que se nos presenta es para nosotros un conflicto material en cuanto a su resolución y moral, en cuanto a las condiciones especiales en que se nos muestra cada paciente; no saben que en ellos exponemos nuestro amor propio y el futuro de nuestro nombre; no saben que nos vemos obligados a estar al corriente de todas las novedades, que acaso no nos sirven ya mañana; que estudiamos cosas que hoy son ciertas y que

EL PROBLEMA SEXUAL

no lo son mañana; que la constitución de cada individuo es puramente personal, y que si se nos presenta un caso de pulmonía, no podremos hacer nada por él si aquel individuo tiene el corazón enfermo y la enfermedad de esta víscera es también un obstáculo para cualquier operación, etc.

En realidad, la profesión más tranquila, desde un criterio intelectual, es la del sabio, calculador y matemático, pues éste, si acaso llega a sentir los estragos de la locura, no pasa de ser uno de esos sabios chiflados que padecen manías de vanidad o de entusiasmo por su obra, que se reducen a aquella actividad, pero que no perjudican a nadie.

Uno de los problemas más importantes de actualidad se refiere, como relación a esto, a la elección social de las gentes destinadas a oficios emocionantes. Son un ejemplo de ello los que se presentan en muchas naciones como voluntarios para el ejército en los cuerpos de choque. De éstos, una gran mayoría son perturbados, cuya integridad mental está horriblemente vulnerada. Esto se ha observado durante muchos años en Francia, y por ello a todos los voluntarios para el ejército se les exige hoy un certificado de integridad mental. No se guardan estos requisitos, por ejemplo, en la legión, pero se pretende hacerlo extensivo asimismo a ésta. Estos perturbados que ansían la muerte, que carecen de impulso propio, necesitando de la fuerza colectiva del «frente», abundan entre nosotros en todas las naciones, y hemos de atenier a corregirlos.

EL PROBLEMA DEL CONTAGIO.—Se dice, y así lo afirma un refrán popular sobre el contagio de la locura, que «el que entre locos anda, loco se vuelve», pero es un refrán que no se comprueba en la

práctica. Un ejemplo claro lo tenemos en las monjas de la Caridad que atienden los manicomios y que llevan veinte o treinta años al servicio de esa su profesión sin salir casi nunca, pues sólo alguna lo hace cada diez días, y que, sin embargo, se conservan absolutamente normales. Ello no niega que haya habido casos de monjas que hayan tenido que pasar en su vejez a ocupar una celda de las reclusas a quienes han atendido, pero es porque contaban con la temible predisposición.

Podemos extraer de todo esto la consecuencia de que para contraer la locura es indispensable estar predispuesto para ella, y que todos, constantemente emborrachándose en los falsos placeres del burdel, contribuyen a que sus hijos cayan a engrosar el número de estos locos, víctimas de la injusticia humana que no ha convencido a los padres de su error, víctimas inconscientes de esos padres que posponen toda la felicidad futura de los hijos, la más sagrada, a unos momentos de felicidad insensata. Desgraciados ellos. Pero más desgraciados sus hijos.

EL SEXO Y LA LOCURA.—Muy pocas veces han llegado psicólogos, médicos o moralistas, a comprender dónde empezaba y dónde terminaba la verdadera relación entre el sexo y la locura. Afortunada o desgraciadamente para el sentir popular, el celibato era con frecuencia una de las causas que más contribuían a la locura. Pues Pino, Georget, Millingen y algunos otros viejos psiquiatras, todavía retrasados con respecto a los modernos horizontes de la ciencia, no vacilaron entonces en afirmar que «hace aumentar el número de lunáticos». Pinel, que dedicó nada menos que un tratado estudiando desde el punto de vista médico y del filosófico la

EL PROBLEMA SEXUAL

enajenación mental, manifestó que «el matrimonio, para la mujer, era un a modo de preservativo contra las dos especies de enajenación más inveteradas y más incurables frecuentemente».

Para ello hay algunos más explícitos, como Millingen, que se dedicó a recopilar algunos «aforismos» o sentencias extraídas de la experiencia sobre el tratamiento y dirección de los locos para hacer resaltar los errores del sistema presente. En su estudio, que data ya de 1840, se enumeran como causas:

- 1.º Orgullo.
- 2.º Miedo.
- 3.º Terror.
- 4.º Ambición.
- 5.º Pérdida de bienes.
- 6.º Preocupaciones domésticas.

Tan sólo en esta última puede intervenir el sexo. Destaquemos el caso curioso de que ni una vez se supone que la actuación hereditaria, la influencia del medio, de la educación, puedan hacer trastornar la mente humana. El sexo para con la locura guardaba, según ellos, una reacción meramente secundaria o indirecta. Y, sin embargo, ellos no habrían aprendido aún la suprema lección de que todas aquellas desviaciones materiales y morales que ellos conocían o ignoraban, pero desde luego identificaban ante la ciencia, no tenían más que una causa común, que era la sexual. Particularmente en la iniciación de los jóvenes de los dos sexos, los padres, o simplemente los observadores inteligentes, habrán percibido cómo los muchachos estarán en muchas ocasiones bordeando la locura en sus propias inquisitivas preocupaciones. Ampliemos éstas, llevémoslas a la realidad, hagámoslas chocar con la naturaleza de aquellos que son sus vícti-

mas, y nada habrá de extrañarnos que uno tras otro vayan a engrosar los manicomios tantos y tantos seres, como víctimas del alcohol, de la sífilis, de la epilepsia de sus padres: pagan en sí mismos culpas ajenas, e ignoran, con la causa de estas últimas, el valor de sacrificarse, evitando que el contagio se prolongue en perjuicio de la Humanidad, de la que forman parte.

EL AUMENTO DE LA LOCURA.—Los problemas sexuales se van complicando de tal modo, que son ellos los que por el falso misterio que les rodea, por esa estúpida aureola que los envuelve, contribuyen en los últimos tiempos a aumentar el número de enfermos de dolencias mentales aquejados de ellas. Incluimos aquí como una prueba verídica y sincera la estadística que sobre la situación de estos problemas en los Estados Unidos señala en un estudio, *El sexo y la locura*, el formidable psicólogo J. Blake Eggen:

Año	Número	Por 100.000	Número	Número
1850	15.610	67,3	b (1)	b
1860	24.942	76,5	b	b
1870	37.432	97,1	b	b
1880	91.959	183,3	40.942	51.017
1890	106.485	170,0	74.088	32.457
1904	150.151	183,6	150.151	C (2)
1910	187.791	204,2	187.791	C
1923	287.617	245,0	287.617	C

(1) La *b* es la letra que designa la cifra, aunque no especificando el número porque no se incluye.

(2) La *C* quiere decir que no se ha calculado el número de locos no internados.

EL PROBLEMA SEXUAL

En otro curiosísimo cuadro estadístico sobre este mismo problema se presenta el detalle, desde luego muy digno de tener en cuenta, de que disminuye el número de personas normales por cada loco, desde un promedio de 536 en 1859 hasta el de 259 en 1914.

¿No resulta aterradora la perspectiva? ¿No es absolutamente indispensable poner remedio y coto a estos males? El aumento de la locura es un síntoma inevitable de la degeneración racial. Lograr una generación de hombres sanos y capaces debe ser ahora nuestro mayor orgullo. Poder presentar al mundo entero un plantel de jóvenes hechos y sin taras materiales ni morales, «futuros constructores de los pueblos». Laboremos, cada uno dentro de nuestros medios, por cooperar a esa obra de colaboración universal.

LA HISTERIA. — Enfermedad descubierta por las modernas tendencias psicológicas y tan pronto como descubierta caída en ridículo ante las gentes por el abuso que de su nombre se hizo, es ella, sin embargo, toda una moderna adquisición de la ciencia y un hecho de indiscutible realidad en el mundo patológico. Empezaron los estudios sobre esta rama Breuer y Freud, quienes en 1895 iniciaron y reunieron con el título de *Estudios sobre la histeria* unos cuantos ensayos maravillosos sobre este tema, hasta aquí inexplorado y olvidado. Las únicas causas a que obedece la histeria son desviaciones o malas interpretaciones de la conducta sexual, y que sus efectos se traducen en desprenderse de la conciencia aquellas ideas de un matiz emocional, en pugna con la «propiedad», el «deber» o la «moral».

Freud expuso la teoría de que la causa de la «neurosis histérica», que dura toda la vida, estriba

en las experiencias sexuales de la primera infancia. Hay muchas neurosis dentro del tipo común de histeria, como las neurosis de ansiedad, que reconocen por única causa, según Jones, en su *Tratamiento de la neurosis*, «la tensión sexual no aplacada, hecho confirmado por cualquiera que haya investigado seriamente los hechos». De la histeria de ansiedad, otro tipo es la manifestación de deseos sexuales reprimidos que se asocian con una idea, engendrando los temores morbosos a que ésta llegue. La «neurastenia», tan empleada, es una «neurosis de fatiga primaria», con masturbación. «Todos estos tipos, según nos prueba Freud, después demuestran que la forma de la enfermedad, o sea la neurastenia, o la neurosis de ansiedad, muestran una constante relación con la forma del delito sexual».

Freud extrae de ello la consecuencia que debemos tener siempre muy en cuenta: en una *vita sexualis*—vida sexual—normal, no hay neurosis posible.

Veamos, pues, frente a tantos casos de degeneración posible hereditaria, que la vida se encarga de mostrarnos continuamente este otro caso a que puede conducir una educación deficiente y perjudicial del instinto sexual. La represión de éste, a que se obliga en determinados lugares de religiosos, hace que con frecuencia los colegiales y las *novicias* se vean atacados de una especie de locura, en casos rebelde, en otros casos pacífica, y que no es más que esta exaltación desvirtuada. Santa Teresa de Jesús, la gran mística, en realidad la gran sexual, que era víctima de ardores, alucinaciones, ataques, etc., derivados de su propio sexo mal orientado, podemos tomarla como prototipo real, sin misticismo alguno, de esta desviación «histérica».

EL PROBLEMA SEXUAL

de la naturaleza. Aprendamos con ejemplos ajenos y cuidémonos sobre todo de lo más sagrado, de nuestros hijos.

LA PARANOIA. — Aunque las locuras parecen un tanto extrañas a los instintos sexuales, es lo cierto que de la insatisfacción o deficiente orientación de éstos proceden muchos hechos típicos de verdadera locura. Es una forma típica de esta última, que la sociedad no puede tolerar en su más alto grado, teniendo que aislar al que la padece. Los casos leves cambian muy poco a lo largo de los años, del tiempo, y los vemos entre nosotros en esas personas quejumbrosas y susceptibles, incapaces de una labor eficaz y constante, aquejadas de ideas de grandeza y desilusiones de referencia. Estos casos leves de paranoia son de tal naturaleza, que puede mantenerse con ellos una existencia social. Siendo yo estudiante, nos dice Fritz Wells, «tuve un condiscípulo dotado, según él decía, de un mirar terrible, con el cual, de haberlo querido, hubiera podido aniquilar a todos los mortales. Sus compañeros hubimos de desafiarlo a que nos hiciera una demostración de ese poder terrible, y él entonces se colocó los quevedos horizontalmente sobre la nariz y nos dirigió una mirada tremenda. Nosotros rompimos en una carcajada y dimos por ventilado el asunto. Una vez que el muchacho obtuvo el grado en la carrera, se colocó en un lugar público, y generalmente elegía algún cliente débil para hablarle de su misterioso poder y asestarle una mirada exterminadora.»

Probablemente seguirá creyendo en la omnipotencia de su mirada, juzgando que existe una sobreestimación del resto de la personalidad. Absolutamente dominado por el instinto de su locura pa-

H I L D E G A R T

raroica, no podía prestar la menor atención al impulso sexual. La paranoia destruye y aniquila en gran parte el raciocinio del individuo. Si alguna vez éste llega o intenta cumplir su función sexual, no puede hacerlo normalmente, pues habrá de hacer víctima a su compañera de su propia locura, y los hijos que engendre serán fatalmente locos y víctimas de la generación paterna. Desgraciados de los pobres paranoicos, que, llevados de su propia locura, no pueden tener la resistencia material y moral suficientes para orientar su existencia y su conducta. El impulso sexual, que necesita tanto voluntad para regirlo y orientarlo, se desvía con extraordinaria facilidad entre los paranoicos, porque en ellos, dominados por su propia inconsciencia, su deficiente orientación termina con su propia voluntad.

CASOS DE NARCISISMO.—Hay un gran número de neuróticos que debe esta mala orientación de su cerebro a una herencia de una naturaleza defectuosa, que suelen ser, por su relación con los psicopáticos, los que dan mayor contingente hacia estos aspectos realmente dolorosos a que suele llegar el narcisismo. Fritz Wells nos cita muchos casos, de los que extractamos solamente algunos porque son ellos los más trágicos y los que revelan mejor el dominio que lo anormal puede llegar a tener sobre la inteligencia humana cuando ésta, sin culpa por su parte, obedeciendo mandatos de su propio instinto heredado o de una tara fisiológica adquirida, actúa en un sentido ensalzador del «ego» o yo. Más que definiciones técnicas, juzgamos preferible el método de los ejemplos, tan preconizado por Mar-chand en su *Manuel de médecine mentale*.

Veámoslos:

EL PROBLEMA SEXUAL

Un joven se indignaba siempre y mucho, con gran frecuencia, cuando su padre, que padecía del corazón, sufria un ataque. En tales ocasiones buscaba a sus amigos y prorrumpía en protestas acerca de aquella injusticia, como hubiera podido hacerlo a propósito de un recargo en la contribución. «¡Qué va a ser de mí!... ¡Mi padre ha tenido otro ataque!...» Cualquiera pensaría que el joven en cuestión esperaba que le indicasen el modo de devolver la salud a su padre. Pues nada de eso. No había fuerza humana para convencerle de que debía ir a verlo, por más que el enfermo preguntaba ansiosamente por él y estaba deseando que fuese. La lucha que el joven libraba en su interior consistía precisamente en que, de una parte, no quería ir a ver al padre, y de otra, no se sentía con fuerzas para desobedecer el mandato de la sociedad, que dispone que se vaya a ver al padre cuando cae enfermo. No distaba, pues, mucho de pensar que su padre se había puesto enfermo con el propósito liberado de ponerle a él en aquel apuro.

Otra enferma, más avanzada en locura, tuvo que hacer sufrir a una hermana suya que enfermó, y a la que hubo que hacerla la operación de apendicitis, los frutos impertinentes de su perversa naturaleza. La narcisista se quejaba: «¿Por qué Dios me habrá enviado este nuevo dolor?... Estoy segura de que Daisy se va a morir, y no sé lo que va a ser de mí si Daisy se muere.» Caso de sentirse el lector inclinado a creer que se trataba en este caso de un vivo afecto fraternal, debe saber que aquella psicopática, de corazón duro, solía repetirle a su hermana en vísperas de la operación: «Te morirás de fijo. Los médicos dicen siempre que esta operación no es peligrosa. Pero lo es, y mucho. Annie, mi amiga Annie, murió de apendicitis. ¡Es

terrible, chiquilla!...» Y así diciendo rompía en llanto y se estaba una hora entera lamentándose de su desgracia.

Tales son los ejemplos más típicos de ese amor que nos tenemos a nosotros mismos y que el psicoanálisis llama narcisismo. f

UN CURIOSO EJEMPLO DE NARCISISMO SUPERIOR.— Uno de los casos típicos que nos narra Fritz Wells en un estudio sobre el narcisismo es el de un psicótico que algunos años después pudo volver a la vida social, y que se vió inducido por una terrible experiencia, como prisionero de guerra en Siberia, a satisfacer su narcisismo de un modo especialísimo. Proyectó mentalmente una división de cosacos, cuyo comandante era él, y con los que podía operar arbitrariamente como con un poder mágico e invisible. A un regimiento lo destinó a conquistar las muchachas que a él le gustaban, y que eran tanto imaginarias como reales. A otro se le encargó de todo lo referente a la amistad, y a un tercero, de tomar plazas fuertes y adquirir riquezas. A su vuelta a Vladivostok añadió a todo esto un navío —le costaba tan poco— para el transporte de su división de cosacos. Ya en Europa, licenció a sus marinos y él se dedicó a recorrer tierras guerreando, conquistando, venciendo siempre casi sin excepción. Y, sin embargo, él conseguía tener a sus cosacos invisibles a los ojos de los demás. Es cierto que seguía vistiendo uniforme kaki a los diez años de haber terminado la guerra, pero nadie hubiera adivinado su significación oculta. Siempre era más o menos capaz de trabajar. Si se le preguntaba directamente: «Pero, ¿existe de veras esa división de cosacos, o es todo cosa de su imaginación?», eludía la respuesta, como hacen los salvajes cuan-

EL PROBLEMA SEXUAL

do se les pregunta si el animal «totem» es un simple animal símbolo o un ser vivo. Aquel hombre había desmenuzado su personalidad en partes y veía las tales como regimientos, logrando de esta suerte proyectar su narcisismo a un mundo imaginario. A veces, cuando se sentía mejor, había recuperado una parte del mundo exterior, enviaba a su división a un castillo del sur de España «para que descansase».

Por último, al ponerse ya definitivamente mejor, olvidó toda aquella tramoya y no le gustaba que se la recordasen.

EL VALOR DEL PROPIO YO.—Una eficaz orientación del narcisismo inicial puede dar muy eficaces resultados. La conciencia del propio yo, y su importancia en la lucha social, son realmente necesarias para el niño que empieza su vida. El problema del aprecio del yo se une al del aprecio de la vida, al del aprecio del trabajo que se ejecuta, del placer que se logra, a la mayor felicidad, en suma. Por lo importante que es, por su honda trascendencia, hasta ha llegado a la propia literatura, y precisamente en una tan extensa pero tan profundamente filosófica como en la árabe, que acostumbra perpetuar en cada cuento o en cada narración un precepto de moralidad o una norma de conducta.

En uno de los cuentos de *Las mil y una noches*, Hassan, un zapatero remendón, se encuentra convertido por algún tiempo en jalifa. Cuando empieza a gozar del nuevo esplendor que le rodea, le asalta de pronto la idea de si habrá perdido su yo, ya por haber muerto, ya porque algún mago, para proporcionarle aquellas venturas, le haya desposeído de su condición de zapatero de viejo. Tal idea le asusta, y para convencerse de ello se pellizca

los brazos. El agudo dolor que siente le persuade de que sigue siendo Hassan, el zapatero remendón, a pesar de todos aquellos inexplicables acontecimientos. No hubiera podido disfrutar de todo aquel lujo, de la gloria, el poder y las bellas mujeres si a cambio de todo eso lo hubiera despojado de su yo. Aunque sea un miserable esclavo, exclama, no estoy dispuesto a pagar con mi persona aquella privilegiada y encumbrada situación de comendador de los creyentes.

Recordemos, por último, aquella cuarteta admirable de Goethe en su poema «Dios occidental y oriental», y que en su idioma alemán tiene una magnífica fuerza de expresión y una indudable majestad:

«Plebeyos y emperadores
gritan así eternamente:
¡La mayor dicha del hombre
es ser quien es para siempre...!»

LA MEGALOMANÍA.—Aunque se trata en realidad de un producto psicopático y que tiene un profundo origen de índole moral, lo cierto es que la megalomanía o delirio de grandes es en realidad un fruto particular del narcisismo a que suele conducir una desviación de los afanes sexuales. La superestimación es tan peculiar en todo «ego», que nadie elude esta actitud subjetiva respecto a su «ego». Los hombres que buscan la soledad, que rehuyen el trato con los demás hombres por temor a sufrir una derrota, padecen de un narcisismo demasiado susceptible.

En una de las tragedias, admirables como suyas, nos presenta Shakespeare el tipo de Timón el Ateniense, que cuando sufrió un desencanto grave de parte de sus amigos les retiró totalmente su afecto,

EL PROBLEMA SEXUAL

hasta el punto de que todo aquel amor que antes les tenía reflujo hasta el mismo Timón, haciendo de este modo un narcisista, pero henchido de odio a los hombres.

Hay filósofos que ven un error en la simple afirmación de la existencia de un «ego» y en la certeza con que reconocemos un algo nuestro. La porción de «libido» que fijamos en el concepto del «ego», esto es, el narcisismo, nos seduce, dicen, haciéndonos admitir una idea que desaparece a la luz de la filosofía naturalística de un Mach o un Nietzsche.

Tal es el significado y la explicación técnica que pudiéramos dar al término megalomanía. Veamos los casos prácticos, y en ellos quedará claramente definida la posición individual hacia esta desviación, que, aunque de índole moral, tiene su fundamento en otra de índole fisiológica del instinto y de los hábitos sexuales mal satisfechos. No en balde dice Freud—aunque nosotros no compartimos en todo su criterio, sino que permanecemos un tanto eclécticos entre él y su continuador y crítico Federico Adler—que el sexto es el eje esencial en torno al cual gira la existencia del individuo.

UN CASO TÍPICO DE MEGALOMANÍA.—Con frecuencia los casos en los que el público profano se suele fijar más son, aunque ello resulte paradójico, los de megalomanía más moderada. Sin embargo, existen algunos, aunque escasos, de megalomanía intensa y en los que mucha gente no suele parar mención.

Un radiólogo de Viena que no dejaba de ser notable en su ciencia se quejaba de falta de conocimiento profesional, a cuyos disgustos y desazones se unían también los que le producían sus contrariiedades en su vida amorosa. Casi de pronto, su

estado depresivo convirtióse en una megalomanía, dando el pobre hombre en la flor de imaginarse que era un príncipe reinante, primero, y luego, un emperador. Recibía a sus visitantes ceremoniosamente y con un traje adecuado, y los saludaba como a consejeros y profesores de la corte. Cuando sus amigos se le acercaban demasiado familiarmente, protestaba con dignidad afable: «No hay que tratar tan intimamente a su majestad.» Su malhumor límites de la manía. Continuó estudiando su inteligencia, al principio, sólo parecía alterada en los límites de la manía. Continuó estudiando su literatura científica y hablaba muy cueradamente tocante a todo lo que no se relacionaba con su megalomanía. Pero no era posible que se quedara en ese grado. Fué haciéndose cada vez más reticente; dejó de estudiar y de leer, y su expresión inteligente fué poco a poco cediendo el puesto a otra expresión de loco. Además, fué reduciéndose su comida hasta quedarse en los huesos. El desgraciado radiólogo de Viena quedó, pues, atacado de una enfermedad sin curación. Era como si su «yo» se hubiese hinchado demasiado y fuese imposible al médico, a los higienistas, psiquiatras, alópatas y homeópatas el intentar reducirlo a su forma primitiva.

LIBIDO.—Se trata al definirlo de que no pueda surgir un equívoco a base del criterio deficienteísimo de que la libido puede ser una perversión a la que hay que combatir dondequiera que se presente.

Libido es simplemente una energía o fuerza que busca placer y engendra el poder de encontrarlo. Esta energía procede del interior del organismo y se sustenta de la materia física; es un modo un tanto difícil de describir. Los médicos intentan profundizar en este terreno, diciendo que al igual

EL PROBLEMA SEXUAL

que nuestros «instintos» dependen de los centros nerviosos alojados en la base del cráneo y de secreciones producidas por glándulas corporales, la libido debe obedecer a los mismos hechos. Sin embargo, para los psicólogos esto no es ya posible; tienen que analizar los mismos hechos, pero desde un criterio en absoluto diferente. Intenta comprenderlos desde un punto de vista opuesto, juzgando que la libido es un humor tenaz, una suerte de fluido psíquico que abandona el lugar donde se forma y fluye en torno a los objetos que luego habrán de ser el objeto de amor para ese individuo particular.

Por ejemplo, hay seres monocelulares, esto es, dotados de una sola célula, que desprenden partes de su cuerpo, haciéndolas flotar lentamente en torno suyo, con la única finalidad de capturar el alimento, volviendo más tarde a encogerse dentro del cuerpo. Así el instinto de placer empieza a desarrollarse en el niño en torno al pecho de la madre y, por último, en torno a toda la persona de ésta, y claro es que no cabe hablar de inmoralidad en los sentimientos imprecisos y puramente instintivos de un pequeñuelo. El niño señala perfectamente esa diferencia. Para el niño hay un «tú», que aplica a la madre, al padre, a las personas a quienes él dirige su «libido» o afecto, como hay un «él», un «ella», «personas o cosas» (ello también se da), a quien él no dirige ningún pseudópodo libidinoso.

Tal es el origen de la libido y su desarrollo. De este modo surge más tarde la orientación hacia la propia personalidad del niño, y con ello el narcisismo inicial. Orientarlo para que sea un coeficiente en el triunfo del mañana es el deber del padre y de la madre, convertidos subsiguientemente en pedagogos. Dejarlo fluir, desarrollando el autoero-

tismo subsiguiente y la deficiente orientación sexual, es el crimen que cometan gran número de padres, que por la creencia de que la orientación sexual, aunque instintiva, del niño sólo se inicia cuando se aproxima a la pubertad, esperan a que al llegar ésta no tengan tampoco que verse molestados por la enojosa tarea de iniciar al niño en los misterios sexuales. El sexo en el niño empieza a vivir desde el momento en que nace. Cuidarlo y orientarlo es el principal deber de la madre.

LA HIPOCONDRIÁ ANTE LA LIBIDO.—El hipocondriaco ha puesto su libido en una fijación narcisista de un órgano que se supone enfermo. Por ello, para analizarla desde un criterio psicológico, no importa que el órgano referido esté realmente enfermo o que el hipocondriaco se lo imagine. El paciente acaricia el órgano enfermo, interesando en él todas las actividades, y a él dirige toda su existencia. El perfecto hipocondriaco no tiene otro interés que el que emana de su órgano enfermo. El cuidado de éste representa en estos casos la vida sexual de estos pacientes. A éstos no les queda otra vida sexual o, a lo sumo, simples residuos de ellas. La energía de la «libido» se consume en el interior del organismo. El tránsito de la fijación normal de un objeto del otro sexo a este aspecto del nacimiento atraviesa una fase homosexual, que no falta nunca, aunque sea en lo más hondo del subconsciente. El nunca, aunque homosexual, ama al individuo de su mismo sexo porque éste es más semejante a él que los del mismo sexo. De aquí que el narcisismo sea muy afín a la homosexualidad. El hiponcondriaco selecciona una parte de su cuerpo para condensar en ella todo su yo. Muy a menudo elige la nariz, y en otras ocasiones la lengua, como

EL PROBLEMA SEXUAL

objeto de fijación libidinosa. Ambos son órganos únicos (en pareja) y prominentes.

Tal es la honda trascendencia que en la vida sexual tiene una de estas enfermedades morales, la hipocondría, para el desarrollo sexual posterior del individuo.

Un Congreso internacional para la reforma sexual sobre bases científicas * * * *

Se ha celebrado últimamente en Viena el IV Congreso Internacional de la Liga Mundial para la reforma sexual sobre bases científicas. Numerosos sabios, pertenecientes a todas las naciones, participaron en los trabajos.

Los principales temas que se han estudiado en el Congreso han sido: «Derechos del niño», «Protección de las madres», «Hijos ilegítimos», «Limitación de los nacimientos», «Eugenios moral» y «Educación sexual».

Entre las personalidades que concurrieron al citado Congreso se encuentran Marañón y Sánchez Gómez, de Madrid; Magnus Hirschfeld, de Berlín; Vachet, director de la Escuela de Psicología de París, y Haire, de Londres.

Se propuso el Código de Moral Sexual, completo estudio jurídico moral que analiza ya De Vachet en una obra magnífica titulada: *La inquietud sexual*.

El trabajo de Marañón sobre las secreciones internas en relación con la sexualidad fué juzgado como de gran originalidad, ya que a nosotros nos cabe la honra de que ha sido una de las primeras figuras internacionales que, con Lipschutz, se han ocupado de este interesantísimo aspecto del problema se-

xual, que hace depender gran parte de las evoluciones de éste, particularmente de índole moral, toda vez que a él atribuye una influencia hereditaria psicopática intensísima. El Sr. Sánchez Gómez, que descubrió el mecanismo del contagio blenorragíco, ha propuesto al Congreso que pida la obligatoriedad de la profilaxis venérea, que, con arreglo al método que propone, es totalmente eficaz.

Lo interesante de los temas que en ese Congreso se han abordado nos hace ver, sin embargo, un hecho indiscutible, y es que estos problemas continúan preocupando por su difusión a las más altas mentalidades europeas. Nosotros no podemos sentir ese inútil y falso servilismo, ni aun ante el aca-tamiento de la potencia intelectual, sino admiración por ésta, y tenemos, por consiguiente, la obligación de seguir la ruta que ellos han trazado, no como un homenaje personal, sino como una prueba de comprensión de la magnitud de los problemas estudiados.

EUTANASIA. EL DERECHO A MORIR. LA TESIS DE BINDING Y HOCHE. — Binding, un gran penalista alemán, y Hoche, un psiquiatra friburgués, publicaron el año 1920 un libro interesantísimo que lleva por título *La autorización para exterminar las vidas sin valor vital*. Los dos mantienen el criterio de las razones jurídicas y morales que se presentan en pro de la posibilidad legítima de matar a los seres humanos desprovistos de valor vital. Binding resume su propio pensamiento diciendo: «Yo no encuentro, desde el punto de vista religioso, social, jurídico o moral, argumentos que nieguen la autorización para destruir esos seres humanos, remedios de verdaderos hombres, que provocan el disgusto en todos los que los ven. En las épocas de

EL PROBLEMA SEXUAL

alta moralidad es indudable que hubieran acabado con semejantes seres.» Las ideas de Binding no representan sólo un culto a la Eutanasia, sino también una selección, ya que no sólo propone la «muerte buena» para los enfermos insalvables, sino el aniquilamiento de los imbéciles y dementes sin curación posible. Para Binding, «la muerte dada a estas personas no debe estar prohibida cuando otorga su permiso una comisión oficial nombrada a ese fin, para el caso de tratarse de dementes sin remedio, o cuando se ejecuta en el fundado supuesto de que existe un consentimiento, que en el caso concreto de enfermos insalvables se traduce en una autorización». Alfredo Hoche termina corroborando los pensamientos del abogado, diciendo que «llegará un día en que estimaremos que la eliminación de los individuos de espíritu muerto no es un crimen, sino un acto útil».

Al través de la tesis mantenida por los dos maestros se percibe el criterio que nosotros mantenemos de que la finalidad seleccionadora de la Eutanasia debe ser hoy de una inmediata aplicación. Mientras todos los hombres no se hayan penetrado de la necesidad de rendir culto a la Eugenesia, mirando por la cantidad de hijos futuros; mientras haya muchos inconscientes que, no obstante estas doctrinas, continúen en su marcha egoísta, sin importarles el perjuicio que irrigan a esos nuevos seres y a toda la Humanidad en general, la Eutanasia será, cuando menos, un medio de suplir la acción que debería ser consciente y energética por parte de los propios ciudadanos. La Eutanasia defiende a la sociedad del contagio y libra a estos seres de dolores sin cuenta. Ella cumplirá la labor que los padres no han sabido ejecutar a tiempo. Ella será, pues, un medio purificador de la raza.

LA HISTORIA DE LA EUTANASIA.—No nos toca a nosotros el hacerlo aquí. Recordemos tan sólo, como pruebas documentales de antigüedad de estas doctrinas, las que nos cita Asúa de aquellas tribus antiguas y grupos salvajes que aún conservan la costumbre que imponen como obligación sagrada al hijo de administrar la muerte buena al padre viejo y enfermo; la denominación de «misericordia» que se daba al certero y afiladísimo puñal con que solía rematarse aun en la Edad Media a los que caían en los combates multitudinarios y en los juicios de Dios, y veamos, por último, el hecho típico, que comenta D. José Ingenieros, de una costumbre típica suramericana: «Despenar es allí un deber de buen amigo, y negarse a hacerlo se reputa como acto deshonroso, mezcla de impiedad y de cobardía.» Bien es verdad que esta Eutanasia primitiva y sin técnica se practica a casos de heridas y accidentes graves, y siempre con el uso de arma blanca; pero lo que nosotros tratamos de probar aquí es precisamente la antigüedad y persistencia de estas doctrinas, no los medios con que se han llevado a la práctica, porque precisamente en ellos está realmente la influencia de la civilización, ahorrando dolores a los que ya tengan que pasar por el doloroso trance espiritual si lo conocen, o por la inconsciencia si lo ignoran, de dar repentinamente ese tan temido salto hacia lo desconocido.

LOS MEDIOS DE LLEVARLA A LA PRÁCTICA.—Los estudia admirablemente Binet Sangle, en su libro *L'art de mourir*. El autor expone un proyecto de reglamento, según el cual, la Eutanasia será confiada a especialistas, que deben reunir las condiciones del patólogo—médico, psicológico, médico del alma—y terapeuta, o que practica la ciencia de la

EL PROBLEMA SEXUAL

curación. El que desee morir, o aquel a quien el Estado condene a esa muerte, será examinado por tres de estos peritos, que analizarán en el individuo sometido a examen su constitución hereditaria, su organismo, sus degeneraciones, desde un punto de vista fisiológico y psicológico, investigando las causas que le impulsan a tomar esta determinación o que obligan al Estado a tomarla supliendo su consentimiento. En el caso de que se trate de una enfermedad positivamente dolorosa e incurable, a juicio de los tres eutanásicos, será otorgado el derecho a morir. Binet Sangle propone además que las prácticas eutanásicas se realicen no individualmente, sino en establecimientos a propósito, como Institutos de Eutanasia. Analiza después los medios de que puede valerse el hombre para cumplir esa finalidad, y se inclina a favor del «protóxido de azoe», que, lejos de producir sensaciones desagradables, proporciona un placentero alejamiento del mundo de los vivos.

Los medios de Binet son, pues, suficientemente razonados y representan un buen cúmulo de garantías para que las extralimitaciones de índole egoísta a que pudiera dar lugar la Eutanasia no tuvieran lugar. Más discusión tendría acaso el del medio definitivo de llevar a la práctica estos propósitos. Dejemos a los químicos que, siguiendo el cumplimiento de su misión, nos busquen esta vez, con una sustancia que pueda producir la muerte una composición que, al hacerlo dulcemente, prive al menos al paciente de la tortura final.

A nosotros sólo nos toca señalar la urgente necesidad del empleo de estos procedimientos, que se está haciendo cada vez más palpable.

UN CASO TÍPICO.—De entre los muchos casos en

que se ha revelado ya la posibilidad de la Eutanasia y de su situación ante la ley, destacamos uno solo por la brevedad del espacio y por haber sido, no el primero, sino el más impresionante, por la sentimentalidad de los factores que en él intervienen.

Stanislawa Uminska, una joven y bella actriz polaca, llega a París angustiosamente, solicitada por su amante, Juan Zinowski, escritor, de la misma nacionalidad que ella, postrado en un sanatorio. Enfermo de cáncer y tuberculosis, el infeliz, en el último estadio de los procesos de sus enfermedades, padece los más crueles dolores. La amante, transformada en enfermera fiel, le prodiga exquisitos cuidados, llegando a utilizar su sangre para una transfusión decididamente ineficaz. Varias veces rechaza la solicitud de Zinowski, que le pide ponga término a tan inaudito sufrimiento. Por fin, un día, el 15 de junio de 1924, en que el padecer del enfermo ha sido más violento, en un instante en que reposa adormecido por los analgésicos, la joven actriz toma el revólver con que el propio paciente no ha tenido ánimo para abreviar su vida agónica, dispara con tanto acierto que Zinowski deja para siempre de sufrir. La Uminska es juzgada en París. El propio fiscal tiene para ella palabras de commiseración y respeto, y presumiendo lo que los jueces populares declararon, solicita que, si sale absuelta de la sala, no subraye el público con sus aplausos el ademán piadoso de la Justicia. El Jurado del Sena proclamó, como se esperaba, la impunidad de la acusada.

Una vez más la ley tuvo que amoldarse a las circunstancias de una moral nueva, que, al cambiar el criterio de los hombres sobre un mismo problema en un sentido más humanitario o más justo,

EL PROBLEMA SEXUAL

reconoce que las normas inflexibles del Derecho tienen que tener intérpretes indulgentes si no quieren perpetrar con su casuística mayores crímenes que aquellos que tratan de penar.

INHUMACIÓN Y CREMACIÓN CADAVÉRICAS.—Por encima de los contrapuestos criterios que sobre este tema se han expuesto, ha quedado triunfante por su alta finalidad el mantenido por el Dr. Julio Ortega con el título que encabeza estas líneas. Preconiza el Dr. Ortega la creación de hornos crematorios. En este aspecto de la vida social también España, desgraciadamente, está muy atrasada respecto de los países progresivos. Ni Italia, sede más cercana del clericalismo, carece de hornos crematorios. Tiene, según el Sr. Ortega, treinta y seis. Aun desde el punto de vista del dogma no puede recusar la Iglesia el establecimiento de hornos crematorios, porque lo que se destruye en la incineración, como en la sepultura, es la materia y no el alma. Y porque, por otra parte, el retorno al polvo de que habla el *Génesis* es más efectivo y más rápido con el procedimiento incinerativo.

El abate Bucalletti, en el Congreso pro Cremación celebrado en Milán en 1874, demostró que «la incineración de los cadáveres no puede ser tachada de herética. La incineración no es tampoco obstáculo económico para la Iglesia, ya que pueden subsistir los mismos ritos y cortejos. Ganan, por el contrario, todos, sobre todo las ciudades, que no sólo se ven libres de buen número de epidemias, sino que no ven dificultades a sus anhelos de expansión.

La Iglesia se ha opuesto, sin embargo, a todas las propagandas por incineración debido a sus orígenes. Así, dice el Dr. Ortega: «Por su origen,

H I L D E G A R T

ya que la cremación, en desuso durante largos años por la influencia del cristianismo, reaparece en la Edad Media, por la Revolución francesa, por la declaración del Congreso Pro Cremación de Módena en 1882 de que «el renacimiento de la cremación significa la proclamación de los principios supremos de la libertad y de la tolerancia, que son la verdadera y única religión del pueblo.»

El problema hay que analizarlo desde un punto de vista higiénico. Si nosotros, al luchar «pro eugenesia», lo hacemos en busca de la sanidad, de la paz, tenemos el deber de accidentalmente aun dentro de su campo, hoy en que analizamos cuestiones jurídicas, comprender que si tantos esfuerzos habrá de costarnos el sacar una Humanidad sana, deberemos hacer todo lo posible por que no se convierta en doliente por la acción de factores extraños y perniciosos.

La incineración, cremación o quema de cadáveres es útil y es higiénica; mientras que en España se han tenido abandonadas estas cuestiones, en otros países la incineración es una práctica vulgar. Recordemos como final el caso ejemplar de su extensión en el extranjero: «En diez años han sido incinerados en el cementerio del Père La Chaise 37.063 cadáveres, y en Inglaterra, a partir de 1895, lo han sido más de 44.000 a petición de las familias o por disposiciones testamentarias. Hace siete años comenzó a funcionar el horno crematorio de Buenos Aires y ya llevan hechas 21.000 incineraciones. En 1928 se hicieron en Alemania 48.385. En esta nación hay 87 hornos incineratorios. Y en Japón, Estados Unidos, Holanda, Checoeslovaquia, Escandinavia, Rusia y hasta Italia hay con profusión hornos crematorios.

Hace falta que el pueblo español, que se jacta de

EL PROBLEMA SEXUAL

tan indiferente en materia religiosa, en el que nos dicen que hay tanto radicalismo, aunque todo él fracase ante el empuje clerical por su propia e innata cobardía, se eduque en el criterio de que la cremación puede ser no sólo una aspiración, sino una necesidad urgente para mejora de la salud y beneficio de las ciudades.

UN CASO TÍPICO EN BÉLGICA.—Va a ser discutido en la Cámara belga un proyecto de ley sobre la incineración, lo que ha dado ya lugar a pintorescos incidentes. Vandervelde es quien ha puesto sobre el tapete y ha sometido a la discusión de los diputados esa cuestión. ¿Qué motivo lo ha impulsado al fin...? El revuelo producido al hacérsele las exequias al general Verheim. Contra ellas protestó, con una innegable falta de tacto, el cardenal Van Rory, lo que jamás hubiese hecho el ilustre cardenal Mercier.

El Sr. Vandervelde, al proponer la discusión del proyecto, no se ha declarado partidario ni no partidario de la incineración. Lo que dicen los médicos, lo que la higiene aconseja en su favor, lo que tiene de aséptico el procedimiento, no ha querido que influya para nada en su ánimo el Sr. Vandervelde. Pero sí han influido las exequias del general.

Sin embargo, al plantear esta cuestión, él ha suscitado con ella todo un gravísimo problema de interpretación católica, y por ello los católicos se han tenido que oponer con la única fuerza, sus votos, a la discusión del proyecto. Pero, afortunadamente para nuestra causa legítimamente sanitaria, no han vencido, y no lo han hecho, porque aparte propias o ajenas interpretaciones, no debían vencer. Sólo han tenido 70 votos contra 86, que han votado el que se debe discutir.

Así, que en el Parlamento belga va a hablarse, por fin, de cenizas y de tumbas. La incineración va a ser admitida, y el Sr. Vandervelde va a salirse al fin con su antigua idea, que redujo al ostracismo para buscarle el momento oportuno en que llevarla a la práctica.

Y el grupo católico, o mejor aún clerizante, se verá forzado a pensar en lo que ha venido a crearles, para su desgracia, el escasísimo tacto de un señor cardenal.

TIPOS DE DEGENERACIÓN. — *El alcohólico.* — Abotargado, con ojos febres y mirada inquietante, que se le tuerce en guiños abstrusos e incomprensibles. Con la nariz cargada del calor que le resplandece en el rostro, rodeándolo de especial aureola. El pelo caído, lacio y revuelto sobre la frente, en la que la sangre late con violencia. El cuello doblado sobre el cuerpo desmadejado y flojo, en el que la curva en zig-zag de las piernas marca una semejanza con el pelele. ¡Pobre pelele humano! Aquella noche, ya de madrugada, volverá al hogar, orientándose a tientas. En él, una mujer pobre, desharrapada, titirando de frío junto a la lumbre apagada. Los rostros encogidos y mustios de sus pequeñuelos. Uno es idiota; aquél ha sido víctima ayer de un ataque; otra, prematuramente envejecida, muestra sobre su raquitismo extenuado, el rostro de una mujer sumida en sus preocupaciones.

El ha llegado y les ha hecho alejarse con unas palabrotas sucias y un ademán. Pero han vuelto a cobijarse y él ha cogido un palo y ha empezado a recriminar a la mujer en unos celos torvos e inadmisibles. Ella, acostumbrada ya, procura esquivarle. Al fin, intentando golpearla, cae del taburete y la sangre brota de sus sienes por efecto del cho-

EL PROBLEMA SEXUAL

que de ésta con el borde de la mesa. A la mañana siguiente aparecerá en las columnas del periódico ese desenlace. Otra vez será la mujer, acaso alguno de los hijos, la víctima.

Pensemos nosotros. Mañana esos hijos, perpetuando esos caracteres atávicos, repetirán en su hogar la escena que habrá de alimentar a diario los reportajes de sucesos de los periódicos espectaculares. Y la Humanidad seguirá tolerando impasible el aumento de estos seres, tarados, e indotados para la vida, que proseguirán su ruta lentamente, a golpetazos, en el mundo, sin finalidad alguna, sin placeres y sin amarguras, embotada su sensibilidad, viviendo en su inconsciencia la vida bestial de lo que tiene el hombre de más repugnante.

El sifilítico.—Señorito libertino. Tiene la lengua destrozada y corroída por el microbio destructor. En los ojos, un tiempo provocadores y valentones, adviértete hoy esa «legañosidad» tan peculiar de los enfermos venéreos. Hoy, el señorito, como siempre, ha ido a correr una juerga. Entre flamencos y prostitutas y alegría fingida y amores pagados, el señorito habrá vuelto a su hogar de madrugada, amustiado y enfermo. Pero aquel mismo día, horas más tarde, el señorito regalón habrá de ir a «hacer la rosca» a una costurerilla decente del taller vecino. Habrá de continuar el cortejo de su seducción infame. Y cuando ella caiga y un hijo venga a hacer alborear para la madre una etapa que debiera ser de venturas, ella, destrozada, podrida, sólo podrá dar a luz un ser infecto, una piltrafa humana que la Inclusa se encargará de recoger con fingida piedad o que la mano de la madre ahorcará, más piadosa, para ir a parar a un fétido muladar. principio y fin de todos los vicios.

¡Pobre madre...! Ahora gemirán en tu contra las ridículas damas sensibleras; contra ti se alzarán airadas todas las voces, y mientras dejan caer sobre ti implacables el fuego indeleble de la deshonra, tú purgarás culpas que no has cometido, víctima de tu cariño o de tu irreflexión. La noche en que tú entres en el presidio a cumplir tu condena, el señorito apuntará en el calendario de su vicio la juerga mil y una.

El loco criminal.—Es un hombre aún joven. Visite con relativa modestia y con desaliento indudable. Ofrece un rostro macilento y una expresión de tristeza o de arrebato. Va a sentarse en el banquillo de los acusados. ¿Ha robado? ¿Ha matado? ¿A quién...? ¿Cómo...? No nos importa. La ciencia moderna, piadosa, busca en el informe de los peritos un medio de averiguar la irresponsabilidad del criminal. En pugna con los intereses creados de la justicia, el hombre joven, de rostro macilento, ha salido absuelto. ¿Para ir a un manicomio? Debiera ser. ¿Manicomio oficial? Triste parodia. Si encuentra plaza, por poco tiempo y en condiciones insuficientes. ¿Manicomio de pago? ¿De dónde? Ciertamente que esas damas tan caritativas no son para tender la mano, piadosas, para socorrer a uno solo de estos desvalidos. Encargárase cada una de uno y el problema humano se habrá aclarado.

¡Pobre loco que irás a morir en el patibulo, o entre las rejas de la prisión que nunca debiste pisar, o muerto de frío y de hambre en las negruras del invierno! ¡Ni una mano se habrá tendido para ti! Nadie te ha recordado. Y allá, hace algunos años, tus padres; ella, acaso una obrera laboriosa; él un alcohólico, un sifíltico, otro criminal, un degenerado, no habrán tenido inconveniente en dejarte vivir en tus primeros balbuceos cuando tu constituy-

EL PROBLEMA SEXUAL

ción física y tu despertar moral les hicieron ver tu incapacidad para el futuro.

¡Pobre ser que pagas las culpas de tus padres, inconsciente, y las de la sociedad que con una falsa tolerancia no se atreve a poner remedio duro a que estos espectáculos sucedan y se repitan! Son ya muchas las víctimas de esta inconsciencia y de este temor. Que cada uno de nosotros, en uno sólo de nuestros amigos, hagamos esta benéfica labor de propaganda.

Nadie os pide, hombres egoístas, que os abstengáis del placer. Pero evitad que ese placer tenga consecuencias vitales en la producción de un nuevo sér. Evitadle a éste una vida de amarguras y de sufrimientos morales y evitaos vosotros ese remordimiento que habrá de pesar siempre, aunque intentéis alejaros de ello, sobre vuestra conciencia.

MARIO Y LOS REYES.—Ha llegado el día de Reyes. La fiesta tradicional en la que una vez más se hace palpable la odiosa diferencia social. Fiesta de los niños en la que éstos son quienes disfrutan gozosos, más que sobre los juguetes, sobre las ilusiones de esos sus años de feliz inocencia.

Desde muy pequeña he gustado siempre de proporcionar a las familias pobres que viven en las cercanías de mi casa, en particular a los pequeñuelos, un reflejo de la alegría que yo en mi hogar disfrutaba. Y como niña entonces, todos los años tenía pequeños coparticipes de mi felicidad, chiquillos avisados, traviesos golfillos, hubo de extrañarme que acaso el transcurso de tres años hubiera hecho cambiar mis aficiones o hubiera puesto en mi camino, en vez de ejemplares risueños o saludables, otros, dolorosas lacras y estigmas de la sociedad. Esta vez se trata de Mario. Es un pequeñuelo de doce años, de mi-

rada vaga, de inteligencia retrasadísima, pues cuenta tan sólo tres a lo más de nivel mental.

Hasta hace dos años, en que hube de venir a vivir a una casa frontera a la suya, él era el hazmerreír del barrio. Los chicos le vapuleaban, los mayores se reían; parecía haber venido al mundo a recoger palos y burlas, casi único manjar que percibía en su hogar. Andaba como perrillo huidizo ante sus compañeros de clase, incapaces, en su egoísmo, de compadecerle en su suerte mísera y desventurada. Hoy, gracias a mi labor, Mario es el «favorito»; todos le atienden, algunos hasta le defienden de las asechanzas de los «grandullones». ¡Pobre Mario!... Esa noche le he encargado que soñara con ver pasar la procesión de los Reyes Magos, y le he dicho: «Como mi azotea está más alta que tu casa, te dejarán aquí su regalo. Primer año en que ha recibido su regalo de Reyes. Primer año que ha vivido emocionado una ilusión y que ha visto llegar, radiante de promesas, la mañana tan anhelada. Por vez primera ha llamado la alegría a su corazón. El que no tuvo nunca, como sus hermanos, con qué comprarse un juguete, el que acaso no aspirara a ello en su inconsciencia, recibió su presente. ¡Pobre Mario, víctima de la sociedad, víctima de tu familia, víctima de todos! Acaso algún día, cuando nuestra protección forzosamente le abandone y haya de ir al trabajo y se vea vejado y escarnecido, sentirá en el alma un instinto de venganza o de rabia, y ese impulso, salvaje como todo él, lo expresará matando. Pensad todos en la amargura de los niños sin «Reyes». Es lo actual. Pero pensad, también, en la tragedia de los anormales, de los idiotas, de los retrasados. Obreros que tengáis como compañero en vuestro taller o en vuestra obra uno de estos se-

EL PROBLEMA SEXUAL

res, hacedles llevadera la vida. Sobre ellos pesan veinte, treinta, cuarenta años de palos, de vejaciones, de insultos. Y no son ellos, son sus padres, y más que sus padres aún, la misma sociedad inculta que lo tolera y no le pone remedio, quienes tienen la culpa de ello. Apuntad estos hechos en vuestro «debe» para pasarela cuenta en un futuro a quienes hasta aquí han monopolizado los destinos sociales. Porque no es tan sólo un dolor individual. El dolor de estos seres abandonados a su suerte, a los que nunca llega un destello de felicidad, única cosa que hace pasable esta existencia, deberá ser una ofensa colectiva, y como tal, todos habremos de ponernos de su parte para exigir la debida responsabilidad.

APÉNDICE

El sexo ante la literatura

«Cuando tú naciste, tú llorabas y todos reían a tu alrededor. Procura que, al cerrar los ojos en la muerte, lloren todos la ausencia de aquel que parte y seas tú quien tengas una sonrisa en los labios para el remoto país de donde nunca más has de volver.»

FÁBULA ÁRABE.

EL ARGUMENTO DE LOS HIJOS DE LOS VIEJOS.—Este argumento se basa en hechos reales que solemos ver repetidos con extraordinaria frecuencia en la práctica, y que su insigne autor, D. Enrique Madrazo, el ilustre médico santanderino, nos narra así en el prólogo de su obra:

«Al pie de los Picos de Europa, entre maizales y prados de esmeralda, se recuestan aldehuelas plácenteras con vistas al mar camino de América. Lo digo a cuenta de sus hijos, que desde la infancia ven llegar indios podridos de dinero. Lo fez de la tierra y lo pródigo del mar, no contrarrestan la sugestión, y para la época de la adolescencia la convicción de la necesidad de la marcha es com-

pleta. En algunos de estos pueblos, la emigración masculina resultó tan compacta y continuada que las mozas lloraban su desolada indefensión. Tal atropello tenía que dar y dió en lo que la lógica y la naturaleza imponían: la falta de maridos e hijos legítimos dió en los naturales. Por donde la naturaleza endereza las torceduras con la fatalidad de sus leyes. Y aquel botón femenino, repleto de sangre y de suspiros, aquella flor moceril, estalló en alegrías al primer beso del sol. No pregunten cómo sucedió. Una sorpresa, una necesidad. No pudo hacer otra cosa. ¿Cómo? Y el nuevo fruto, irresponsable, saltó a las Indias, y de allí volvió para contento de su madre y bienestar de la comarca. El accidente se repitió hasta que por fin las más torpes muchachas se convencieron de que ciertas vergüenzas las mata el tiempo, de que su vida solitaria y yerma la podía alegrar un hijo, y de que sólo en la vida fecunda está la alegría del vivir.»

Esta es la disposición espiritual con que tropezó el famoso doctor, típico anciano de las obras de Madrazo, que predica estas admirables enseñanzas.

«La casualidad—nos dice Madrazo, explicando los motivos psicológicos de su obra—tejió lo más difícil de su labor. No era ya la materia lo que sobresaltaba y sacudía a la moza. Una mayor delicadeza se elaboraba en su conciencia. Se hacía madre por reflexión. Su amor lo ponía en el hijo, antes que en su confeccionador. ¡Si tuviera uno como Pepín!, se decía. Este es, pues, el ambiente en el que se mueve la comedia y el tono al que obedecen los personajes.»

Los centrales son Alberto, cacique del pueblo y prometido de Rosita, hija de una buena señora que cree hallar en aquel matrimonio la solución más ventajosa para la hija amada. Con ellos viven tam-

EL PROBLEMA SEXUAL

bien Romualda y Pepín, en los que el autor simboliza el tipo de la madre soltera que halla en el hijo, rico ya a los treinta años, el amparo y el sostén de su vejez.

Alberto es un «viejo físico», epiléptico. En él se descubre, no obstante su juventud—es de la edad de Pepín—la enfermedad con los rasgos más interesantes de estos neurópatas, cuya mentalidad se revela en su carácter irascible, desequilibrado y pasional, que comienza con fantasías e intemperancias, continúa con agresiones y ataques convulsivos imperceptibles u horripilantes, e invariablemente termina por la imbecilidad, a no matarle antes una enfermedad intercurrente.

Insensiblemente, el doctor va procurando que la atracción entre Rosita y Pepín se haga más intensa y procurando que la libertad en el amor se instituya también en el corazón de la muchacha rica, como se ha arraigado en los de las pobres aldeanas. Un ambiente de lucha social, hace que al final sean los obreros los que protesten contra las «fuerzas vivas»—Alberto, el alcalde, el secretario, el juez, el obispo—y ataquen a la fuerza armada. Entre los revolucionarios, llevando todavía en sus brazos y sobre su pecho amplísimo el recuerdo del cuerpo frágil y el rostro de Rosita, que por vez primera le estrechó al partir, va también Pepín. Por fin, en lo más negro de la tormenta, surge la paz. Es D. Ricardo, el anciano doctor, que viene al frente de sus niños cantando el himno a la belleza, en tanto que los padrenuestros que el obispo solicita empiezan a caer en el vacío.

Todo se calma y queda tan solo en la atmósfera, mientras las fuerzas vivas huyen como fantasmas, las voces de los niños que entonan: «Dios te salve,

Venus. Dios te salve, Apolo. Padres de la Eterna belleza, creadores del pueblo fecundo».

Así condensa Madrazo las consecuencias de esta obra de intensísima vibración. La tesis del drama: «Los hijos de los viejos», va entrelazada con la del amor libre, y entre ambas, en un ambiente de lucha entre pobres y ricos, no por capricho arbitrario, sino porque de los dolores de este choque surgirán las condiciones apropiadas a la nueva orientación del cultivo de la especie humana. En la civilización de igualdad y de amor, de cooperación y de solidaridad, hallarán las nuevas doctrinas terreno abonado...

«Esta fábula demuestra que el amor libre puede cumplir todas las exigencias sociales y que huelgan las ataduras de los viejos contrastes civiles y religiosos. Aquí el doctor parte ligero y en línea recta a la belleza. Lo demás no le preocupa y prescinde de ello. ¿A qué leyes civiles y canónicas? Infundamos el conocimiento de la ley moral...»

«El matrimonio no es satisfacción carnal de los amantes, sino plantel de mejores ciudadanos y fundamento de todos los progresos sociales». El Estado, más convencido que nadie, debe preparar los espíritus en este sentido.

Estos niños son los hombres de mañana, la sociedad del mañana, el trabajo y la producción de mañana, y en la Eugenesia está su belleza y nuestro honor.»

CLARISSA.—Es esta novela de Richardson aquella en la que éste trata de un desafío u oposición sexual que termina felizmente.

Clarissa Harlowe se ve perseguida por Lovelace, un señorito calavera. Este ama a la joven, sólo que su orgullo deportivo le veda el rendirse al vínculo

EL PROBLEMA SEXUAL

matrimonial. Clarissa está enamorada de Lovelace, viendo en él, por encima de su persona, el atractivo del macho agresivo; pero existe en ella toda una valla infranqueable que le presenta el orgullo de su virtud, y esto es lo que le hace detenerse. A lo último sublívase ya todo el orgullo de la familia Harlowe entera—padre, madre, un hermano, Jaime; una hermana, Arabela; una tía, Harver; un tío, Antonio;—y deciden sus parientes obligar a Clarissa a que acepte otro novio, que esta vez no es de su agrado. La muchacha concluye al fin saltando aquella barrera espiritual, huyendo de su casa y cayendo en los brazos de Lovelace. Este desenlace tan brusco y tan inusitado en los tiempos en que esta novela de Richardson vió la luz, hizo comprender, no obstante, a muchos, el significado más inmediato, pero al propio tiempo más simple y alejado de la novela: el de que nada valen obstrucciones ni imposiciones paternas frente al verdadero amor, que salta por encima de todos los obstáculos. Pero, en realidad, la acción de los padres y familia de Clarissa no es parte esencial en la obra; es, simplemente, un truco escénico de que se vale Richardson para que la joven se rinda. Si ésta lo hubiera hecho desde un principio, el tipo de mujer no hubiera sido del agrado del público de Richardson, puesto que la moralidad virtuosa era entonces fundamental e indispensable, y por otra parte la trama del argumento hubiera sido más breve y difíltosa. La exaltación de la libertad del amor, aunque un tanto velada por las funestas restricciones morales a que entonces se obligaba, hizo que esa finalidad quedara un tanto disimulada. Sin embargo, el propósito de Richardson no es otro. Lovelace ofrece para la muchacha, en la novela el atractivo sexual del macho, aunque esto aparezca

un tanto desvirtuado y desfigurado por la atracción del señorito calavera. Esta serie de veladuras, aunque un tanto superficiales, hacen que esta obra no tenga hoy una índole realmente moderna. Límémolas ahora teniendo en cuenta la índole del asunto, y adaptándolas a las necesidades y aspiraciones del momento presente, y Clarissa será una novela moderna, en que la libertad de amar establezca definitivamente sus reales.

MILL ON THE FLOSS.—En este caso, lo interesante para nosotros es analizar un problema sexual que, sin embargo, ante los tratadistas y novelistas del siglo XIX toma un matiz decididamente moral. Me refiero al de la novela «Mill on the Floss», de George Elliot, publicada en 1861. En ésta, Magie Rulliver se ve tentada de casarse con un individuo comprometido con su prima Lucy. Y en este caso, el obstáculo que se presenta es casi exclusivamente ético. Sería mucho afirmar el de que Magie Rulliver es un ser totalmente asexual; pero la escena en la que el autor representa su rompimiento con Esteban Guest, hace pensarlo así. La cárcel se ha consumido o sublimado totalmente en el fervor de su sentimiento moral.

«—No, con todas las veras de mi alma, Esteban —dijo con tímida resolución.— Nunca he consentido en ello con mi cabal juicio. Hay recuerdos y afectos y ansias de bondad perfecta que tienen en mí tales raíces, que nunca podrán abandonarme mucho tiempo, que, de hacerlo, acabarían siempre por volver a convertirse para mí en un dolor del arrepentimiento. No podría vivir en paz si arrojase la sombra de un bajo pecado entre Dios y yo. Ya he causado dolor, lo sé y lo lamento; pero jamás ha sido deliberadamente. Nunca he pensado que

EL PROBLEMA SEXUAL

sufra para gozar yo. Nunca ha sido mi voluntad casarme contigo; si te aprovechases del triunfo momentáneo de la inclinación que te tengo, no llegarías a apoderarte de mi alma toda. Si me fuera dado volver a los días de antaño, elegiría ser fiel a mis afectos más tranquilos y renunciar de por vida a las alegrías del amor.»

Naturalmente, Magie y Esteban no se separan, porque la libertad de su propio amor triunfa por encima de consideraciones morales, siempre que esté perenne la mutua atracción, siempre que ésta esté sólidamente fundada.

El sentido hondamente moral del matrimonio, que se revela en las frases de Magie, es, sin embargo, lo suficientemente explícito para comprender que, ante los escritores de la época del Rey Eduardo en que esta literatura se produce, la libertad del amor empezaba a imponerse, pero una libertad de amor en que no entraban tan sólo estímulos de atracción sexual, sino al propio tiempo de atracción y compenetración moral.

ANA VERÓNICA.—El mismo sentido que en la obra de Elliot, si bien totalmente discrepante en el móvil, domina en Ana Verónica. Esta se ve impulsada a tener amores con un hombre ya casado. El obstáculo moral en la primera novela, en esta ocasión, es social. Aquí es donde de nuevo, magistralmente, se expresa el sentido y las direcciones de una atracción que puede llevar a saltos increíbles sobre las absurdas concepciones morales de nuestro tiempo.

Ana expresa así esos derechos sexuales:

«—¿Vas a arruinar tu vida?» le dice Capés, en la conversación.

«—Sí, le responde Ana con firmeza. Te quiero, soy franca. Te quiero. Eres para mí distinto de to-

dos los demás. Puedes pensar todo lo que quieras de mí. Eres la única persona a la que puedo comprender, y con la que puedo sentir plenamente. No es que te idealice. No es que te imagine. No es porque seas bueno, sino porque yo puedo llegar a ser muy mala y hay algo vivo e inteligente en mí. Algo que nace de nuevo cada vez que te veo y que sufre cuando nos separamos. Ya lo ves, soy egoísta. Mejor dicho, insolente. Me preocupo demasiado de mí misma. Tú eres la única persona del mundo en la que pienso verdaderamente de una manera recta, noble y desinteresada. Voy a malograr mi vida como no vengas tú y te hagas cargo de ella. Sí. En ti, si es que puedes amarme, está la salvación. La salvación. Yo sé mejor que tú lo que me hago.»

Es el gesto de Ana Verónica el principio de la feminidad. H. G. Wells ha sabido, ya en los albores de nuestro siglo (1909), ampliar el conflicto que se presenta en la obra anterior, llevándolo al terreno social. Los derechos de la plena satisfacción se imponen, por consiguiente, a la mera acción de índole moral, y se imponen de modo absoluto y terminante en las frases de Ana Verónica.

Después de esta confesión en que está latente todo el hondo espiritualismo y toda la sinceridad de un alma apasionada, no cabría en Capés otra conducta que la de persistir al lado de la mujer que a él, de manera tan plena, dedicaba su existencia.

Tal es la solución que ofrece la novela. Y tal es, al propio tiempo, el eje en torno al cual gira nuestra tesis.

LA HISTORIA DEL KROMPRINZ RODOLFO DE AUSTRIA.—Una de las historias más trágicas, más lamentables, de las víctimas que ha costado a la Hu-

EL PROBLEMA SEXUAL

manidad el triunfo definitivo de esta libertad del Amor, es la del Kromprinz Rodolfo de Austria.

Veamos el relato novelesco, de por sí romántico y dulce, como ensoñando.

Veamos el dolor de la injusticia, la amargura de la impotencia.

¿Quién habría de decir al joven y bello príncipe Rodolfo que, poco más de medio siglo después, otro Rodolfo, esta vez el Valentino, habría de inspirar amor libremente a muchas mujeres y habría de corresponder a aquéllos que en el ejercicio de su libertad elegía. Odiosa tiranía esta del «formulismo de Estado», que empieza por esclavizar a sus propios mantenedores. Las Monarquías tienen esa desventaja para sí propias; esa de que sólo valen para complicar la existencia de los miembros de su familia, evitándoles el poder contraer matrimonio según sus gustos, y el convertir en temporal el vínculo contraído.

Feliz era aquella en que todos, al haber borrado esas ridículas diferencias, puedan hacer uso legítimamente de su bien ganada libertad. Repasemos en tanto la historia de una de sus víctimas más gloriosas. Todas las ideas de libertad tienen sus mártires. También la libertad del amor tiene los suyos. Y uno de ellos, de los más trágicos, de los más malhadados, es Rodolfo de Austria.

Veamos cómo nos define el histórico suceso con su prosa cuidada y pulcra, un gran escritor, Mariano Tomás.

«Había nacido en un castillo, en medio del bosque, como todos los príncipes de las lindas historias que hemos escuchado en las lejanas trasonchadas de invierno, mientras nuestras pupilas perseguían el zig-zag luminoso de unas llamitas rojas encendidas en el hogar...

Había nacido de un poderoso emperador y de una alta princesa; su padre se llamaba Francisco José y era emperador de Austria, rey de Hungría y señor de Bohemia; su madre se llamaba Isabel de Baviera, la emperatriz Isabel, dulce, blanca y transparente...

El 21 de agosto de 1855, el castillo de Lavenbourg se vistió de gala, porque en él acababa de nacer el príncipe heredero, el que un día habría de ceñir a sus sienes la doble corona de Austria-Hungría. Como era calurosa la tarde, las ventanas estaban abiertas sobre la selva vienesa, y desde el bosque llegaba el rumor de tilos agitados por la brisa; parecía que las últimas hadas habían acudido al natalicio, y desde la espesura de la selva enviaban con voces ahogadas un apagado rumor de pronósticos y venturas: ¡Será poderoso! ¡Será célebre! ¡La fortuna le colmará de dones! ¡Amará y será amado! Pero ninguna dijo: «¡Será feliz!» Parece ser que las hadas no tienen poder para tanto.

Y todas las predicciones de las hadas se cumplieron... Pero sin duda todo esto no fué bastante para ser feliz, ni aun el deseo de las hadas...

Se casó sin amor, con una princesa de Bélgica; la princesa Estefanía, que parecía por su nombre destinada a reinar en la ciudad de San Esteban, pero sólo era por su nombre; ni sus encantos supieron cautivar el corazón del futuro señor de Viena, ni sus maneras y rostro el alma de los vieneses. Ni siquiera el destino había querido favorecerla concediéndole lo único que aún hubiera podido traer a sus pies al esposo desamorado, preso con dulces cadenas de sonrosados brazos: un hijo varón.

El príncipe se apartaba cada vez más de la princesa; no fué, pues, la dulce y tímida María Vetsera la culpable de este alejamiento, cuando una tar-

EL PROBLEMA SEXUAL

de de primavera, el tflburi del Kromprinz se cruzó fatalmente en una de las perfumadas y umbrosas avenidas del Prater con el cuclillo de la baronesina, pues entonces ya la figura de la princesa Estefanía era una sombra borrosa en el corazón de Rodolfo.

Fué un 12 de abril. En este mismo año de 1888, Rodolfo cumplía los treinta de su vida, estaba ya próximo a aquella edad que Dante califica de «mitad del camino».

«María—dice un historiador de su época—era la belleza misma; pero una belleza de niña aún. Era de talla mediana, esbelta; los cabellos finos, negros y abundantes, y bajo la masa de los cabellos oscuros tenía la piel un dulce tono claro. Otra sorpresa: en el abanico sedoso y largo de sus pestañas negras, los ojos eran de un azul purísimo...»

Rodolfo amó desde aquel dfa a María Vetsera, pero aún tardó algún tiempo en volver a encontrarla; cuando lo logró, ya no quiso separarse de ella. Arregló para sus amores un pabellón de caza. En la aldea de Mayerling se alza el palacete en un espeso bosque de abetos, en la cima de una colina desde la que se ve la aldea de Santa Cruz, y más lejos las termas y jardines de Baden; en los días claros, sobre el horizonte lejano, se recorta la silueta de Viena, erizada de torrecillas agudas. Allí ocultaron sus breves amores, pero no fueron tan fugaces como el fugaz amor de todos los días, a que el hasta entonces voluble príncipe tenía acostumbrada a la corte, y la corte se alarmó de aquella constancia.

A principios del año 1890, Rodolfo solicitó directamente de Roma la anulación de su matrimonio con la princesa Estefanía, pero la Curia Romana se dirigió al emperador en vez de contestar al

Kromprinz, y el padre supo con enojo el deseo de su hijo: divorciarse de la princesa belga para contraer matrimonio morganático con la baronesina húngara. El 26 de enero, Francisco José mandó llamar a su hijo; el Santo Padre se negaba a su demanda, y el emperador le ordenaba que terminasen aquellos amores.

A la noche, la Embajada de Alemania dió un baile al que asistieron Rodolfo y María Vetsera. El príncipe estuvo alegre y afable; la baronesina bailó con los amigos del archiduque, el conde Hoyos y Miguel de Braganza; hablaba animadamente con ellos y sonreía a las frases galantes que en sus oídos deslizaba el gentil príncipe portugués.

Tres días más tarde...

El conde de Hoyos ha venido a Mayerling en busca del príncipe para una partida de caza; pero el archiduque aún no se ha levantado. Llama discretamente con los nudillos en la puerta de la estancia, y no contesta nadie; una pausa, otra llamada, y el mismo silencio. Entonces, espantado, decide forzar la puerta. Sobre el lecho hay una inanimada y pálida silueta de mujer cubierta de rosas, y a su lado, con la ensangrentada cabeza descansando en el desnudo regazo de la amada muerta, el príncipe imperial duerme con el sueño eterno...»

¿Víctimas de la Fatalidad, que se opuso a su cariño? ¿Víctimas suyas, de la princesa Estefanía, del Kaiser...? ¿Quién sabe...? Destaquemos tan sólo el hecho de que los dos han vivido para ese amor y por él han muerto cuando no podían continuarlo. Antes que perder la libertad de su corazón, rompieron bruscamente con el mundo, que tan definitivamente les trataba. ¿O fueron, acaso, los celos, los que movieron la mano homicida de la princesa Estefanía? En uno u otro caso, siempre la salvaje

EL PROBLEMA SEXUAL

y opresora tiranía por encima de la soberana libertad. Recordemos que en la historia de los príncipes, por ser conocida de todos, se perciben más estos hechos, que en los súbditos se repiten, consagran y perpetúan, como un ejemplo para las futuras generaciones. Todos los reyes de la Historia han tenido una contrariedad amorosa, una tragedia del mismo tipo en torno a su conciencia. Tan grave como la que ellos se crearon es la de muchos pobres ignorados que viven comiéndose las lágrimas o devorando las amarguras entre el anónimo de la masa humana. Que los ejemplos conocidos nos valgan, al menos, para intentar poner remedio al mal que censuramos. Recordemos aquellas frases ingenuas y tan dulcemente inspiradas de las dos cartas que dejó la bella María Vetsera, junto a su lecho de muerte.

A su madre: «Querida madre: Perdóname lo que he hecho. Yo no podía resistir al amor... Quiero ser enterrada a su lado, en el cementerio de Alland...»

A su hermana: «Sé dichosa y no te cases si no es enamorada. Los que sufren por un amor contrariado vendrán a traer flores a nuestra tumba. ¡Cuántas...! ¡Tú no olvides de traerme una todos los años, el 13 de enero...»

EL POEMA DE GILGAMESH.—Por su simbolismo, queremos recordar aquí el poema de Gilgamesh, uno de los más importantes monumentos de las literaturas orientales (en este caso particular, de la Caldea).

Gilgamesh es el «pastor de Uruk, la bien defendida; su pastor y su maestro»; él, el divino, el perfecto, el sabio. Lleva a la juventud a los combates sin jamás devolver un hijo al hogar; arrebata vírgenes y esposas; nada le resiste. Los dioses, enternecidos por el clamor universal, dijeron a Arurú:

«Tú que le has dado la vida, créale su hombre, el que luche con él y libre a Uruk». Arurú creó a Eabani, fuerte y velludo, inteligente y sencillo, que vivió en el campo, entre las bestias. Shamash atendió el universal requerimiento, y envió a Saidú con encargo de estudiar al monstruo y traerlo a Uruk en son de paz. Saidú tembló a la vista de Eabani, huyó, y volvió llevando al abrevadero la más hermosa hieródula de cuantas oficiaban en el culto de Isthár. Amóla Eabani, mas al recobrar el sentido, vió que su ganado huía de él, y cayó en estupor y desmayo. La gentil hieródula lo reanima y lo trae a la ciudad, donde se liga a Gilgamesh con los lazos de imperecedera amistad. Unidos ambos héroes, vencen y matan al rey de Elam, que invadió sus Estados. La belleza de Gilgamesh, triunfador, radiante, con sus regias vestiduras, inflamó el pecho de Isthár. Gilgamesh se niega a los requerimientos de la diosa, la cual se venga enviando un monstruo que sembró la desolación en las orillas del Eufrates. Gilgamesh mata al monstruo, auxiliado por Eabani, que azota las mejillas de la deidad con los despojos de la bestia. Isthár maldice a los dos amigos. Gilgamesh se cubre de lepra y decide marchar con su compañero al límite extremo del mundo, para buscar el árbol de la vida y la fuente de Juvencio; mas en el camino sucumbe Eabani, herido en recio combate, y Gilgamesh se arroja al desierto buscando a Shamashnapistin, el hijo de Ubaratutú, que poseía el secreto de la inmortalidad. Rudos empeños, pruebas aterradoras, nada detiene al peregrino. Al través de prodigiosos azares, llega a la isla de Shamashnapistin; el hombre inmortal devuelve la salud al viajero, lo purifica en su isla y le revela el secreto de la vida, enseñándole la existencia de una planta, semejante a la flor del es-

EL PROBLEMA SEXUAL

pino albar, armada de púas que se clavan como dientes de víboras: «Si tu mano—le dice—consigue tocar esa planta sin sufrir heridas, troncha una rama y llévala contigo; su compañía te asegura la eterna juventud».

Hízolo gozoso Gilgamesh, pero no contó con la envidia de los dioses. Apenas desembarca, ve un pozo de frescas aguas que le invitan a beber, y en tanto refresca sus labios, un dragón le arrebata la preciosa rama. Lleno de angustia, retorno a Uruk y celebra los funerales de Eabani, evocando con ayuda de Nergal, dios de los muertos, el alma de su amigo.

En los dos amigos, percibimos el hombre de mundo, al criado bajo el criterio y la estrechez moral de la ciudad, y por consiguiente de una serie perfectamente trabada de falsos prejuicios frente al tipo de perfecciones eugénicas y de pureza de estirpe. La falta de educación y de orientación, supremo defecto que nosotros nunca creeremos lo suficiente repetido, pues él destruye la más perfecta naturaleza, le hace caer en la tentación de la hieródula y ve con vergüenza que su rebaño, esto es, aquellos que le seguían fiados en la inviolabilidad y pureza de su cuerpo y de su alma se avergonzaban de él después de su claudicación. Isthar, la Venus nuestra, es la diosa del placer, a cuyas seducciones se niega Gilgamesh, influido tan sólo por un afán de ambición puesto que tiene su vista en empresas más altas. Sin embargo, la lepra que le cubre nos muestra que la venganza de la diosa ha sido terrible. Gilgamesh ha caído en los más bajos fondos sociales. El poema nos resuelve el conflicto, que surge con la maravillosa isla de Shamsapistin, el que posee el secreto de la inmortalidad en la renunciación y en la purificación de la especie, alejándose de toda

mejor caballo de cría, a causa de los defectos que puede transmitir a su progenie. Poco tiempo después, Rafael y Beba regresan a la ciudad. Al fin, ella es madre de un niño que nace apenas con vida y es verdaderamente un monstruo. El cruzamiento de sangre de la misma familia, que Gustavo ha estudiado científicamente en su ganado, se manifiesta con igual poder como principio de los aparejamientos humanos.

Beba recuerda la escena de la muerte del caballo, y entonces presente que Gustavo en adelante la despreciará. Ante esta perspectiva, rodea su cuerpo con una cadena de hierro y se precipita en un profundo depósito de agua.

Por encima de la trama del drama, lo cierto es que en él vemos el significado supremo de la misión de la raza y de la necesidad del esmero en los cruzamientos, esmero cuya exigencia vemos repetida en las personas. En todas las literaturas, y especialmente en las modernas, campea en las producciones este mismo sentido orientador y educador de las masas por la vía amable del teatro o de la novela. No olvidemos la experiencia de Beba. Veamos que, al igual que el cruzamiento de la misma sangre, también se perpetúan en los hijos las buenas o malas cualidades, las taras de índoles material y moral, y recordemos que si procuramos para los animales una mayor selección para lograr ejemplares de raza; si cuidamos de las plantas para que éstas no crezcan según las imposiciones de la Naturaleza, sino de acuerdo con los refinamientos de un cultivo seleccionador, ¿qué menos que una observación igual habremos de dedicar a los cruces en las personas, máxime teniendo en cuenta que en ellos está vinculado, no sólo el placer de los cónyuges, sino toda la finalidad de la especie?...

EL PROBLEMA SEXUAL

«LAS FURIAS CAUTIVAS.» LUIS ARAQUISTAIN.— Luis Araquistain ha desarrollado las posibilidades de la Eutanasia, pero analizando el cuidado que debe presidir a su aplicación en una pequeña pero pulcra y bien sentida novela, *Las furias cautivas*, en que se aborda el enorme problema de la vida sexual de los presos. Analiza Araquistain en ella como uno de los casos accidentales, pero, sin embargo, de trascendental interés: el del homicidio por piedad.

Don Leoncio, un viejecito que se halla en el presidio, dió muerte a su mujer, enferma de cáncer, por misericordia; pero en lo íntimo el motivo no fué tan altruista. Un amor inconsciente por su joven mecanógrafa armó su puño tanto como la compasión por la enferma. En la cárcel, entre las frases indulgentes y comprensivas de su compañero de encierro, don Leoncio se da cuenta, tal vez en aquel momento por primera vez, de los móviles tan diversos que han intervenido en su propósito, y los sollozos de arrepentimiento le revelan su propio secreto.

También los literatos españoles han sabido empezar a sentir la complicada trama de estas nuevas aportaciones de la ciencia que descubren todo un mundo nuevo, porque, para nosotros, la Eutanasia, tomada como una solución actual, crea una complicadísima situación de subsistencia a los enfermos y seres inútiles para la sociedad y que, sin culpa por su parte, habrán de dejar transcurrir su existencia entre dolores y amarguras.

EUTANASIA DE HERNÁNDEZ CATÁ.— También el gran cuentista y novelista, el autor de *El ángel de Sodoma* (véase la *Educación sexual*) ha llevado al grato y complicado, por su psicología, ambiente de

sus tiempos estos problemas eutanásicos. Lo hace para subrayar su repulsa contra el «homicidio» píadoso, a base también de los móviles que pueden impulsar el ánimo del que desea abreviar la vida del enfermo. Veamos el asunto: Un viejo catedrático aprovecha la juventud de su alumno, defensor teórico de la «muerte buena», para obligarle, con calculada hipocresía, a abreviar los últimos momentos de la vieja cónyuge, paralítica irremediable. Tiempo después, el joven médico, en un baile caritativo, descubre que aquel anciano, de apariencia respetable, casó con la amante, libre de su anterior matrimonio, en el que hizo la infelicidad de su pobre esposa, afrontada durante años por el marido y la querida.

Tal es en síntesis el argumento del cuento de Hernández Catá. Sin embargo, todo es en ambas obras producto de la degeneración que por causa de su escaso y absurdo empleo ofrece ya la Eutanasia. Sin embargo, cuando ella pueda ser declarada por el Estado como una medida de reforma y de eliminación útil en la infancia que amenazará continuar una vida de lacras y miserias; cuando pudiera ser el propio interesado el que la solicita, no cabe, a nuestro juicio, ese temor a la Eutanasia. Si lo solicita el enfermo, porque es justo concederle esa aspiración; si es el Estado quien lo decreta, porque en él preside, por ser el representante de la colectividad, el instinto de defensa de ella y de reacción humanitaria favorable a unos cuantos seres que habrán de vivir aislados en hospitales, algunos; los más, en contacto con los demás niños, contagiando e infectando, para al llegar a la lucha por la vida tener que ser víctimas forzadas de la enorme inconsciencia de sus padres, dolores todos que la «muerte buena» pueda, al abreviarla para

EL PROBLEMA SEXUAL

ellos, privar también a la sociedad del sostentimiento de todos estos seres, obstáculos, para su mayor interés por los niños sanos, únicos que merecen todos nuestros esfuerzos para procurarles cultura y educación.

«NELIS.»—La tesis de este admirable drama de Enrique Madrazo se contrae a la descripción de un alcohólico y a la trascendencia social del alcoholismo. Su argumento, de extrema naturalidad y sencillez, se desarrolla en tres jornadas. La primera, en una casa de estudiantes y al amparo de una patrona que reconocía no los había tenido ni más aplicados ni más formales. El caso es que ellos vivían alegres, y ella contenta de su parte en aquella pequeña república bulliciosa y comunista.

Entre los estudiantes había uno, Nelis, que, después de acabar la carrera de médico, continuaba sus estudios de hospital y laboratorio con tal aprovechamiento que inspiraba respeto, no sólo a sus compañeros, sino a los mismos profesores: tal de inteligente y de ejemplares costumbres era el infatigable trabajador.

Nelis, en vez de compartir las alegrías de sus compañeros, se apartaba preocupado como si llevase una pesadumbre dentro del alma. También sus amigos, sin darle importancia, advertían que a hurtadillas tomaba algún que otro sorbo de coñac.

El más grande admirador de la gallardía y profunda inteligencia de Nelis era Bartolo, el aspirante a agrónomo; el piadoso Bartolo, como decía Nelis. Bartolo sentía por él verdadera adoración. En ocasiones su alma aparecía devota y arrobada, al modo de aquellos santos de frente aplastada y estrecha que pintaron Zurbarán, Ribera y Murillo.

La solicitud y buen corazón de Ramona no se li-

mitaban sólo a sus estudiantes, sino que guardaba para Andrea, huérfana por ella recogida, el más rico filón de su cariño. Andrea era en aquel alegre revoltear de pájaros vocingleros una flor cuya fragancia cantaba la alegría estudiantil, sin acortar las distancias que pedía la honestidad y buen gusto.

Andrea, bajo los auspicios de Nelis, había logrado el título de maestra superior, más la sabiduría en las ciencias naturales, que él se creyó en el deber de enseñar y ella de aprender.

Aquellas lecciones de cosas y excursiones por el campo llegaron a mover sus corazones en forma de simpatía primero y de amor después.

¿Cuál era el misterio que los enturbiaba?... Nelis sabía la fuerza dominadora de la ley hereditaria. Su voluntad, débil, se defendía, pero peleaba sin esperanza. Este era el conflicto que Andrea no comprendía y que a Nelis traía tuciturno y hurao.

Nelis quería a Andrea, convencido de que en aquel molde de carne sana debía cuajar el hermoso porvenir de la especie humana.

Nelis sabía que en el reparto de la ley hereditaria estaba el ideal de las uniones sexuales y la dicha del vivir.

No podía olvidar el cuadro de su madre moribunda, ni al otro repugnante, de escándalo y acabamiento de su padre bajo el ludibrio de las gentes.

Andrea pregunta la causa de las tristezas de Nelis. Ramona no ve por parte alguna la alegría de aquellos amores. Un amargo presentimiento turba el alma de Andrea y la hace caer llorando en brazos de Ramona.

La segunda jornada pasa en la taberna. Hacia este ambiente de perversión es atraido Nelis por una fuerza superior a su voluntad.

En la taberna, donde todo es ociosidad, maldicio-

EL PROBLEMA SEXUAL

nes y quimeras, los caracteres se agrian e indisciplinan y la ira y la acometividad se encienden, sin que la voluntad reguladora acalle el instinto brutal que manda matar.

En este segundo acto, los efectos del alcohol, que andaban escondidos durante el primero, son manifiestos. ¡Pobre Nelis!... Sus distracciones, incoherencias y ensimismamiento, así como las transiciones de la dulzura a la iracundia, son frecuentes. También su lengua se traba, y se hace trapajosa cuando habla de cosas insignificantes. Cuando se remonta trascendental o habla consigo mismo, entonces su palabra sale limpia y clara, como limpio, claro y profundo resulta su pensamiento.

En la tercera y última jornada, Nelis se ofrece en traje pobre y recosido, vacilante y tembloroso, sosteniendo difícilmente el equilibrio sobre la punta de los pies.

A pesar de los resplandores que de vez en cuando alumbran su cerebro, se ve claramente la decadencia física y moral; su palabra tropieza, y la torpeza se refleja en un mirar estúpido e indiferente. Cuando estímulos cerebrales, como recuerdos u otros, impresionan al alcohólico, entonces se exalta y parece que vuelve la claridad a la palabra y la lucidez a su entendimiento. En ciertos momentos su imaginación cae en alucinaciones y en delirios.

Bartolo, influído por las ideas de Nelis, se transforma en un anarquista místico, y su cerebro débil acaricia ideas gloriosas de sacrificio y redención. Así llega a la extrema locura de arrojar una bomba, que, según él, destruya el mundo viejo de la injusticia y levante el mundo nuevo de la justicia.

Por fin, a las insinuaciones de Andrea, Nelis descubre el secreto. ¡Pobre Andrea!... Un relámpago alumbra la obscura sima que ha de tragarl.

«¡Huye!...», le grita Nelis en un instante de luz. Andrea, anonadada, no contesta, es tarde. Entonces Nelis, con el fin de apagar las penas, la invita a beber. Andrea acepta como último sacrificio, y en los vapores del vino la vergüenza lucha con los instintos.

En estas vacilaciones despierta en Nelis la sexualidad animal y acomete a Andrea, que puede salvarse encerrándose en la habitación. Un ataque de alucinación con delirio de persecuciones es precursor del «delirium tremens», con choque apoplético y muerte.

Este es el ambiente antipático y triste en que se desarrolla el drama del alcoholismo.

«¿Es legítimo que al alcohólico—termina Madrazo—se le permita el matrimonio para engendrar degradaciones?... ¿No es más justo abolir para siempre el uso de un tóxico que mata los cuerpos, las almas y tan hondamente perturba la sociedad?...»

Esta es, en suma, la honda tragedia social de muchos hombres, en los que tal vez la lectura de estas líneas hará revivir, con el dramatismo de su vida y de su herencia atávica, el de esa injusticia social que les ha condenado de por vida a una existencia de dolor y de amargura.

UN CUENTO. GALANTERÍA.—Con preferencia a cualquier comentario, preferimos solamente transcribir aquí un cuento revelador de ese grotesco espíritu del pseudodonjuanismo actual. Los que censuramos el donjuanismo sabemos, sin embargo, que podía ser un resultado de la época, y como tal disculpable. El pseudodonjuanismo actual es el predominio de la matonería, de una chulesca y falsa dominación, porque no tiene para fundarse ni siquiera la virilidad de que podía hacerse gala antaño. Veamos

EL PROBLEMA SEXUAL

un ejemplo. Un cuento de un autor casi anónimo, de A. de la Serna. Un cuento revelador y que muestra una exquisita percepción de los hechos. Este cuento apareció publicado en *Heraldo de Madrid*, en la sección «El cuento de hoy», casi dedicada en su totalidad a los autores noveles. Presumo que será autor novel el que lo escribió, pero ha sabido pintar un magnífico aguafuerte en que se revela la más intensa rebelión contra la absurda situación que la generación actual, en una de sus partes más degeneradas, se ha creado a sí propia.

«Conozco, amigo Ibarra, al héroe de tu cuento «Galantería» y comparto contigo el desprecio que te inspira el prototipo del chulo asqueroso y repugnante que pulula por nuestro cosmopolita Madrid.

Perdona si con esto crees que deshago tu ilusión de sentirte terriblemente individualista; lo serás y yo también lo soy; pero mi individualismo, aunque parecido al tuyo, discrepa algo en ciertos puntos; luego no dejas de ser un individualista a tu modo, como yo lo soy al mío.

¿ Ejemplo? Sí, en el concepto que tengo de Don Juan. Tú le confundes con el chulo de hoy. No es eso. Don Juan no es un chulo. Es un canalla. Todos sus actos son vituperables, pero no explota a la mujer, no vive de ella; recoge lo mejor del encanto femenino que le ofrecen, o que pide, pero no lo exige; tiene astucia y maña para engañarla, conseguirla y luego arte para abandonarla. Doña Inés se le ofrece; él la toma.

Ana de Pantoja le prefiere a Mejía; él acepta; ¿cómo no? Allá ellas. La morfina mata; pero ¡es tan atractivo el tóxico! Y lord Byron nos lo muestra galante al extremo de intentar probar en su persona el veneno de los Borgias antes que la amada de aquel día sucumba a los efectos de la droga

terrible. Es más: Don Juan se bate con el primero que quiera cruzar con él su espada; mata, y mata a veces con nobleza, porque el burlador de Sevilla pone en la mano desarmada de su enemigo otra espada igual a la suya para que se defienda.

Don Juan no es un hombre, es un invertido sexual; muy conformes: es un aborto del infierno. Pero... cuando Tenorio toca la carne rosada de una mujer es para prodigarle una lasciva caricia..., y hoy, el cobarde chulo de nuestro cuento... Bueno; no vamos a refiir por nuestras pequeñas diferencias, y voy a seguir con la galantería de Pepito Paz, no José Sánchez Paz. Llamarse José ya es de hombres, y apellidarse Sánchez es muy posible que sea de español. Sentirse llamar Pepito ya cuadra mejor al tipejo que nos interesa, y suplantar el primer apellido por el de Paz está más a tono con su personaje; suena éste algo así como a perfume de mujer. Afinidades.

Granja del Henar. Hora, entre dos luces, la del día que se va y la que nos brindan las típicas velas del salón. Personajes en escena: unos cuantos aburridos, pocos que se dieron cuenta del manejo asqueroso que se traían los dos pollos chanchullo; éstos que recogen la vuelta de cambio, y el camarero, de frac, correcto, ceremonioso, que se aleja ya de la mesa, y al darle en la nariz el tufillo del billetito hace una característica mueca de asqueado.

Pepito Paz y Eleuterio Lanzas se levantaron para salir; antes de dar un paso, Pepito comprobó con un tironcito que no se había deshecho la raya del pantalón, dió un toque al nudo de la corbata, acarició las puntitas del cuello estirándolas y rompió marcha convencido de seguir hecho un castigador.

Satisfecho, despreocupado, atravesó el salón con empaque, dándose golpecitos en el pecho como un

EL PROBLEMA SEXUAL

hombre; nada, como todo un hombre. Detrás de él, Eleuterio Lanzas, admirativo, ganó casi al mismo tiempo la calle.

Van acera adelante, camino de Sol, como dos anuncios de una rifa exclusiva para mujeres, porque Eleuterio va siendo discípulo aplicado de Pepito, ya que el negocio da pingües ganancias. Hablan de separarse para cenar; luego se juntarán en «Riesgo» o en el «Regina» para esperar nuevos recursos que aportarán Lola o Fiff, con los cuales hacer frente en las altas horas de la mañana en Lido, en el Maipú, a su aire de «spleen», que adoptan muy bien, dándose tono de gente mundana.

Riesgo. Las doce de la noche. Está el salón casi vacío. De los pocos concurrentes, Pepito Paz y Eleuterio Lanzas esperan impacientes, después de dos horas largas que llevan sentados junto a la mesa, ocupada con dos servicios de café. No ha alcanzado a más el presupuesto de hoy, y hay que resignarse fingiendo. Van ya consumidos unos pitilllos, otro y otro, hasta el fino egipcio, el «capstan» se acaban ya. A pesar de todo, hay que saber portarse. Pepito se porta muy «dernier cri».

Ahora se distraen algo más, y miran retadores, con desprecio, a los burguesitos que salen del teatro, toman un chocolate o unos bocadillos y se retiran, o al orondo banquero, o al título en decadencia que se queda esperando la «midinette» fácil, a quien pagarán bien un ratito de ilusión.

Ir y venir constante de estas maripositas del placer, a quienes nuestra estúpida sociedad equivocada reglamenta el vicio y regula las horas, humillándolas vergonzosamente, de su triste negocio.

Pepito Paz las mira con desprecio de arriba a abajo, a unas; a otras que le sostienen la mirada les hace la gracia de una sonrisa; él se cotiza muy

alto, y espera que lleguen Lolita o Fiffi. La espera ya se prolonga demasiado, y así se lo comunica por lo bajo a su compañero al fijarse que son las dos de la mañana. Algo embarazosa la situación porque apenas si les queda del billetito para pagar el gasto hecho; pero él, Pepito, sabe salir airoso del paso.

Se levanta, llama al camarero, que acude solícito, y con aire fanfarrón le deposita sobre la mesa toda la calderilla que le queda en el bolsillo.

Es él así de espléndido. Salen los dos amigos a la calle. En plena acera les aborda un arrapiezo que les ofrece un coche (tanto dice el porte señoril de los dos majaderos) y una ancianita que brinda a Pepito un «gordo» del sorteo de mañana. Inútil esta vez. Ni una mirada de desprecio han recogido los pobres suplicantes.

A Pepito le atrae el anuncio rojo del Palermo thea-souper que se ve enfrente, y una idea que le ilumina el rostro se la comunica a Eleuterio como una seguridad.

—Allí estará, vamos...

Despacio cruzan de acera a acera, y ya la luz del anuncio les invade con esa matizada coloridad que semeja anteceder a exóticos paraísos de postguerra, de placer y sensualidad.

Suben poco a poco, sin celeridad, los pocos peldaños que les separan del cabaret, y ya en el marco de entrada, Pepito examina el salón, radiante de luz y de colores.

Sus ojos han tropezado con la mirada de Lola o de Fiffi, que prueba al lado de un vejete trasnochador, en fina copa, las delicias del vino transparente y perturbador.

La expresión de los ojos femeninos le dijo algo que acabó con todas sus repugnantes esperanzas.

EL PROBLEMA SEXUAL

Se dió cuenta de que por aquel día, la gracia de Dios, esa gracia tan problemática que, según los directores del fenecido Directorio, reparte San Francisco por España, en forma de billetitos de Banco, no llegaría a él, y se sintió el chulo fracasado que no se resigna ante la veleidad de la mujer.

En aquel momento, el estruendo del «jazz-band», iniciando un baile de importación, superproducto yanqui, puso en pie a las parejas más decididas, dispuestas a descoyuntar sus articulaciones en movimientos incoherentes y caprichosos de posesos.

Era la ocasión propicia para demostrar que a él, a Pepito Paz, al hijo del policía, no le desaira una mujer impunemente. Decidido, insolente, cruzó por entre las parejas con aire dominador, perdonando vidas, hasta llegar cerca de Lola o Fiff, en cuyo rostro sonrosado, sediento de caricias y ávido de ternuras que nunca conoció, apagó el estruendo de la orquesta el chasquido de una bofetada que acababa de cuajarse.

Pepito Paz salió como había entrado, más nombre todavía si cabe, ya que en todo el salón, de los pocos que se dieron cuenta del desmán, no hubo uno, ni uno solamente, que se permitiese hacerle la más mímina objeción al repugnante agravio.

A las cinco de la mañana salían del Palermo unas cuantas parejas; ellas, fingiendo con risas y alegrías vejaciones humillantes que no castiga una sociedad ultracivilizada; ellos, gallardos, insolentes, calándose con desgaire el sombrero de alas caídas sobre la parte que deja descubierta un traje de espartapájaros.»

Tal una de las vergonzosas lacras actuales, magníficamente pintada y escrita. Terminar con ella debe ser una de las más urgentes aspiraciones revolucionarias. La revolución sexual debe empezar

por pedir una libertad para todos, pero también por hacer aprender a los que de ella pretenden aprovecharse para beneficio propio que podrán libremente ejercitarla, pero que habrá siempre una sociedad que por cualquiera de sus miembros pueda darse legítimamente por ofendida de estos ataques bruscos e injustificados, y que no revelan majeza ni hombría, sino canallería y chulesco comportamiento.

Frente a la degeneración actual del hombre la sociedad no podrá poner ninguna traba. El es libre de venderse si hay mujeres u hombres que lo cotizan. Pero frente a la acción de ese «hombre» que se crea que la sociedad por tolerarle le garantiza un derecho a disponer de su cuerpo y actuar libremente, ella deberá imponer el correctivo que estime oportuno, porque hay algo que ante toda moral de cualquier índole quedará vivo y algo latente, sean cualesquiera las transformaciones que sufran, y eso será el respeto a la justicia y a la sensibilidad.

EL HOMBRE DEL PLACER.—En el teatro de la Magdalena se representó el pasado año una producción asimismo muy moderna y, como todas ellas, presentando un problema psicológico de complicada solución. Se trataba de la producción *L'homme de joie*, obra de Paul Gerald y Robert Spiter... Veamos el argumento de la obra :

Fernando Jollinet y Magdalena componen un matrimonio bien avenido. Ella es honesta y hacendosa; él, un industrial inteligente y laborioso. Tipo de matrimonio de la clase media, de vida pacífica y un tanto monótona. Sin embargo, en la obra existe asimismo un galán que la sitúa desde muy antiguo, lo de siempre también, el tercero que se interpone entre la felicidad monorrítmica del matrimonio. Magdalena sufre asimismo en silencio, pero

EL PROBLEMA SEXUAL

desesperadamente, porque su marido busca otra mujer fuera de su casa. Lo de siempre también, dos personas, otras dos, otra mujer y otro hombre sitian a los dos cónyuges; el hombre, habituado a la libertad, con garantías de que aquélla no habrá de ser un obstáculo, cede. La mujer, con una educación tradicional y primitiva, sabiendo que su libertad habrá de recibir el desprecio y el castigo ante su esposo y ante la ley, resiste. Nada más.

Pero Magdalena no se resigna. Sueña con conquistar a su marido y rehacer su hogar. ¿Con tercuras?... ¿Con mayor afecto?... No. Para ciertos hombres ya muy hechos no basta, y Magdalena lo reconoce. Su cabeza de mujer idea un medio mucho más ingenioso y que le acredita de hábil diplomática. Hace que su pretendiente corteje a la concubina de su marido. Y el autor pasa a describirnos en unas escenas admirables cómo es el pretendiente de Magdalena, eje de la obra, y en torno al cual gira toda la acción. Se trata de un Don Juan romántico, bien parecido, tonto, poco sensible y elegante, señorito que baila bien y sin dinero. Tal es el hombre del placer.

¿Cómo se desenvuelve el conflicto?... ¿De qué modo se complica la situación que la comedia presenta?... Magdalena, no habituada a estos juegos, cae por la resbaladiza pendiente y va ella misma a «pecar». El pretendiente de Magdalena rinde por dos veces a la amante del marido de ésta, y cuando ella se le acerca rendida ya, aunque tan vanamente intentó conquistarla, ahora la rehusa. Porque estima que ello sería pagarle el favor prestado y él no se presta a eso. Así termina la trama oficial de la comedia.

—Seremos amigos—dice él—, con una amistad de la que no está ausente el deseo.

Magdalena.—Pero un deseo no satisfecho carece de sentido.

Enrique.—Es precisamente lo contrario: ¿qué queda de un deseo después de su satisfacción?

Al final, después de esta escena, en que se resuelve el conflicto porque Magdalena se repliega sobre sí misma y abandona el ya iniciado descenso, el hombre, Fernando, se refugia en el hogar. Vuelve a su mujer sin sospechar el peligro o la duda o la incertidumbre por la que ella acaba de pasar...

¿Y qué revela esto? Nos lo dirá, con su corrección y acertado juicio, Manuel Bueno en su crítica:

«Si en lo futuro se pretende saber lo que valía moralmente la conciencia futura femenina en nuestra época y los investigadores se documentan en el teatro, sus conclusiones van a ser terribles. No hay obra sin adulterio consumado o frustrado, ni alma de mujer que no tenga algo de mentira. ¡Qué horror!... Fijaos si no en la comedia que acabamos de conocer. Se titula *El hombre de placer*, y sus autores son un poeta de la tradición literaria de Musset y un escritor que no pasa por ser de un feminismo feroz. ¿Qué opinas tú de esa Magdalena que se nos ha presentado cuidadosa de su decoro durante el primero y segundo acto de la comedia? ¿Qué le ocurre en puridad a esa mujer?

—Pues que se ha enterado de que su marido le es infiel.

—Lo cual, a mi modo de ver, no es una catástrofe. De cien casos, en noventa el hombre se distrae fuera de casa. Yo no digo que haga bien, sino que se divierte cortejando con varia fortuna a otras mujeres. Pero, ¿no ha sucedido siempre lo mismo?... Sí. Ha sucedido siempre lo mismo. Lo que ha variado es la disposición de ánimo de la mujer frente a la traición del hombre. Antes se resignaba y aho-

EL PROBLEMA SEXUAL

ra se venga... El derecho al placer libre se ha extendido de un sexo al otro. Ha dejado, pues, de ser un monopolio. Eso es todo.»

Eso es todo, en efecto. Pero ya es lo suficiente. Es importante y trascendental. La mujer ya no reacciona del mismo modo ante las pretendidas infidelidades. No reacciona porque trata de cometerlas aunque no llegue a consumarlas, que tan punible es la tentativa como el delito consumado, aunque la responsabilidad civil por los daños causados tenga que ser menor. Tan punible es ante las propias normas religiosas, «porque es la intención la que salva o la que daña», aunque las consecuencias sean unas u otras.

Esta es la clave de todas estas obras. En todas ellas, que no hacen otra cosa que llevar a la vida del teatro fragmentos de la existencia humana con todas sus reacciones del presente y ambientadas en la etapa actual, se percibe ese sentido innato y profundo de que la mujer ya no es la misma que antes, de que la mujer ha aprendido ya a avanzar y a reaccionar. Que choque con un hombre de placer, que saliendo por una moralidad que él no pone en práctica se defiende, no es la cuenta del público, sino del novelista. Que lo haga independientemente de todo criterio, de toda crisis de su existencia, es lo que importa. Y ello define de sobra la conducta femenina de la actualidad. La define y la consagra. La mujer ha aprendido en el libro abierto de la existencia la primera lección de venganza. Le falta aprender la del respeto a la libertad de él como a la suya propia. El tiempo se lo enseñará.

«TOI QUE J'AI TANT AIMÉE».—Henri Jeanson se revuelve en esta obra contra muchos de sus censores. No se trata aquí de analizar sus opiniones. El se-

ñor Jeanson presenta en esta su obra un criterio. Henri Jeanson es un autor dramático moderno, aunque, por lo mismo, hasta aquí sea un tanto desconocido. *Toi que j'ai tant aimée* es una comedia muy bella. No es preciso que el asunto sea nuevo. La comedia es eminentemente humana. Así nos la descubre Manuel Bueno, que se ha preocupado de analizar las modernas direcciones del teatro nuevo para extraer de él sus enseñanzas.

Un hombre, Laurent, ama a su mujer, la cual está enamorada de otro. Mariana, como la mayoría de las mujeres, quisiera conllevar sus dos cariños: el apacible que siente por su marido y el otro que la enardece en la intimidad culpable; pero Laurent, cuyo carácter no es flexible, no se presta a aquella solución tan moderna. Para sostener cierto tiempo aquella situación—todo el tiempo que dura la ignorancia del marido—Mariana no emplea más que un método familiar a toda mujer de su complejidad espiritual: la mentira.

Pero la mentira no puede ser más que un recurso provisional. Si pudiera reinar de un modo permanente, valdría tanto como la verdad. Un hogar cimentado en la mentira es tan frágil como una reputación fundada en la benevolencia ajena. Antes o después, se derrumba. Hay momentos en los que parece que Laurent va a aceptar una posición degradante, ya que la inmensidad amorosa parece justificar ciertas cobardías. Pero Laurent es un «hombre digno» que no se resigna con el ridículo.

Sobreviene la ruptura después de una escena de los tres, la dama, el marido y el que ha seducido a la dama, escena de un admirable sabor, lo que hace preguntarse a Manuel Bueno, con justicia, cómo soportaría nuestro público aquella escena...:

EL PROBLEMA SEXUAL

—¿Y por qué me has engañado?—pregunta él, más triste que colérico.

—Porque la vulgar felicidad que me dabas me aburría. Hace ya mucho tiempo que dejé de quererte... ¿Por qué seguía a tu lado en esta casa?... Por la fuerza de la costumbre, por falta de carácter y por cobardía. ¡Oh, cómo me aburrisas tú y cómo me pesaban tus amistades!... Aquella felicidad, tan mezquina como tus ambiciones, me era insoprible.

Ruptura y separación sin igualdad en la pena, pues mientras ella se va contenta, él marcha desesperado.

¿Podrá vivir Laurent sin Mariana? ¿Será dichosa ella con Claudio?... Aquí interviene la clemencia del tiempo. Laurent olvida y Mariana es olvidada. La ley de las compensaciones actúa.

Años más tarde, Laurent y Mariana se encuentran en un hotel situado en un pueblo. Laurent es un viajero que acaba de llegar buscando alojamiento, y Mariana la encargada de la dirección del hotel. Al momento no se reconocen. Hace tan sólo pocos años que se han separado, pero para su olvido han sido siglos.

Y hablan y reviven el pasado por el único medio de que disponen para resucitarlo: por la palabra.

Recuerdan, aunque ninguno se consuela... ¿Cómo acabará la conversación, tan fría, tan triste?... Mariana quiere envolverlo en el encanto de los días lejanos. Vanidosa, cree que él ha llegado allí, no por casualidad, sino por el atractivo del amor que dice haberla profesado. El la desengaña; y como no hay un cuarto cómodo en aquel hotel, se va del brazo de otra mujer. ¿Joven, bella? Cualquiera otra mujer que ya no es Mariana, que es una nueva rival...

Hasta aquí la concepción de la obra de Jeanson. Una concepción que revela cómo los antiguos cariños no pueden ya resucitarse, ni evolucionar, porque desaparecen; una concepción muy humana, que presenta la tragedia de la imposibilidad moral en que se encuentra el marido, educado a la antigua usanza, de continuar la existencia coexistiendo su amor con otro.

De seguro que Laurent habrá hallado insatisfecho en su mujer algún capricho especial, algún otro deseo, y habrá ido a buscarlo en otro amor, generalmente mercenario. El cree que su mujer, aun sabiéndolo, puede tolerar la existencia de los dos amores. Pero estar él en el mismo caso, jamás. Absurda concepción que labra su mutua desdicha. Aprovéchense de ello los que pretenden moralizar y los que se rebelan contra lo estatúdo.

El mejor medio de conservar la unidad por tantos decantada es el de saber armonizar los mutuos deseos y las aspiraciones de los dos, si no se resignan a labrarse esa tragedia desconsoladora de los años. Y, sobre todo, para que esto último se evite, que sepan los que se separan, no por una cuestión de principios totalmente falsa, sino por su propia creencia, que les es dable y lícito buscar consuelo y compenetración en otros seres que sepan comprenderles mejor. Que lo aprendan como suprema lección de la libertad que les garantiza su existencia, como suprema adquisición de un futuro, donde exista una familia mejor organizada, porque se sepa que puede ésta romperse y evolucionar según el criterio de cada uno de ellos, y que aquellos que sean amantes de su continuidad y no vacilan en mantener fuera de ella otro amor, no les importe que la mujer, haciendo uso de su legítimo derecho, busque también fuera del hogar otra total compe-

EL PROBLEMA SEXUAL

netración. No olvidemos que posiblemente en la vida todos somos, según magistralmente expresa Gómez de la Serna, «medios seres», y que es difícil hallar el medio de completar cada una de las mitades.

La mitad blanca y la negra del ser necesitan otra que las complete y defina. No entorpezcamos la obra de la Naturaleza con estúpidos prejuicios de una moral que los hombres han inventado para justificar los actos más injustos y evitar la felicidad de los más.

«EL OBSTÁCULO», DE DAUDET.—Didior, marqués d'Alein, es el prometido de Magdalena de Remondy, rica heredera, menor de edad y que tiene por tutor a M. de Castillon, magistrado. En Niza, donde se encuentran las dos familias, pues con Didior está su madre, se concierta el matrimonio. Pero el tutor, que como el Doctor Bartolo y otros muchos tutores, quiere para sí la pupila, averigua que el padre del novio ha muerto loco, y esto le sirve de pretexto para oponerse a la boda. Didior ignora la enfermedad de que murió su padre, pues su madre, la marquesa d'Alein, siempre le ha ocultado la terrible verdad para evitar que la aprensión de heredar la locura precipite en ella acoso al hijo querido. Para conseguir que se rompan aquellas relaciones, a lo que Didior se opone con vehemencia, es necesario que la misma Magdalena, en una dolorosa entrevista, declare, mintiendo por caridad y por amor, que ya no ama a su novio.

Didior, desesperado, se vuelve furioso contra el tutor, y exclama :

—Ya es libre, libre para todos; puede ser de quien quiera... Pero de usted, jamás; si usted osa levantar los ojos hasta ella...

—Señor marqués—interrumpe el tutor—, ya veo que está usted loco, lo mismo que su padre. Y nadie se bate con un loco.

Aquí comienza el mayor mal: el terror de la marquesa; su hijo sabe la verdad, que tan cuidadosamente le ocultó siempre; puede la aprensión, el miedo, llamar la locura, que acaso se hereda indefectiblemente. ¿Qué hacer?... El mayor sacrificio: declarar a su hijo, matando el honor por salvarle a él, que su madre ha sido culpable, que el loco... no era padre suyo. Inútil recurso: Didior no cree en la deshonra de su madre; no cabe insistir en aquella superchería.

—¿Tú culpable, madre?—dice Didior—. ¡Imposible! De eso no me podrá persuadir nadie.

Hermus, un amigo de la familia, entusiasmado con esta respuesta, declara la verdad: su madre teme que Didior, preocupado con la idea terrible de la herencia funesta, sea despreciado bajo el influjo de tal idea.

—¡Pero si, gracias a Dios—contesta el marqués—, esa idea no la he tenido en mi vida! Por lo pronto, porque tengo la cabeza firme y los ojos en su sitio. No sé lo que es vértigo. Y además, los nuevos catecismos de la ciencia moderna yo no los acepto ciegamente; pienso como tú, mi antiguo maestro, que para luchar contra el poder nocivo de la sangre heredada el hombre lleva una fuerza «moral e interior» (sic) que, si él quiere, puede emanciparle de esas leyes de la fatalidad.

Y Hermus añade:

—¡Pues ya lo creo!... Y eso es lo que nos diferencia del bruto.

Este es *El obstáculo* en esqueleto; sus bellezas, que al parecer son muchas, no consisten, como se ve, en la presencia del protagonista, la locura he-

EL PROBLEMA SEXUAL

redada, el mal del padre repercutiendo en el hijo y espantando a la madre como espantó a la esposa.

Algunos han dicho que Daudet se proponía demostrar que «no siempre» se hereda la locura; pero no debió de ser tal el propósito del ilustre novelista. Entre otras razones, nos dice «Clarín» en su crítica, porque Didior, al acabarse la comedia, es muy joven todavía, y puede ser que cuando ya nadie se acuerde del Obstáculo, el marqués d'Alein pierda el juicio, previa o no la aprensión de perderlo. Y entonces, adiós tesis.

«LOS APARECIDOS», DE IBSEN.—Cinco personas figuran en *Los aparecidos*: la señora Elena Alving, viuda del capitán y chambelán Alving; Oswaldo Alving, su hijo, pintor; el pastor Manders; Engstrand, carpintero, y Regina Engstrana, criada de la señora Alving. La escena representa una casa de campo a orillas de un «fiord» de la Noruega septentrional.

La señora Alving ha sufrido años y años bajo el poder brutal de su marido, y ha sufrido en silencio, hasta el punto de dejar creer al mundo entero, aun a sus más íntimos amigos, que el capitán Alving era una persona digna de todos los elogios que el pastor Manders piensa consagrarse en la oración inaugural de un asilo benéfico erigido por la viuda en memoria del difunto esposo.

Es necesario advertir que en su juventud el pastor Manders estuvo enamorado de Elena, y que los instintos de una mutua inclinación sólo fueron vencidos a tiempo a fuerza de virtud y merced, sobre todo, al ascendiente moral de Manders sobre su amiga; casada ésta, sacerdote él, se separaron sin culpa alguna y no volvieron a verse, pues los Alving se retiraron a la aldea hasta que la administración

del instituto benéfico de los Alving trajo a Manders a la presencia de Elena, ya viejos los dos.

Elena, después del primer año de matrimonio, huyó de su marido; pero los consejos del pastor la volvieron a su hogar y a su deber. A pesar de esto, Manders, fiel guardador de los preceptos de su moral religiosa, no está satisfecho de su amiga, y le lanza sin miedo acusaciones que le parecen fundadas porque él ignora todo el misterio terrible de aquel hogar en que había un tirano loco, entregado al vicio, y una mártir. Oswaldo, alejado de la casa paterna desde muy joven, antes de tiempo ha adquirido en París costumbres que el pastor condena, y de sus consecuencias deplorables culpa también a Elena.

Manders.—Usted, señora, ha estado toda su vida dominada por una invencible confianza en sí misma, siempre propicia a despreciar el yugo de toda ley. Jamás quiso soportar el yugo de una cadena. Todo cuanto en la vida le molestaba se lo ha sacudido de encima, sin pena, sin remordimiento; no quiso ser su esposa, y huyó de su marido; no quiso usted la incomodidad de ser madre, y ha enviado a su hijo al extranjero...

Señora Alving.—Es verdad. He hecho todo eso.

Manders.—Ha sido usted culpable, lo reconoce, para con su marido, al cual consagra hoy una reparación levantando ese monumento a su memoria; culpable para con Oswaldo, su hijo, reconózcalo usted también... (Pausa.)

Señora Alving (lentamente y dominándose).—Ha dicho usted, señor pastor, y mañana hablará ante el público para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana; pero hoy tengo algo que comunicarle... Al juzgar mi vida de esa manera no hace

EL PROBLEMA SEXUAL

usted más que unir su opinión a la opinión general.

Manders.—Bien, sí; ¿y qué?

Señora Alving.—Hoy, *Manders*, le debo a usted toda la verdad. Esta verdad es que mi marido ha muerto en la disolución en que siempre había vivido.

Manders.—¿Y a los extravíos de la juventud los llama usted disolución?

Señora Alving.—Nuestro médico se servía de esa expresión.

Manders.—¿De modo que todo vuestro matrimonio, aquella común existencia de tantos años, no habrá sido más que un velo echado sobre un abismo?

Señora Alving.—Ni más ni menos. Para ocultar el secreto necesité una lucha a cada instante. Después que nació *Oswaldo* pareció que mejoraba la situación, pero fué por poco tiempo. Doble combate desde entonces. Yo tenía que ocultar al mundo entero qué clase de hombre era el padre de mi hijo. Por fin..., el chambelán de mi esposo cometió la abominación más indigna: trajo a esta misma casa, ahí, a esa estancia, sus liviandades; persiguió a una criada, la venció y estos amores tuvieron consecuencias... Después..., para retenerle en casa, para que no llevase fuera nuestra ignominia, tuve que hacerme camarada de sus orgías; sentarme a su mesa y beber con él, y luchar con él, cuerpo a cuerpo, para meterle en su lecho...

Manders.—¿Y ha podido usted sufrir tanto?

Señora Alving.—Por mi hijo. *Oswaldo* tenía que salir de esta casa; había cumplido siete años; empezaba a fijarse, a observar, preguntaba...; no podía estar aquí. Toda la herencia de su padre la gasté en el asilo... No quería que *Oswaldo* heredase nada de su padre. Todo lo que tenga mi hijo ha de ser mío todo...

H I L D E G A R T

Oswaldo, de quien al verle por primera vez había dicho Manders: «Cuando le vi entrar con la pipa en la boca, creí ver a su padre resucitado», persigue a Regina, la criada, allá dentro, en el comedor.

(Se oye el ruido de una silla que cae, y voces.)

La de Regina, mitad estridente, mitad ahogada: «Oswaldo, ¿estás loco?... Suéltame. (Frase análoga a la que reveló a Elena las relaciones de su esposo y la criada.)

Señora Alving (retrocediendo espantada).—¡Ah!
(Fija la mirada con extravío en la puerta entreabierta. Se oye a Oswaldo toser y bromear. Después, el estallido de un tapón de botella que salta.)

Manders (indignado).—Pero... ¿qué quiere decir? ¿Qué es esto, señora Alving?

Señora Alving (con voz ronca).—¡Aparecidos!... ¡Resucitados!... ¡La pareja del invernáculo que vuelve!...

Manders.—¿Qué dice usted? ¿Regina?... ¿Será acaso...?

Señora Alving.—Sí. Sígame usted. Ni una palabra.

Y así termina el primer acto, en que el terror de la madre no es el de la obra de Daudet de que el hijo pueda heredar el mal del padre, sino la visión gráfica y real del mal heredado que se revela de repente.

Oswaldo, a quien su madre alejó del hogar por apartarle del ejemplo y del contagio de su padre, llega a ser en París artista de grandes esperanzas; pero el vicio le llama, la vida alegre le envuelve, le va hundiendo en esa su frágil arena movediza, y al sentirse hundido conoce las causas de ese hundimiento. Al volver junto a la madre, que él cree que apenas si le ama, siente el deseo de comunicarle sus

EL PROBLEMA SEXUAL

angustias y su terror. Come y bebe con exceso, lo que asusta a la señora Alving, y su hijo acaba por revelarle el terrible misterio de su vida, mostrándole la repugnante llaga de su herencia.

Oswaldo. — Escúchame tranquilamente. Lo que tengo no es una enfermedad, lo que se llama enfermedad generalmente. (*Cruzando las manos sobre la cabeza.*) Madre, tengo el espíritu así como roto. Soy hombre al agua. Ya nunca podré trabajar. (*Oculta el rostro entre las manos y cae a los pies de su madre sollozando.*)

Señora Alving. — Oswaldo, mírame. No, no; lo que dices no es verdad.

Oswaldo. — ¡ No trabajar más ! ¡ Jamás ! ¡ Ser como un muerto vivo ! Madre, ¿ comprendes este horror ? ¿ Puedes figurártelo ?

Señora Alving. — ¡ Desgraciado hijo mío ! ¿ Pero de dónde viene ese horror ? ¿ Cómo se ha apoderado de ti ?

Oswaldo. — No puedo darme cuenta de ello. Jamás me he abandonado a una vida... que pueda llamarse borrascosa. No, en ningún sentido. Puedes creérme lo ; soy sincero...

Señora Alving. — Oswaldo, no lo dudo.

Oswaldo. — Primero, violentos dolores de cabeza, sobre todo en el occipucio ; me parecía tener el cráneo dentro de un círculo de hierro. Me era imposible trabajar. Quise comprobarlo con un gran cuadro. Mis facultades no me obedecieron : no podía concentrar la atención, fijar las imágenes : todo daba vueltas en mi derredor ; era un vértigo. Por fin, llamé al médico. Por él lo supe todo.

Señora Alving. — ¿ Qué quieres decir ?

Oswaldo. — Era una notabilidad. Me preguntó cosas que parecía que nada tenían que ver con mi estado. Acabó por decirme : « Hay en usted desde su

nacimiento algo así..., «vermoulu». Se sirvió de esta palabra francesa.

Señora Alving (con atención concentrada).—¿Qué quiere decir eso?

Oswaldo.—Eso era lo que yo no comprendía. Por fin se explicó el cínico del hombre... (Apretando los puños.) ¡Oh!...

Señora Alving.—¿Qué dijo?

Oswaldo.—Dijo: los pecados de los padres caen sobre los hijos.

Señora Alving (levantándose lentamente).—¡Los pecados de los padres!...

Oswaldo.—Me daban tentaciones de abofetearle...

Señora Alving (atravesando la escena).—Los pecados de los padres...

Osvaldo.—Por tus cartas le hice comprender que no había caso; que mi padre...

Señora Alving.—¿Y entonces?...

Oswaldo.—Entonces comprendí que había equivocado el camino. Y así fué como pude saber la verdad, la intolerable verdad. ¡Oh, la dichosa vida de expansión de la juventud..., las campañas de la gente alegre! Debí haberme abstenido. Había ido más allá de lo que consentían mis fuerzas. ¡Todo por mi culpa!

Señora Alving.—No, Oswaldo, no creas eso.

Oswaldo.—No había otra explicación posible. ¡Perdido para siempre por mi propio aturdimiento! Si a lo menos fuese una herencia, algo contra lo que yo no pudiera luchar!...

Oswaldo pide a su madre, horrorizada, como un niño mimado, que satisfaga sus vicios; la sed, aquella ardiente, constante sed... Y después le pide el cuerpo hermoso, seductor, fresco y robusto de Regina, la «mariposa negra», la pérflida criada.

EL PROBLEMA SEXUAL

La madre ya no lucha con el hijo; va cediendo y va entregando a Oswaldo todos los medios de disolución que reclama, sin detenerse en miramientos morales. La madre le da ese aliento de concupiscencia como pudiera darle juguetes al niño enfermo. Regina, la salud y la corrupción han partido. Oswaldo y su madre quedan solos.

Oswaldo.—Madre, soy un enfermo. ¡No puedo pensar más que en mí mismo!

Señora Alving.—Bien, bien. Yo sabré tener paciencia...

Oswaldo.—¡Y alegría, madre!

Señora Alving.—Bien, sí, lo que quieras. ¡No he conseguido alejar de ti todo lo que te sofocaba..., los remordimientos?

Oswaldo.—¡Ay, sí!... Pero ahora, ¿quién me librará de la angustia?

Señora Alving.—¿La angustia?...

Oswaldo.—Regina lo hubiera conseguido con una sola palabra...

Señora Alving.—¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

Oswaldo.—Madre, ¿va pasando la noche?

Señora Alving.—Va a despuntar el día. El alba colora las cumbres. ¡Tendremos buen tiempo, Oswaldo!... ¡Dentro de pocos instantes verás el sol!

Oswaldo.—Me alegro. ¡Hay tantas cosas que pueden alegrarme y convidarme a vivir!...

Señora Alving.—¡Ya lo creo!

Oswaldo.—Aunque no pueda trabajar...

Señora Alving.—Podrás trabajar, pronto podrás...

Oswaldo.—Y ahora que has disipado mis aprensiones y el sol va a salir..., hablemos, madre. Vas a saberlo todo.

Señora Alving.—¿Qué quieres decir?

Oswaldo.—Madre, ¿no has dicho esta noche que

nada hay en el mundo que no hicieras por mí si yo te lo rogase?

Señora Alving.—Sí, lo he dicho, y es verdad.

Oswaldo.—Pues escúchame y no me interrumpas, oigas lo que oigas. Has de saber que esta fatiga... y este estado en que la idea del trabajo se hace insoportable..., todo eso no es mi enfermedad en mí misma. Esta enfermedad que me ha tocado por herencia... (*pone un dedo sobre la frente*) está aquí dentro.

Señora Alving (casi afónica).—Oswaldo... ¡No, no!...

Oswaldo.—No grites... No puedo soportarla... Sí, ya lo sabes..., está aquí dentro; escucha, y a lo mejor puede estallar...

Señora Alving.—¡Ah, es espantoso!

Oswaldo.—Tranquilidad, madre. ¡Así me veo...!

Señora Alving (dando un salto).—¡Todo eso es falso! ¡Es imposible!

Oswaldo.—Ya tuve un acceso allá abajo. Pasó pronto, pero me vi enloquecido por la angustia, que me enloquecía... Y tan pronto como pude he corrido a tu lado. Es un horror indecible... ¡Si no se tratase más que de una enfermedad mortal ordinaria!... Al fin, no temo tanto la muerte que..., y eso que bien quisiera vivir todo el tiempo posible...

Señora Alving.—¡Oh, sí, y vivirás, Oswaldo!

Oswaldo.—Pero hay en esto una cosa tan horrible... ¡Volver, por decirlo así, al estado de la primera infancia... Necesitar que otro me alimente... ¡Ah, no hay palabras para expresar lo que yo padeczo!...

Señora Alving.—El niño tiene a su madre para cuidarle.

Oswaldo (dejando su sitio de un brinco).—¡No, jamás!... ¡Me resisto a la idea de permanecer en

EL PROBLEMA SEXUAL

tal situación años y años, de envejecer y encanecer así... Y en tanto tú podrías morir y dejarme solo. (*Se sienta en la misma silla de su madre.*) Porque el médico me ha dicho que esto no acaba necesariamente por una muerte inmediata. Pretende que es el cerebro que se ablanda... Sí, una especie de blandura en el cerebro o algo parecido (*sonrisa penosa*). Me parece que la palabra suena armoniosamente... Constantemente me siento inclinado a representarme terciopelos de seda, rojos, color cereza... Algo delicado que se acaricia...

Señora Alving (gritando).—¡Oswaldo!

Oswaldo (levantándose de un brinco y atravesando la escena).—Y me has arrebatado a Regina. ¿Por qué no está aquí? Ella sabría socorrerme.

Señora Alving (acerándose a él).—¿Qué quieres decir, hijo del alma? ¿Qué socorro habrá que yo no esté dispuesta a ofrecerte?

Oswaldo.—Cuando recobré el sentido, después de mi acceso de allá abajo..., de París..., el médico me dijo que si éste repetía..., y repetirá..., no había esperanza.

Señora Alving.—¿Y tuvo valor para decirte eso?

Oswaldo.—Le obligué yo. Le dije que tenía que dejar algo dispuesto. (*Sonrisa maliciosa.*) Y era verdad. (*Sacando una cajita de un bolsillo interior.*) Madre, ¿ves esto?

Señora Alving.—¿Qué es?

Oswaldo.—Polvos de morfina.

Señora Alving (mirándolo con espanto).—¡Oswaldo, hijo mío!...

Oswaldo.—He conseguido reunir doce paquetes.

Señora Alving (procurando coger la caja).—¡Dame esa caja, Oswaldo.

Oswaldo.—Todavía no, madre. (*Guarda la caja.*)

Señora Alving.—No sobreviviré a este golpe.

H I L D E G A R T

Oswaldo.—Se puede sobrevivir. Si tuviera a Regina aquí, le diría mi resolución y le exigiría este último servicio. Regina, estoy seguro, no me lo negaría.

Señora Alving.—¡ Jamás !...

Oswaldo.—Si el acceso me hubiera dado en su presencia, y me hubiera visto aquí tendido en el suelo..., más débil que un recién nacido..., impotente, miserable, sin esperanza, sin salvación posible...

Señora Alving.—No; Regina no hubiera consentido jamás.

Oswaldo.—Regina no hubiera dudado mucho tiempo. ¡ Tenía un corazón tan adorabilmente ligero !... Y además, pronto se hubiera cansado de cuidar a un enfermo como yo...

Señora Alving.—Entonces demos gracias a Dios porque se ha marchado.

Oswaldo.—Sí, madre, y ahora..., tú eres quien tiene que ayudarme.

Señora Alving (da un grito).—¡ Yo !...

Oswaldo.—¿ Quién sino tú ?...

Señora Alving.—¡ Yo, tu madre !...

Oswaldo.—Precisamente.

Señora Alving.—¿ Yo que te he dado la vida ?

Oswaldo.—Yo no te la he pedido. ¡ Y qué vida la que me has dado ! ¡ No la quiero ! ¡ Tómala !

—Señora Alving (huyendo hacia el vestíbulo).—¡ Socorro ! ¡ Socorro !...

Oswaldo (corriendo tras ella).—¡ No me dejes solo ! ¿ Adónde vas ?

Señora Alving.—¡ A buscar al médico ! ¡ Déjame salir !

Oswaldo.—Ni saldrás tú, ni entrará nadie. (*Se encierra con llave en la estancia con su madre.*)

Señora Alving.—¡ Oswaldo, Oswaldo, hijo mío !

H I L D E G A R T

Oswaldo.—¿Y tienes tú corazón de madre? ¿Y puedes verme sufrir esta angustia sin nombre?

Señora Alving.—Toma mi mano.

Oswaldo.—¿Quieres...?

Señora Alving.—Si llega a ser necesario. Pero no será. Es imposible, imposible.

Oswaldo.—Esperémoslo así. Y en tanto, vivamos juntos lo que podamos. Gracias, madre. (Se sienta en la butaca que la señora Alving ha acercado al sofá. Es de día. La lámpara continúa ardiendo sobre la mesa.)

Señora Alving (acerándose suavemente).—¿Te sientes ahora más calmado?

Oswaldo.—Sí.

Señora Alving.—Todo ello no era más que cosa de la imaginación... Estás muy fatigado. Es necesario que reposes. Aquí, a mi lado, junto a tu madre, hijo del alma. Todo lo que quieras, cuanto pidas, te lo daré yo; sí, lo mismo que cuando eras un rapazuelo. Ya ves; ha pasado el ataque. ¡Ah, bien lo sabía yo! Y ahora, mira, Oswaldo, ¡qué hermoso día tenemos! ¡Cómo resplandece el sol! (Se acerca a la mesa y apaga la lámpara. Sale el sol. En el fondo del paisaje, la montaña y la llanura brillan con los rayos matutinos.)

Oswaldo (inmóvil en su butaca, vuelve la espalda al fondo del escenario; de repente pronuncia estas palabras):—Madre, dame el sol.

Señora Alving (junto a la mesa, mirándole estirada).—¿Qué dices?

Oswaldo (con voz sorda).—¡El sol! ¡El sol!...

Señora Alving (acerándose a él).—Oswaldo, ¿qué tienes?

(*Oswaldo* se desploma en la butaca; todos sus músculos se aflojan; el rostro pierde ya su expresión; los ojos, apagados, miran fijos.)

EL PROBLEMA SEXUAL

Señora Alving.—¿Qué es esto? (Gritando.) Osvaldo, ¿qué tienes?... (De rodillas ante él y sacudiéndole.) ¡Osvaldo, Osvaldo, mírame!... ¿No me conoces?...

Osvaldo.—¡El sol!... ¡El sol!...

Señora Alving (levantándose de un brinco, desesperada, las manos en la cabeza y gritando.) ¡No puedo! ¡Jamás!... Pero, ¿dónde están? (Busca con rapidez en los bolsillos de Osvaldo.) ¡Aquí!... (Retrocede y exclama:) ¡No!... ¡No!... ¡Sí!... ¡No, no!... (Con las manos rígidas entre el cabello, permanece a algunos pasos de su hijo, fijos en él los ojos espantados.)

Osvaldo (siempre inmóvil y cada vez más débil). ¡El sol!... ¡El sol!...

Que ni un comentario afloje la tensión de esta escena. Es ella en sí lo suficientemente trágica y conmovedora. Es el grito de rebeldía del hijo impotente... ¡Es la expresión de tantos y tantos seres como hoy aparecen sumisos por ignorancia, pero como en un mañana, ni aun perdonarán a sus padres el afecto que les prodigan en gracia a esa existencia de angustias infinitas. La frase cumbre de esta escena, la clave del drama de Ibsen, está en ese gesto de Osvaldo al dirigirse a su madre:

Señora Alving.—¿Yo, que te he dado la vida?

Osvaldo.—Yo no te la he pedido. ¡Y qué vida la que me has dado! ¡No la quiero! ¡Tómala!

EPÍLOGO

La corrección de las pruebas de este libro coincide con la iniciación del nuevo régimen republicano. Hombres competentes actúan en Ministerios y altos cargos. Se nota un remozamiento espiritual de la vida del país; en este renacimiento participan todos los aspectos de la vida pública, particularmente en un sentido cultural y educativo.

El nuevo régimen habrá de prestar preferente atención a la educación sexual, a la preparación para esta importantísima función vital.

España tiene que recorrer un largo camino para ponerse al nivel de las demás naciones, y habrá de hacerlo con rapidez y precisión. En los países más avanzados, las doctrinas eugénicas han hallado decidida protección por parte del Estado. En Inglaterra misma se tolera y aun fomenta la creación de clínicas malthusianas, donde se adiestra a la mujer para evitar la natalidad y se la ilustra sobre los móviles que pueden conducir a esta excepcional medida. No queremos hablar de Rusia, donde funciona una Exposición permanente en el mismo sentido, y donde los Comisarios del Pueblo hacen, auxiliados por los técnicos, una propaganda intensiva. Preferimos señalar el hecho de que un país conservador como Inglaterra, en el que subsiste de hecho una Monarquía, siquiera predominen las sagradas normas de la democracia, mantiene ante estos

problemas una actitud decidida. España, republicana ya, tiene que llegar por lo menos a esto como punto de partida. Ese deberá ser el programa mínimo de realizaciones que presentemos en nuestras campañas futuras. La educación sexual, tomada en su doble aspecto de educación del hombre y la mujer, respecto de los respetos debidos a su sexo, y del sexo en cuanto a su posible actuación en la vida social, será una urgente preocupación de los gobiernos futuros, que, alejados ya de este torbellino inevitable de las responsabilidades por los anteriores contraídas, se dediquen con calma y serenidad suficiente a estructurar el nuevo Estado, dándole normas de derecho que justifiquen nuestra actuación. En esos momentos, la cuestión sexual, en su inmediata polarización social, tendrá un gran interés para nuestros gobernantes. Ella será la cimentación de la magna revolución del futuro, revolución que se hará por la superación de la especie, creando «super-hombres», masas conscientes de sus responsabilidades ante sí propias y ante la sociedad en general.

En resumen ; hicimos este libro con desesperanza, creyendo que sería tan sólo labor de siembra en las conciencias de los hombres, que no llegaría a nuestros gobernantes, porque serfa la primera ocasión en que aparecieran compenetrados con el pueblo. Hoy lo corregimos con el entusiasmo de saber que, antes o después, tarde o temprano, estas primeras campañas hallarán un eco en los Poderes públicos. Un cambio de nombre, el tránsito de Monarquía a República, ha bastado para hacer cambiar nuestros sentimientos. Por la razón sencilla de que estimamos que la República no será sólo este cambio de letras, será una total transformación del régimen hasta aquí imperante, y representa un interrogante de esperanzas, un crédito de confianza a las máximas aspiraciones del pueblo.



34500

© Biblioteca Nacional de España



1001696211

PRECIO 5 PESETAS



CONCESIONARIO PARA LA VENTA
CENTRO EDITORIAL «MINERVA»
TUDESCOS, 39 y 41 ** MADRID

81